

Minerva Gallofré

Legendas  
de Onhria

- 2 -

Lágrimas de Sauce



*Para Lorena Deva. Y para su roca, por supuesto.*

*Para Pilar, para Alberto y para Tonelo, por los mercados.*

*Y, cómo no, para todos los sauces del mundo.*

## La prueba de la sacerdotisa

Decir que todos los bosques son mágicos no sería, en realidad, más descabellado que decir que todos los mares están salados, sólo que la magia de los bosques necesita de dos importantes premisas: la primera es que crece con el tiempo, y eso se llama antigüedad. La segunda es que no todos pueden verla, y a eso hay quienes lo llaman fe.

El bosque de Dórokha era un bosque muy antiguo, como veréis, y estaba cerca de una aldea donde la fe de los hombres ya había comenzado a extinguirse. Tal vez ni los propios dioses recordaban cuándo había brotado allí el primer abedul o se había alojado la primera familia de ardillas. Tampoco los humanos de la aldea lo sabían. No. Ellos sabían pocas cosas o nada, aunque había algo con lo que todos estaban de acuerdo: y era con lo peligroso que resultaba alejarse de sus chozas de piedra y adentrarse en la inmensidad de la fronda. Sobre todo si era de noche. Y de noche es precisamente cuando comienza nuestra historia. La historia de una joven y de una flor sagrada.

Lágrima Cunasauc se había subido hasta una de las peñas de la montaña rocosa de Dórokha. Aunque la nieve se había fundido hacía más de una semana tras la llegada del invierno tenue, el viento continuaba siendo frío, incómodo, y soplaba agitando su melena marrón, marrón oscuro, como la tierra fértil, un color peculiar por allí, tan intenso como el de sus ojos con forma de almendra. La apellidaron así, Cunasauc, no porque hubiera dormido jamás en una cuna tallada con madera de este noble árbol, pues Lágrima era huérfana y pobre. En realidad, aquel mote procedía del rumor de que a la joven la encontraron cuando tan sólo era una criatura de pecho, perdida en lo profundo del bosque, acurrucada entre las raíces de un antiguo y bello sauce blanco que crecía junto al río.

Un sutil matiz exótico curvaba su nariz en medio de su rostro, de quijada ancha y angulosa, dándole un aire salvaje. A simple vista, parecía una joven sensata. Lo era, de hecho, y en esos momentos su mirada

escrutaba calculadora todo cuanto había a su alrededor, como si poseyese el don de ver en la oscuridad. Pero no lo poseía. Ya familiarizada con los ruidos nocturnos de la fronda, observaba la negrura a través de las ramas de los árboles, que tan sólo estaban salpicadas de jóvenes brotes. Por suerte había luna llena y su penumbra azul iluminaba como nunca la maleza y los riscos de la parte montañosa.

La discípula iba descalza, era algo que solía hacer. Le gustaba notar la roca helada y la hierba húmedecida por el relente bajo las plantas de sus pies. Cuando su piel tocaba la tierra, sentía que le salían raíces de esa parte de su cuerpo, como si ella también fuera un árbol. Sólo entonces llegaba la magia. “Tenéis que traerme del bosque aquello que pueda salvaros la vida”, les había encomendado su anciana maestra a ella y a Jera cuando se alejó al atardecer, dejándolas solas en el bosque. Y eso era, por cierto, lo que Lágrima se proponía lograr.

Se concentró, acompasando el ritmo de su respiración honda con el ir y venir de la suave brisa nocturna. Cerró los ojos y sintió que aquellas raíces que le brotaban de los pies se clavaban en el peñasco donde estaba subida y ahondaban hacia abajo, hacia la entraña de la tierra, la Gran Madre, como ellas la llamaban. Vesta Antigua les había aconsejado que buscaran ayuda en los espíritus guías. Respecto a esto, Lágrima sabía que su árbol natal era el sauce y que su animal tótem era la lechuza. Sin embargo, esa noche todavía no se había topado con ninguno de los dos. Así que continuó en silencio, respirando profundo.

A lo lejos se escuchó el aullido de los lobos, tan bello y a la vez sobrecogedor, como un relámpago súbito en medio de una noche estival. Jera y ella sabían que eso no debía preocuparlas, pues los lobos eran aliados, fieles amigos de su maestra, así que no las atacarían. En cambio, la parte menos racional de Lágrima reconoció que no era tan fácil tener esa garantía cuando se estaba sola y de noche en medio del bosque de Dórokha. El aullido se repitió y entonces Lágrima temió por Jera, ¿qué tal le estaría yendo a su hermana de leche? De pronto llegó al fin el sonido de la lechuza. La joven abrió los párpados y aguzó el oído y la vista. La lechuza repitió su característico ulular nocturno y Lágrima, recolocándose la capa, corrió como pudo montaña abajo para seguir al ave, tropezándose un par de veces sin llegar a caerse y haciéndose algunos rasguños sin importancia

al rozarse con una zarza.

Cuando descendió de nuevo hasta el bosque siguió en la dirección donde había escuchado a la lechuza. Era una señal. Estaba segura. La noche olía a barro y a resina de abeto. Toda la flora del lugar estaba despertando de su letargo tras la estación de las nieves, el invierno gélido, y millones de jóvenes y nuevos tallos preparaban sus flores, todavía cerradas, para la vorágine de la época fértil. Esa circunstancia concreta le dio que pensar. ¿Qué planta o flor encontraría capaz de salvar a alguien de la muerte?

Hizo un repaso mental de todos sus conocimientos sobre plantas medicinales: las humildes manzanillas, que tantas vidas salvaban en la aldea cada era, todavía no habían florecido. Tampoco la onagra, de cuyas semillas se alimentaban decenas de campesinos y pastores en épocas de hambruna. ¿Y si fuera la viola de bruja, capaz de cortar hemorragias? La salvia, tan útil y aromática, no crecía por allí, sino que la compraban a los mercaderes que la traían desde el Sur. Tampoco habían florecido los saúcos, ni los espinos blancos, cuyas florecillas además tan sólo podían recogerse durante la noche del Carnero para que sus *devas*, los pequeños espíritus que las protegían, no se enfadaran.

La realidad era que no había flores aún, de ningún tipo. Y los árboles no podían ofrecer más que su modesta corteza y sus tempranas yemas. Lágrima conocía bien las propiedades curativas de la corteza de sauce, pero no estaba segura de que Vesta la quisiera. Por eso, cambió de idea. Tal vez se tratara de musgos y líquenes. Sí, era probable. Éstos permanecían todas las temporadas aferrados a los troncos de los robles y los fresnos, sobre todo durante épocas lluviosas como la que estaba comenzando. Ahora ya no le cabía la menor duda: tenía que llevarle a su maestra musgo y liquen, capaces de salvar incluso a los tuberculosos. Ésa era la respuesta.

Lágrima dio las gracias a la lechuza, inclinando la cabeza de un modo reverencial, y después se detuvo al divisar una zona en donde aquellos ingredientes milagrosos crecían de forma abundante. Extrajo de su faltriquera su afilada hoz y una bolsa de rafia vacía para almacenarlos y, acto seguido, comenzó su labor, arrodillándose ante los árboles que se lo ofrecían, dando gracias a todas aquellas formas de vida por permitir que

podiera apoderarse de ellas, acariciando los líquenes como si fueran el pelaje de una criatura delicada. Pero cuando cerró su oración de gratitud, justo tras depositar a los pies de aquellos fresnos tres manzanas como pago e intercambio justo, un alarido femenino hizo que se sobresaltara. Aquella era la voz de Jera, inconfundible para alguien que la conocía desde la cuna.

–¡Jera! ¡Jera! –la llamó Lágrima, dejando todo lo que estaba haciendo. Miró a su alrededor, dando una vuelta completa sobre sí misma, pero no logró divisarla por ningún lado–. ¡Jera! ¿Dónde estás?

Un gemido que sonó cerca del arroyo fue la única respuesta. Entonces Lágrima guardó en seguida su hoz y cerró la faltriquera mientras echaba a correr hacia el cauce del arroyo. Con las manos se recogía las faldas para no tropezarse con las raíces que sobresalían de la tierra, notando el suave tacto de los helechos acariciando la piel dorada de sus piernas. Fue de pronto, bajo los sauces, cuando distinguió una silueta.

–¡Jera! ¿Qué te ha pasado?

El sonoro rumor del arroyo, cuyo cauce había aumentado tras los deshielos, habló por sí mismo. Allí Jera Helecho, una joven de su edad, tiritaba de frío con la ropa empapada, pegada a su piel.

–Me he caído –respondió Jera con la voz trémula–, nada más. No hacía falta que vinieras a ayudarme. Continúa tú, Lágrima, o perderás la oportunidad.

Incluso encogida sobre sí misma, era más alta y lustrosa que Lágrima, como las mujeres nórdicas del lugar. El claro de luna tornaba plateados los mechones rubios que, en ese instante, le caían por encima de la cara.

–Deja de decir tonterías, Jera –resolvió Lágrima, remangándose para sacarla de allí–. Ahora quítate esa ropa y échate mi capa por encima. Al menos estarás seca.

–Pero hace frío, Lágrima. ¿Qué vas a hacer tú?

Antes de responderle, Lágrima ya se había desprendido de su gruesa capa de lana parda y estaba ayudando a su amiga a quitarse aquellas prendas chorreantes. Con el agua que se había filtrado en ellas, pesaban cinco veces más de lo que deberían. Jera tenía los senos generosos, y el tono cremoso de su tez, moteado por algunas pecas, hacía de su escote una delicia ante las miradas de los jóvenes de la aldea. Casi nadie de por allí tenía los ojos de un color distinto al azul, aunque en ese momento Jera

tenía las pupilas dilatadas y se le veían tan oscuros como el cielo nocturno. A su lado, Lágrima parecía pequeña, apocada, pues era bastante más ligera y le llegaba por la barbilla. Sin embargo, estaba acostumbrada a las largas caminatas, a trepar árboles y montañas, a llevar cargas desde la aldea sin la ayuda de un carro o un caballo ni de unos brazos más fuertes. Por todo ello, y puesto que no era una muchacha débil, fue capaz de levantar a Jera casi a pulso hasta sacarla del agua.

–Jera, tienes sangre en la ceja –advirtió tras dejarla sobre la orilla–. También en las manos. Anda, siéntate y miraré esas heridas.

–Apenas tienes luz. Y Vesta nos prohibió utilizar fuego, sobre todo a ti.

–Ya... –asintió aquélla, decepcionada. A diferencia de Jera, Lágrima conocía la magia del fuego. Había aprendido a prender llamas sin necesidad de frotar las piedras de *igne* que todos los aldeanos guardaban en sus casas junto a las leñeras. Además, y dicho sea de paso, le atraía de un modo descomunal invocar a los espíritus ígneos, un hechizo que, por cierto, no era precisamente sencillo. Sin embargo, Jera tenía razón. Si lo hacía, Vesta se enfurecería y perdería la prueba, por desobedecer.

–¡La prueba, Lágrima! –exclamó Jera de repente–. Tienes que terminar la prueba.

Y Lágrima, guardando silencio por un instante, se esforzó por aparentar que aquel contratiempo no tenía ninguna importancia para ella, que la prueba podría esperar. Al fin y al cabo, su compañera ya no se encontraba en condiciones de competir.

–Lo haremos juntas, vamos –resolvió al fin, resignándose a no ganar.

–Pero es que... –dudó Jera frotándose el tobillo–. No puedo caminar bien. Creo que me he lesionado, me duele mucho cuando apoyo el pie.

Lágrima se compadeció de Jera. A pesar de que su compañera se lo estaba ofreciendo en bandeja, no podía aprovecharse de aquella situación y dejarla herida y temblando de frío, sola en medio del bosque, por ganar una prueba. Una prueba muy determinante, sin embargo, pues Vesta, en función de cómo terminase la noche, decidiría al fin cuál de las dos se convertiría en su sucesora. Por un momento le fastidió dejar pasar su oportunidad, aquello para lo que llevaba preparándose toda su vida: convertirse en la sacerdotisa de Dórokha. Sin embargo, habría sido muy



desleal seguir compitiendo mientras su mejor amiga y a la vez rival permanecía en tal desventaja. Y eso, desde luego, sí que sería impropio de cualquier sacerdotisa.

—No te preocupes. Te llevaré con Vesta. Agárrate bien a mí o te caerás.

—Pero, Lágrima, tú ya has ganado. Ve y llévale lo que nos ha pedido, si es que has averiguado de qué se trata.

Lágrima no le contestó. Tuvo que hacer otro esfuerzo para levantar a Jera de donde estaba evitando que aquella tocara el suelo con el pie dolorido. Una vez avanzaron unos metros y ambas se acomodaron como mejor pudieron a aquella manera de desplazarse, se dirigieron entonces al altar de la luna llena, el enclave en donde Vesta las esperaba. Jera le había pasado a Lágrima un brazo por encima de los hombros y ésta, a su vez, la sostenía fuerte por la cintura. Los aullidos de los lobos se oyeron una vez más y las dos jóvenes contuvieron el aliento por un instante, sobrecogidas por el eco que provocaban por todo el bosque.

—Seguramente los lobos ya la hayan avisado de que vamos hacia allí —observó Jera—. Vesta es capaz de entender lo que dicen.

Lágrima asintió con la cabeza, pensativa. Desde que tenía uso de razón había visto a los lobos salvajes del bosque seguir a Vesta como cachorrillos juguetones cuando aquella los llamaba. Ella, en cambio, no había conseguido hacer muchas migas con las lechuzas, y Jera aún menos con los zorros. Ambas tenían aún tanto por aprender...

—Lágrima —comenzó Jera, dudosa—, ¿te has enfadado conmigo?

La culpa se hizo eco en su timbre de voz. La misma pregunta formulada unos momentos antes habría recibido una respuesta silenciosa como afirmación. Ahora, en cambio, Lágrima ya había aceptado aquel capricho del destino que le impediría la victoria sobre Jera. Su deber no era otro que llevarla a un lugar seguro y sanarla cuanto antes.

—No te preocupes más por eso, Jera. Le pediremos a Vesta que anule la prueba. Sé que lo entenderá. No ha sido culpa tuya caerte con tan mala suerte.

—Y que lo digas —contestó Jera entrecerrando los ojos al notar un molesto calambre en el tobillo.

Tuvieron que detenerse de nuevo porque a Jera la paralizaba el dolor.

Respiró hondo, tres veces seguidas, y luego reanudaron la marcha. Lágrima portaba en el brazo que le quedaba libre una gruesa rama que había recogido del suelo, de donde colgaba la ropa mojada de su amiga. Al pasar junto a un tocón muy viejo vio nuevos brotes de musgo, pero rehusó pararse a recoger nada. Cuanto antes pusiera a Jera al cuidado de Vesta, mejor sería.

—Creo que eso era lo que la maestra quería que le llevásemos —le contó—, musgo y líquen.

—¿En serio? —se sorprendió Jera. Estaba avergonzada—. A mí no se me ocurrió nada. De verdad. Me puse tan nerviosa cuando las dos os alejasteis que me quedé en blanco. No sé. De no haberme encontrado contigo, tal vez hubiera regresado a la choza con las manos vacías.

—¡Oh, no, Jera! —la reprendió Lágrima—. No puedes rendirte tan pronto. Piensa un poco: conoces todas las plantas que crecen en este bosque tan bien como yo.

A Jera se le había ensombrecido la mirada. En circunstancias normales su carácter era vivaz y risueño, pero aquella noche todo le había salido mal. Ella misma se había dado cuenta de que no estaba a la altura de Lágrima, quien al fin y al cabo había sido desde siempre la discípula firme, perseverante y tocada por los dones de la magia.

—Mira, está ahí —señaló de pronto la joven del cabello marrón. El altar de la luna llena, construido en el centro de una poza esférica de agua cristalina, tenía sobre él varios cirios encendidos cuyas llamas fulguraban desde la lejanía. Sobre él también estaban las ofrendas pertinentes: fruta fresca, incienso, mirra y frutos de cáscara. Incluso restos de leche y miel de una reciente libación. A sólo unos pasos de allí, una anciana con el pelo blanco como la nieve esperaba a las discípulas. Junto a ella, Lunaria, la anciana reina loba del lugar, dormitaba recostada mientras la sacerdotisa acariciaba con delicadeza su espeso pelaje lechoso. Cuando Lágrima y Jera llegaron ante su presencia percibieron el aroma de las hierbas rituales al arder sobre un carboncillo. Entonces Vesta Antigua, ataviada con una vieja capa de piel para proteger su vieja espalda de la humedad nocturna, se levantó a recibirlas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, ceñuda, al ver a Jera cojeando. Lágrima y Jera comenzaron a hablar a la vez, solapándose la una a la otra.

Entonces la sacerdotisa las mandó callar con un gesto y dio la palabra a Lágrima, a quien veía de las dos más tranquila y entera.

—Jera se ha lesionado y se ha caído al arroyo. Su ropa está empapada. Se ha hecho daño y puede que coja un resfriado si no...

—¿Y a qué esperas para sanarla, Lágrima? —inquirió Vesta con cierto aire de reproche—. ¿Crees que una sacerdotisa llevaría a rastras a un herido sin hacer nada por él?

Lágrima se quedó sin palabras, con la boca abierta como una estúpida, porque su maestra llevaba razón. Entonces, Vesta se acercó a Jera de inmediato.

—Vamos, siéntate, Jera. Será Lágrima y no yo quien se encargue hoy de ti.

Jera, dubitativa, obedeció sin más a su maestra. Se sentó entre los brezos con la pierna extendida, cubriendo su cuerpo desnudo como mejor podía con la capa de Lágrima, que le quedaba bastante justa. Luego su compañera, bajo la presión de la mirada crítica de la sacerdotisa, le desabrochó la bota y le inspeccionó el tobillo herido. Lo palpó suavemente con los dedos y, tras un primer minuto elucubrando alguna respuesta, se aventuró a dar un diagnóstico.

—No está torcido —titubeó—, ni hay huesos rotos. Sólo una contusión. Por eso está inflamado.

Lágrima, tratando de recuperar la seguridad en sí misma, buscó la aprobación en los ojos negros de Vesta, pero la anciana, cruzada de brazos, había adoptado una expresión impenetrable. Lo hacía siempre que ponía a sus aprendizas a prueba. Lágrima supo que, una vez más, sería difícil sorprenderla. La sacerdotisa arqueó ambas cejas con la intención de empujarla a continuar con su explicación. Quería que su discípula hallara una solución.

—Le aplicaré ungüento de árnica y dedalera —prosiguió Lágrima—. También le haría bien un paño frío.

—Entonces, pónselo —sugirió Vesta encogiéndose de hombros—. Tienes agua fría en la poza. Y siempre deberías llevar algún trapo en tu faltriquera.

—Lo llevo, lo llevo —se apresuró a confirmar Lágrima, que extrajo de su pequeño equipaje todo lo necesario para proceder a la cura. Notaba la

mirada de su maestra fija sobre ella, como si le hubieran añadido un gran peso en la espalda. La estaba examinando, sin duda. Lágrima siguió paso por paso cada una de las pautas que ella misma había recitado y, cuando terminó, colocó sus manos sobre la parte dolorida del tobillo de Jera y le transmitió la energía sanadora de la tierra, como Vesta les había enseñado a ambas. La sacerdotisa creía que aquella magia podía practicarla cualquier persona y que los dioses la habían puesto en el mundo para que quedara al alcance de todos.

–Ya no me duele tanto –apreció Jera, girando el pie muy despacio. En realidad, fue un intento casi infantil de ayudar a Lágrima a lograr la aprobación de su maestra.

–No lo fuerces –le aconsejó su compañera devolviendo el ungüento al interior de su bolsa. Sólo después de decirlo ella misma se percató de que sus palabras habían sonado muy autoritarias. Y es que estaba nerviosa. Vesta la estaba poniendo nerviosa–. Cuando regresemos a la aldea, intenta guardar reposo al menos por tres días.

Lágrima, levantándose de nuevo, se sacudió la tierra de las rodillas mientras cerraba su faltriquera, sabiendo que la mirada analítica de Vesta continuaba posada sobre ella. Esperaba su aprobación, su enhorabuena. Mas la anciana no abrió la boca.

–Maestra –se aventuró a proponer Jera–, creo que Lágrima debería ser quien os suceda. Yo he sido una torpe y no he hecho nada útil desde que salimos al bosque.

Lágrima se quedó estupefacta al oír a su amiga, aunque en el fondo también se creía merecedora de aquel título. Por todo su trabajo. Se compadecía de Jera, desde luego, aunque había sido ella entre las dos la que había dado su máximo rendimiento, como en todo lo que hacía. Le gustaba la perfección y siempre se esforzaba hasta donde era capaz.

–Calma, calma –la detuvo Vesta–, vayamos por partes. ¿Qué hay de aquello que os pedí que me trajerais, “aquello que pueda salvaros la vida”?

Las discípulas cruzaron una mirada de desconcierto. No encontraban ninguna excusa que darle a su maestra porque esa noche todo se había complicado. Pero, ¿lograrían que Vesta lo comprendiese? La anciana tenía un corazón de oro, sin embargo, sabía mostrarse muy estricta y exigente en cuanto al adiestramiento de aquéllas y, además, poseía un gran sentido

del deber y de la justicia. Entonces, puesto que no tenía nada que perder, Lágrima se animó a explicarle qué opción había tomado ella.

–Yo recolecté un poco de musgo y de líquen.

–¿Musgo y líquen? –se extrañó la maestra como si le hablaran en otro idioma, algo que turbó todavía más a Lágrima–. Curiosa decisión. ¿Y para qué los querías, si puede saberse?

La aprendiz, que ya se había percatado de que andaba desencaminada por completo, no tuvo más remedio que terminar de argumentar sobre su decisión.

–En el bosque las flores medicinales todavía no están abiertas, y la mayoría de las plantas no se ha desarrollado aún lo suficiente, pues el invierno tenue sólo acaba de comenzar. A parte de las cortezas de algunos árboles, lo más sanador que encontré fue eso, musgo y líquen. Con sus preparados se puede curar a los tuberculosos y devolver el aliento a los que no pueden respirar.

Lágrima permitió que su pausa indicara a Vesta que no tenía nada más que argumentar. La discípula hablaba con acostumbrada solemnidad y solía dar buena cuenta de su erudición cuando lo hacía. Entonces la anciana se frotó la barbilla con los dedos, meditabunda, y luego dio la palabra a Jera, dejando a Lágrima en ascuas.

–Yo no supe siquiera qué buscar, maestra –se lamentó aquella, avergonzada–. Tenía miedo, se me nubló la mente. Y cuando decidí rendirme y regresar a la choza entonces me caí al río. Soy una inútil.

El relato de Jera sobre todo lo que le había sucedido consiguió enternecer por un instante la dura expresión de Vesta, que en el fondo sintió una fuerte conmiseración por ella. Luego la anciana, dando por terminado el turno de las discípulas, se acomodó en el lugar donde había permanecido sentada al principio de la noche y suspiró con acentuada resignación.

–No habéis entendido nada de nada –sentenció. Jera y Lágrima palidieron, sobre todo esta última, que al menos había albergado esperanzas. Con cierta indiferencia, la anciana prosiguió–: ¿De verdad crees, Lágrima, que un trozo de musgo podría salvarte la vida en cualquier circunstancia? Es más, ¿qué clase de curandero saldría al bosque a recoger plantas en esta época si tuviera un caso urgente que atender? Lo lógico es

que guardara en su botica remedios secos de la temporada anterior. Por otro lado, Jera, me decepciona enormemente tu desidia. Ni siquiera exploraste a tu alrededor. Y lo peor de todo, te planteaste marcharte de vuelta a la choza sin avisarnos, abandonando a Lágrima a su suerte, sola en el bosque. ¿Y si hubiera sido Lágrima la que hubiera necesitado de ti?

Jera, cabizbaja, recibía su valoración mientras Lágrima hervía en una tormenta de pensamientos sin dar con la solución a la prueba de Vesta. Si no se trataba de ninguna planta, entonces, ¿qué podría salvarla de la muerte?

–Decidnos la solución, maestra, por favor –pidió, aun sin aceptar del todo bien su derrota.

–¿Queréis la solución? Pues bien. Me llama la atención que ambas la hayáis tenido a vuestro lado y no hayáis sido capaces de verla. Incluso la habéis tocado con vuestras propias manos.

Lágrima y Jera se quedaron absortas. Ahora sí que no comprendían nada en absoluto. La anciana, acariciando de nuevo a Lunaria con sus manos curtidas por el tiempo y el trabajo, continuó con su enseñanza.

–El problema es que, aunque hayáis dado con la respuesta, en realidad no os pertenece el mérito de haberla encontrado porque no habéis sido conscientes. Ahora, quiero que os miréis a los ojos durante un instante.

Las discípulas, aunque no muy seguras de ello, hicieron lo que les indicó.

–¿No lo veis todavía? –insistía Vesta, comenzando a impacientarse–. Lo único que puede salvaros de la muerte sois la una a la otra.

Lágrima y Jera articularon una mueca confusa y observaron de nuevo a su mentora, más perdidas todavía.

–Da igual cuántas pociones sepáis preparar, ni con qué exactitud. No importan las plantas medicinales que llevéis a cuestras o que podáis recoger en el bosque. Lo que debéis tener claro es que, si a alguna de vosotras le sucede algo, la otra buscará los remedios posibles para mantenerla con vida. Y viceversa. Lo único que puede salvaros de morir es quien os ame bien.

–Pero, maestra, ¿acaso no es eso lo que ha ocurrido? –inquirió Jera acurrucada bajo la capa de Lágrima, temblando de frío cada vez más–. Yo tuve problemas y Lágrima, sacrificándose por mí y aun sabiendo que

perdería la prueba, me ayudó, y después me curó.

Lágrima sonrió al escuchar de qué manera Jera la apoyaba. La humildad era una de las mejores virtudes de su fiel compañera, sin duda. Aún le quedaban por aprender muchas cosas de ella. Sin embargo, a Vesta no le parecía una historia tan convincente.

—Jera, ya he expresado mi desaprobación hacia ti, por tu cobardía y tu falta de seguridad. Sin embargo, he de hacer una observación en esa defensa que haces de tu compañera. Lágrima, ¿de verdad ayudaste a Jera desinteresadamente, asumiendo que perderías tu oportunidad de ganar? ¿O la socorriste sólo porque eso es lo que hacen las sacerdotisas, para impresionarme al demostrar que eras capaz de sacrificar tu victoria? Respóndeme, ¿lo hiciste para nutrir tu ego o por amor a Jera?

Fue Lágrima quien se avergonzó en esta ocasión. Vesta era tan intuitiva y sabia que conocía los hechos a la perfección sin necesidad de haberlos presenciado, pues aquella anciana era clarividente, capaz incluso de leer los pensamientos de cualquiera. Aunque eso jamás lo ponía en práctica por respeto a los demás. Entonces, al final, Lágrima se armó de valor y admitió su debilidad.

—Reconozco que al principio me enfadé cuando elegí ayudar a Jera en lugar de seguir. También pensé que al renunciar a mi victoria y acompañarla a ella os habría parecido más digna de ser nombrada sacerdotisa. Pero puedo prometer que bajo ningún concepto contemplé la idea de abandonarla. Eso nunca, Jera.

Lágrima observó con un aguijonazo de culpa a su mejor amiga, quien también se encontraba frustrada y desanimada. Había sido una noche terrible.

—¿Comprendéis que no me dejáis más opción que no elegir a ninguna de las dos?

A Lágrima se le hizo un nudo en la garganta y se le vino el mundo encima. ¿Cómo que ninguna de las dos? Al fin y al cabo, ella lo había hecho cien veces mejor que Jera. Su compañera, sin embargo, no se sorprendió por la parte que le correspondía, sino porque la maestra tampoco hubiera aceptado a Lágrima.

—Necesitáis madurar. Aunque suméis dieciocho eras, no estáis preparadas para convertirnos en sacerdotisas. Esto no es, como veis, una

cuestión de edad. Tan sólo os daré una pista valiosa: el camino a seguir es el amor. El amor es la guía. Si no comprendéis esta enseñanza, abandonad la vida religiosa. No os servirá para nada continuar.

Lágrima tenía los ojos congestionados, pero entrecerraba los párpados para que no se le notase. En ellos contenía un inminente llanto de impotencia y rabia que no quería mostrar delante de su maestra. Jera, en cambio, se sentía bastante más relajada, pues desde el principio de la noche había asumido que no le quedaba nada que perder. Entonces Vesta comenzó a caminar delante de ellas, en dirección a la aldea, seguida de la loba Lunaria. La anciana, aunque había empleado un tono de voz sereno, estaba bastante enfadada. O mejor dicho, muy decepcionada.

Lágrima, manteniendo distancia con la maestra, ayudó a Jera a levantarse del suelo y, con no poco esfuerzo, la llevó casi a cuestas durante todo el camino, deshaciéndolo entre el más incómodo de los silencios, sorteando jóvenes enebros y algunas retamas. Jera tenía frío y le avergonzaba que el viento levantase la capa que le había prestado Lágrima, por eso tiraba de vez en cuando de los extremos para cubrirse las nalgas y las piernas. Otras veces a Lágrima se le caía la ropa mojada que llevaba enarbolada en una rama y tenían que detenerse de nuevo a recogerla del suelo. Cuando por fin llegaron a la aldea de Dórokha, Lágrima se detuvo ante la choza de Jera.

–Será mejor que pases los días de reposo aquí, con tu madre –le aconsejó–. ¿No crees?

Jera trató de no perder el equilibrio mientras se acercaba a la puerta a la pata coja. Dentro no había luz, así que cuidaría de no hacer demasiado ruido si no quería despertar a Celes y a todos sus vecinos.

–Sí, me quedaré aquí.

Hizo un amago de desabrocharse la capa para devolvérsela a Lágrima, pero ésta se lo impidió. Aunque fuera tarde y no quedase nadie despierto detrás de las ventanas de las otras chozas, no quería hacerle pasar a Jera el trago de desnudarse allí en medio.

–Ya me la traerás. No te preocupes.

Y dicho esto, las dos jóvenes discípulas se dieron un fuerte abrazo de despedida, lamentando sus fracasos, mientras Vesta las observaba de soslayo. Luego, Jera se retiró por fin a su bien merecido descanso tras



pedirle a Lágrima que dejara su ropa chorreante allí mismo, tirada en el suelo delante de la puerta, pues no podía entrar en casa con ese amasijo húmedo de tela y lodo. Cuando se despidió por última vez agitando la mano y tiritando de frío, Lágrima supuso que no podría burlar un buen resfriado.

—¿Vamos? —insistió Vesta tras su espalda, que también estaba agotada.

—Sí —le contestó Lágrima, mustia, mientras ayudaba a Jera a cerrar la puerta de su casa.

Algunos minutos después y caminando a buen ritmo se divisaba la humilde choza de Vesta Antigua, que quedaba un poco alejada de la aldea, sita en una loma cubierta por grandes extensiones de abedules. La modesta casa de la sacerdotisa tenía los muros de piedra, el techo de paja y adobe y era de planta circular. Cuando llegaron, Lunaria empujó la puerta con el hocico, pues estaba abierta, y luego corrió a tumbarse frente a las ascuas de la chimenea, que aún desprendían calor. Detrás de la loba llegaba la anciana y, después, Lágrima, cabizbaja.

—¿Has comprendido mi decisión, Lágrima? —le preguntó la sacerdotisa, que obviamente tenía cierto cargo de conciencia al haberse obrado tan dura y adusta. La discípula, a punto de romper a llorar aunque luchando por contenerse, asintió—. Entonces, tal vez algún día puedas llegar a ser sacerdotisa.

Y dicho esto, maestra y discípula buscaron cada una su propio hueco para pasar la noche mientras los lobos, a la intemperie, aullaban de un modo sobrio bajo la majestuosa luna llena.

## Nueve lechuzas

Hacía sol sobre la fría tierra de Dórokha. Era un sol blanquinoso que se abría paso entre algunas nubes reticentes de la tormenta de la noche anterior. Un sol lo bastante fuerte como para despertar a todas las formas de vida del bosque, que se preparaban para la época de la fecundidad. Debajo de esa luz, Lágrima estaba sentada junto al río, apoyada en el tronco de un sauce, con las calzas remangadas y los pies metidos en el agua helada, mientras mordisqueaba una rama de hinojo. Se había vestido con un sayón de color ocre, que era viejo y estaba desgastado. En realidad, no recordaba en qué momento alguien lo había dejado para ella en la choza de Vesta, pero, en cualquier caso, era el que solía ponerse durante las jornadas en que tenía que irse al bosque. Junto a ella había una bolsa de cuero llena de ortigas, una planta valiosísima para la medicina que Vesta practicaba. A Lágrima ya no le picaban las manos tras haberlas recogido. Se las había frotado con unas mentas bastardas que por suerte crecían cerca, así que ya tenía la piel desinflamada.

Desayunó allí y después se tumbó boca arriba, con el cabello extendido sobre la orilla arenosa del río. Le gustaba el aroma del agua y de sus algas. Le agradaban los días de sol, pero ya echaba de menos la nieve, pues de todas las estaciones prefería la más fría, el invierno gélido. Le gustaban el recogimiento, las noches largas, permanecer en el hogar mientras su maestra le enseñaba a hacer alguna poción nueva o a preparar un elixir que desconocía.

Una brisa cargada del perfume fresco de los tréboles le acarició el rostro. Desde donde estaba, además, veía a los diminutos *devas* de las plantas de las orillas, brillando como motas de cristal mientras se desplazaban por el aire o a través de la vegetación. En momentos de descanso, cuando se encontraba en medio del bosque, podía percibir que las raíces de sus pies, ésas que nadie veía, la mantenían arraigada a la tierra como si fuera un árbol más, una sensación que conocía desde su niñez.

“¿Tú no tienes raíces?”, le había preguntado en una ocasión a Jera, cuando tan sólo sumaban ocho eras. En aquel entonces, Jera ni siquiera sabía de qué hablaba su amiga. En cambio Vesta, que había escuchado la conversación entre las niñas, le preguntó a la pequeña Lágrima desde cuándo sentía que tenía raíces en los pies. “No sé, desde siempre”. Ése era el secreto de su don para la magia. Desde que tenía uso de razón, solía dejar que sus raíces se hundieran en la tierra, pues aquel gesto tan sencillo la llenaba de energía y le daba paz. Por ese motivo, Lágrima casi siempre caminaba descalza.

—¡Lágrima! —la llamó una niña que se acercaba entre los brezos. Se trataba de Warin Helecho, una de las primas pequeñas de Jera. La niña, que no sumaba más de diez eras de edad, se acercó corriendo, con una sonrisa feliz. Sus trenzas doradas brillaban como la miel calentándose al fuego—. ¡Lágrima! ¡He visto *devas*! ¡*Devas* brillantes y pequeños, como pedacitos de diamantes!

Lágrima se incorporó. Estaba sucia y tenía restos de hojas y de ramas por todas partes, desde el cabello hasta la ropa. Entonces saludó a Warin dándole un beso en la frente.

—¡Qué bien, Warin! —se alegró—. Si te quedas aquí conmigo un rato, podrás ver más. Los *devas* suelen mostrarse en rincones como éste, apartados de la aldea.

—Lo sé —constató la niña, toda convencida. Al fin y al cabo, no era la primera vez que se adentraba con Lágrima en el bosque. Luego se sentó en el suelo, junto a la discípula, y se quitó las botas para mojar los pies en el río, pues los tenía sudados.

—¡Está congelada! —exclamó cuando tocó el agua. Lágrima aún notaba las misteriosas raíces colgando de sus pies. Ahora que la llegada de la niña la había desconcentrado, podía sentir que se hacían pequeñas de nuevo y que regresaban al límite de su piel. Pero eso no se lo dijo a Warin. Ella nunca hablaba de eso con los de la aldea, pues sabía que les asustaba. Les asustaban las cosas de Lágrima que estaban relacionadas con la magia, aunque ella no los juzgaba, ella era comprensiva con la gente de a pie y con sus miedos. Ya llegaría el momento de hacerles comprender.

—¿Tu madre sabe que estás aquí, conmigo? —le preguntó a la niña—. La última vez viniste sin decirle nada y se preocupó mucho, ¿recuerdas,

Warin?

–Esta vez la he avisado, Lágrima. Aunque a mi madre no le hace mucha gracia que ande por aquí. Me dice que tenga cuidado con los *féeros*, que no me acerque al río porque las *ácuaras* se me llevarán para siempre si me cogen envidia.

Lágrima se rio, pero no con ánimo de mofa. Al contrario. Comprendía a las gentes de Dórokha como también comprendía sus temores y sus inquietudes ante lo desconocido.

–Warin, dile a tu madre que no debe temer. Las *ácuaras* son inofensivas. De vez en cuando gastan alguna broma, pero sólo a los chicos.

–Entonces, ¿los *féeros* no son malos, o sí?

La discípula, primero, tuvo que pensar bien en la respuesta que iba a darle.

–Puede que existan *féeros* perversos, pero no viven aquí, en nuestro bosque. O, al menos, yo nunca los he visto. No, Warin: en Dórokha sólo hay criaturas nobles. Si te pierdes un día por estas frondas, verás que no te pasa nada malo. Sólo tienes que pedirles ayuda y ellos te llevarán de vuelta a casa.

–Claro, como le pasó a Turasgh el Extranjero, ¿verdad?

Lágrima torció el gesto por un instante, confusa. En particular, la historia de cómo Turasgh había sobrevivido durante varias semanas solo en el bosque estaba plagada de secretos que nadie en la aldea conocía de verdad.

–A Turasgh dicen que lo ayudaron las *dríades* de los árboles –contaba la niña.

–Sí, eso dicen. Aunque yo tampoco lo sé a ciencia cierta.

Lágrima se quedó pensativa, observando las ramas de los sauces de la orilla que tenía en frente, escuchando el rumor del caudal del río. Mientras tanto, Warin ya se había acostumbrado al frío del agua, por eso ya no tenía la piel erizada. Sus tobillos y sus rodillas eran anchos, fuertes, como sus muñecas y sus brazos. Lágrima supuso que aquella niña no tardaría ni una era en ser igual de alta que ella, y que sólo le llevaría otra más superarla en tamaño, pues era de la raza oriunda, como Jera y las demás, nórdica de sangre.

–A mi madre le da miedo que un día aparezca un demonio en el

bosque y me haga algo –prosiguió la niña mientras cogía un guijarro del vado del río. Era negro con vetas blancas y le gustó tanto que decidió quedárselo–. Siempre me cuenta lo que les pasó a los Gamogrís, lo del demonio que les quemó un carro entero, lleno de mercancía. Yo no había nacido aún.

–Yo tenía seis o siete eras cuando eso ocurrió, pero sólo me acuerdo de cómo Vesta corría frenética en dirección al bosque, para enfrentarse a esa criatura. Pasaron tres días desde que venció al demonio con su magia y, una vez estuvo recuperada, erigió los tres altares de la luna para proteger la aldea. Así que ahora nada puede pasarnos, Warin.

–Los Gamogrís se quedaron pobres, ¿verdad? El demonio quemó todo lo que llevaban al mercado de Anira.

–Así es. Fueron malos tiempos para ellos, pero los demás vecinos los ayudaron mucho. La gente de Dórokha es generosa como la tierra.

–Goru Gamogrís dice que eres una bruja –dijo de pronto Warin, indignada. Los ojos claros de la niña demostraban un claro sentimiento de disconformidad, aunque una parte de ella necesitaba confirmar si aquello era o no cierto–. ¿A que no? Se lo ha dicho su hermano Dúmork, el mayor.

Dúmork Gamogrís tenía más o menos la edad de Lágrima y ésta todavía se acordaba, no sin un resto de tristeza, de cómo la insultaba cuando eran niños. Dúmork la llamaba *bruja* y otras cosas mucho peores, pero al parecer ni la edad lo había hecho retractarse, sino que además ahora el mayor de los Gamogrís transmitía aquellas creencias a sus hermanos menores. Una lástima.

–No los juzgues, Warin –resolvió Lágrima, compadeciendo a aquella familia por sus desgracias–. En el fondo, no son mala gente. Sólo es que tienen miedo. Después de lo que les ocurrió, es normal.

Entonces, una de aquellas palabras iluminó la cara rosada de Warin con un brillo pícaro. Sonrió a Lágrima, no sabiendo todavía si se saldría con la suya, y luego susurró:

–¿Puedes hacer un poco de magia?

Lágrima arqueó una ceja, fingiendo que no sabía de qué le hablaba. Pero Warin era más lista que una comadreja.

–Por favor, Lágrima... No se lo diré a nadie, te lo prometo.

–Warin, cielo... Vesta no nos deja hacer magia si no es necesario. Yo

todavía no soy sacerdotisa y no sé si lo llegaré a ser...

–¿Cómo que no? –rezongó Warin, incrédula–. Vesta te elegirá a ti. Mi prima últimamente no termina ninguna de las tareas que le manda la maestra. Su madre la regaña todos los días. Pero Jera ahora prefiere juntarse con los chicos de la aldea: se pasa todo el día en las praderas con los demás.

No era la primera noticia que Lágrima recibía sobre la desidia de su compañera y hermana de leche. Al parecer, Jera estaba desperdiciando todo el tiempo de aprendizaje que llevaba a las espaldas, motivo por el que Vesta solía enfadarse mucho. Pero eso no significaba que ella, Lágrima, tuviese que ser finalmente la sucesora de la anciana.

–Entonces, ¿puedes hacer un poco de magia? –insistió la niña–. Por favor, Lágrima, por favor. A mi prima no le sale.

Lágrima se rio. Warin era insistente y bastante tozuda. Casi siempre conseguía todo cuanto deseaba a fuerza de perseverar. Sin embargo, la magia era harina de otro costal. La magia era sagrada, era un don de los dioses que se empleaba para cubrir necesidades, no un juego. Así que, muy a su pesar, Lágrima se negó por segunda vez y Warin se cruzó de brazos, mohína.

–Warin –le explicó la discípula con mucha sutileza–, sé que gusta la magia. Es bonita y brilla algunas veces. Pero no nos pertenece. Sólo es nuestra cuando la necesitamos, no siempre que queremos. ¿Lo entiendes?

La voz de Lágrima poseía un timbre dulce, sobre todo cuando hablaba a los niños sobre aquellas cosas sobrenaturales que los asustaban, cosas que ni siquiera los adultos de Dórokha llegaban a comprender del todo bien. De hecho, Vesta en ocasiones alababa su talento para transmitir a los demás la sabiduría de la tierra y de la Gran Madre.

–Lo entiendo, Lágrima –se resignó Warin al fin–. Si Vesta lo dice, por algo será.

Después, Warin se recostó sobre el regazo de Lágrima y la discípula cortó algunos dientes de león que crecían cerca, con mucha delicadeza, para ensartárselos en las trenzas a la niña. Entre el sonido del río, los delicados rayos de sol y el aire que olía a cortezas de sauce, Warin se quedó dormida cuando, de pronto, alguien más se sumó a aquel encuentro.

Jera Helecho se abrió paso entre unos enebros del camino, con

cuidado de no pincharse, y Lágrima, que no esperaba verla caminar aún, se puso muy feliz. Habían pasado cinco días desde la fatídica noche de la prueba.

—Jera, ¿cómo te encuentras? —le preguntó en voz baja estirando un brazo para darle la mano, ya que Warin seguía durmiendo sobre sus piernas—. He estado trabajando muchísimo, Jera. No he tenido ni un momento para ir a verte. Perdóname...

—No importa —respondió Jera, sentándose junto a ellas y besando a Lágrima en la mejilla. Su belleza nórdica se multiplicaba al sonreír, pues le salían hoyuelos en torno a la barbilla, curva y redonda, en sintonía con el resto de su cara. Además, le brillaban los ojos, separados de sus cejas doradas por un arco limpio y luminoso, reposados sobre sus mejillas tocadas de un rosa sutil—. Ya casi no me duele.

Las dos discípulas se quedaron mirándose en silencio. Lo que existía entre ambas era muy especial, a pesar de sus pequeñas disputas y de algún que otro desencuentro, pues, al fin y al cabo, las dos habían sido amamantadas por la madre de Jera, la viuda Celes Helecho, y por lo general casi nunca discutían.

—¿Sabes? Incluso con el tobillo torcido, tienes muy buen aspecto —apreció Lágrima. Siempre creyó que Jera era una muchacha llamativa. Esa mañana llevaba una tiara de flores sobre la cabeza y la luz del invierno tenue le aportaba un resplandor admirable, lejos del aspecto demacrado que mostraba la noche de la prueba, tras caerse al río y empaparse de los pies a la cabeza.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Jera, pestañeando con gracilidad. Tenía un don para la seducción, en el fondo ella misma era consciente de su propio encanto. A Lágrima no le cabía la menor duda y, aunque le hiciera gracia, en realidad le parecía impropio de una futura sacerdotisa, pues la belleza era algo banal... o eso quería creer.

Jera, tras comprobar que su prima Warin continuaba dormida, siguió hablando:

—El invierno tenue es mi estación preferida, Lágrima. Los días son más largos y la gente se queda despierta en la aldea hasta muy tarde. Además, es el mejor momento para encontrar pareja.

A Lágrima le sorprendieron sus palabras. ¿Acaso Jera estaba

enamorada? Desde luego, su rostro lucía esa mañana más risueño que nunca. Es más: se rumoreaba que los jóvenes de Dórokha andaban locos tras ella. Lágrima lo sabía aunque no la envidiaba en absoluto, pues ella tenía otros planes muy diferentes para su vida, si es que conseguía convertirse en sacerdotisa. Pero, de pronto, la alegría se borró del tierno rostro de Jera. Parecía sentirse culpable.

—Lágrima, quería decirte que siento que Vesta no te eligiera.

—No te preocupes, Jera, tú no tienes la culpa —se resignó a responder Lágrima. Ella era consciente de que su compañera no tenía nada que ver con su fracaso personal—. La maestra tenía razón en todo. Ninguna de las dos está preparada todavía, por mucho que nos fastidie. Tendremos que trabajar más si queremos que Vesta deposite su confianza en nosotras.

A Jera, aunque asintió sin protestar, la palabra *trabajar* cada vez le provocaba más pereza. Y Lágrima, que era bastante avispada, ya se había dado cuenta de que su hermana de leche tenía la cabeza en otros asuntos muy diferentes a su oficio. Por un lado eso le proporcionaba cierta ventaja, aunque por otro le apenaba que Jera se estuviera distanciando de ella. Durante las últimas lunas, Jera Helecho había estado más atenta a la vida en la aldea que al aprendizaje de sacerdocio. Lágrima, que últimamente se había llegado a sentir un poco sola y apartada del resto de la gente, se encontraba abstraída en aquellos pensamientos cuando, de repente, una voz desconocida irrumpió en su mente: “Se va. Ya se marcha”.

—¿Has escuchado eso? —le preguntó a Jera, sobresaltada.

—¿El qué?

—“Ya se marcha, deprisa, que se va”.

—Eso —insistió Lágrima mirando a su alrededor, con los ojos desorbitados.

—¿El qué, Lágrima? No oigo nada.

Una lechuza blanca cruzó volando el lugar donde se encontraban las discípulas y la niña. Luego, otras dos más la siguieron ante las miradas absortas de Lágrima y de Jera.

—¿Lechuzas? —se extrañó Lágrima al ver a su tótem a plena luz del día—. Pero, si es casi mediodía, ¿por qué no están durmiendo?

—“Vamos, síguenos, se marcha ya”, oyó la joven de nuevo dentro de su cabeza. Entonces se dio cuenta de que eran las lechuzas las que hablaban.



Podía entenderlas...

—¿Qué sucede? —se asustó Jera—. ¿Qué significa todo esto, Lágrima?

—¿Quién? ¿Quién se marcha? —inquirió Lágrima tratando de llamar la atención de las lechuzas—. ¿Dónde vais?

Sin embargo, ninguna de aquellas nueve lechuzas se detuvo. Volaban en dirección a la aldea, y Lágrima y Jera se dieron cuenta en seguida. Mientras Lágrima trataba de convencerse a sí misma de que no ocurría nada malo, un rostro apareció en sus pensamientos. Era un conocido y viejo guerrero, Lostgún Osonegro, quien eras atrás había ejercido durante mucho tiempo como patriarca de Dórokha por su célebre valor y su honestidad. Desde hacía un par de lunas el viejo se encontraba muy enfermo, aquejado de dolores en el corazón. Eso lo sabía todo el mundo en la aldea. Pero, al parecer, aquel día era distinto. Y posiblemente las lechuzas intuían que había llegado el momento de ayudar a su alma a pasar al otro lado.

—Lostgún Osonegro se muere, Jera —declaró Lágrima con la cabeza fría y sin perder la calma—, vamos a su casa.

—¿Qué? —inquirió aquélla, aterrada—. ¿Que Lostgún se muere? ¡Me estás asustando, Lágrima!

—¿Crees que trato de asustarte? Te estoy diciendo la verdad: Lostgún está a punto de morir. Y nosotras, las futuras sacerdotisas de Dórokha, tenemos que acompañarle. Despierta, Warin, cielo.

A Jera se le había descolorido el rostro. Le sudaban las manos y no sabía qué hacer. Lágrima en cambio, tras despertar con suavidad a la niña, que no entendía por qué interrumpían su sueño, se levantó de allí, cerró el saco de ortigas y, cargándose sobre un hombro, echó a caminar en dirección a la aldea, con paso precipitado.

—Encárgate de tu prima, Jera. Que se ponga los zapatos.

—¿A dónde vas? —le preguntó su compañera, paralizada por el miedo—. ¡Tenemos que llamar a Vesta!

—Vesta hoy no está. Se fue ayer con Lunaria, a las montañas. Me dijo que regresaría en dos días o tres. Vamos, sígueme.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer sin ella?

Warin, todavía aturdida, terminó de meter los pies en los zapatos y luego se cogió de la mano de Jera mientras miraba a Lágrima, quien

comenzaba a impacientarse porque le irritaba ver a su compañera tan acobardada ante aquella situación. Ella era mucho más resuelta y sagaz en las circunstancias extremas, siempre había destacado por eso. Además, Vesta había hablado muchas veces con ellas sobre lo que significaba el viaje de la muerte y Lágrima sabía que las lechuzas se habían apresurado para ayudar al pobre Lostgún a trascender. En otras ocasiones lo hacían los gatos de la aldea: permanecían tumbados a los pies del moribundo hasta que éste expiraba. Sin embargo Jera, incluso estando iniciada en los misterios, no lo veía así. La muerte la asustaba mucho, sobre todo desde el día en que perdió a su padre.

—Jera —declaró Lágrima con severidad—, somos las sucesoras de Vesta y estamos a punto de terminar nuestro periodo de formación. Si no somos capaces de encargarnos de esto, entonces nunca seremos dignas de ser nombradas sacerdotisas. Ahora, sígueme: primero llevaremos a Warin con su madre. Después iremos a la casa de los Osonegro: tenemos que ayudar a Lostgún a marcharse.

Lágrima tiró del brazo de Jera, perdiendo la calma, pero ésta se resistió, mirándola con indignación.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —le preguntó, sacudiendo el brazo para que Lágrima se apartara de ella—. ¡Todavía no has visto a ese anciano y ya lo estás condenando a morir!

Los ojos de Jera se abrieron, desorbitados, y las lágrimas comenzaron a desbordarse en ellos. Emociones muy fuertes la embargaban en aquel momento durante el cual Warin, siendo sólo una niña, se mostraba mucho más sensata que su prima. Lágrima, muy a su pesar, se dio cuenta de que su amiga no era capaz de discernir. Entonces intentó relajarse y ser más transigente con ella que, al fin y al cabo, sólo estaba asustada, pues Lágrima sabía que el miedo podía nublar el entendimiento de cualquiera, incluso de una discípula.

—Jera —comenzó de nuevo, templando su tono de voz—, sé lo que digo. Las lechuzas me lo han transmitido. Ellas nunca se equivocan cuando...

—¡Déjame en paz! —le gritó Jera, apartándose de ella y de su prima bruscamente—. Me voy a la choza de la maestra a por medicinas. Le prepararé a Lostgún Osonegro la mejor poción que pueda y se curará.

—¡Jera, por favor!

Pero la joven rubia ya se alejaba de allí a un ritmo apresurado, indignada y dolida. Lágrima también se había ofendido, mas no permitiría que aquella discusión estúpida privara al viejo Lostgún de una mano amiga para iniciar su viaje. Por lo tanto, le dijo a Warin que la siguiera y ambas salieron corriendo en dirección a la aldea. Consiguieron llegar en pocos minutos, jadeando fatigadas. Entonces, la niña se despidió de Lágrima y se marchó a su casa. Cuando la discípula perdió de vista a la pequeña, se dirigió sin pensarlo siquiera a la choza de los Osonegro, en cuyo tejado se habían posado las nueve lechuzas blancas mientras algunos aldeanos, entre ellos uno de los jóvenes de la familia Gamogrís, la miraban con curiosidad, con una brizna de temor, como siempre. Pues Lágrima, a pesar de llevar toda su vida en Dórokha, seguía siendo extraña para los oriundos de allí. Y eso aún le dolía.

Haciendo caso omiso de las miradas y los cuchicheos, se presentó ante la gran choza del viejo Lostgún. Los Osonegro eran una de las familias más célebres de Dórokha. La fuerza y rudeza de sus miembros era de sobra conocida: de hecho, la tradición marcaba que todos los varones de la casa, llegados a la mayoría de edad, debían salir en solitario al bosque para cazar un oso y ganarse así el honor de llevar aquel apellido. No siempre regresaban todos, aunque los que lo lograban podían quedarse con la piel de su presa como trofeo, una pieza que solían vestir después no sólo para defenderse del frío durante el invierno gélido, sino también para hacerse de respetar entre el resto de hombres de la aldea. Esa costumbre, sin duda, era lo que había dado nombre a la familia desde tiempo inmemorial.

Lágrima, no menos conocedora de aquella historia, observó dudosa la puerta de la casa, que estaba decorada con una corona de ramas y hojas de roble. Se descargó del saco de ortigas. Luego, se sacudió la ropa y se atusó un poco el cabello. Lo cierto es que no iba nada presentable tras haberse pasado toda la mañana en los bosques, pero ese detalle ahora carecía de importancia. Entonces, tras dar una honda inspiración, aporreó la puerta con los nudillos, una y otra vez, hasta que un joven alto y muy fornido, de unas veintidós eras de edad, le abrió con pocas ganas y la observó. Qué hosco era su gesto, en él Lágrima no percibió ni una pizca de amabilidad. Aquél era Kennaz Osonegro, el nieto más mayor de Lostgún, cazador y guerrero como sus antepasados.

—¿Dónde está Lostgún? —le preguntó Lágrima al comprobar que, pasado un rato, Kennaz ni siquiera la saludaba—. ¿Se encuentra bien?

Kennaz, que tenía los ojos pequeños y de un color glacial, abrió la boca para responder cuando, de repente, una mujer robusta y rubia vestida de granjera salió a recibir a Lágrima. Era Epona, la madre de Kennaz.

—¡Menos mal que has venido! —exclamó, enjugándose los ojos—. ¿Y Vesta? ¿Dónde está?

Lágrima no supo qué decir. Al parecer, no era ella a quien esperaban.

—Vesta no vendrá hasta dentro de unos días —se limitó a explicarles, intentando que su presencia transmitiera suficiente confianza a la familia.

—¡Qué desgracia! —se lamentó entonces la mujer, llevándose las manos a la cabeza. Acto seguido, y notando que a Lágrima le había molestado que dudaran de ella, Epona intentó retractarse, frotándose las manos, muy nerviosa—. Bueno, muchacha, entra y haz lo que puedas. Mi suegro está muy mal.

Lágrima procuró no darle importancia a ese menosprecio. Ya sabía que su presencia era un poco inquietante para los habitantes de Dórokha porque no confiaban en ella del todo: quizás era su juventud, quizás era su raza, quizás era que no tenía padres... O quizás era que conocía la magia. Pero la discípula no los culpaba. Al contrario: ella era capaz de compadecerlos, de comprender sus miedos ante lo desconocido, de soportar los gestos de rechazo de los aldeanos porque no sabían ni podían hacerlo mejor. Le había ocurrido cientos de veces. Además, sabía que los Osonegro eran gente honrada, leal, aunque no supiesen expresarse con más amabilidad que la que le habían mostrado en la puerta de aquella choza. Eso no tenía importancia. Ahora necesitaban una sacerdotisa y Lágrima, en la ausencia de Vesta, se esforzaría por ayudarlos lo mejor que pudiera.

Avanzó dos o tres pasos cuando oyó cómo Kennaz cerraba la puerta tras ella. El joven guerrero, de rostro inexpresivo y rectilíneo, se quedó allí mientras Epona guiaba a Lágrima hacia el rincón en el que el viejo Lostgún reposaba, agonizante. Aquella choza era algo más grande que las demás y su interior se percibía oscuro y cálido. Además, tenía el suelo forrado con tablas de madera, lo cual era un indicativo de que la familia Osonegro estaba bien acaudalada en relación con otras de Dórokha, cuyas chozas se

erigían sobre la propia tierra y tan sólo podían añadir sobre ella paja y brezo seco para no percibir la humedad de una forma tan acusada.

El hogar estaba encendido y sobre él bullía un consistente guiso de jabalí. El olor de la carne cocinándose era denso y pesado y poseía un acabado dulzón. Pero a la discípula, lejos de resultarle apetecible, se le revolvieron las entrañas, pues ella jamás comía animales, así que contuvo la respiración hasta que llegó hasta el anciano, que yacía sobre un camastro con la respiración agitada.

Lostgún era un hombre enorme, como su nieto, de pelo blanco con vetas grises. No se había cortado la barba tal vez desde las últimas tres eras, aunque la llevaba trenzada. A pesar de la vejez y de la enfermedad, no había perdido su grandioso porte de guerrero. De hecho, su lanza se encontraba en su lecho, junto a sus piernas. Era casi tan vieja como él y ambos habían luchado juntos contra los invasores en la última batalla que vivió Dórokha, hacía ya más de veinte eras.

A su lado, su hijo Gebo era otra versión más de Kennaz, sólo que de edad intermedia entre el abuelo y el nieto. Los tres poseían esos ojos fríos y duros del color del metal, y la parquedad de su carácter, así como su tamaño y corpulencia, intimidaron un poco a Lágrima, quien luego se sintió estúpida por ello. Al fin y al cabo, y aunque fuera de una raza diferente, ella sobrepasaba a todos esos hombres en sabiduría e inteligencia. Ése era un pensamiento que a veces le hacía sentirse mejor, pero que en realidad no le hacía sentirse bien, pues era una muestra de arrogancia. De forma inconsciente, incluso sacó pecho, como si quisiera parecerles un poco más grande. Pero la tos ahogada de Lostgún rompió el silencio y también la sacó de sus reflexiones, devolviéndola a la conmiseración, a la actitud servil y humilde de quien tiene que ayudara a alguien a morir. Entonces la discípula se apresuró a colocarse junto a la almohada del moribundo guerrero viejo.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó, sin levantar mucho el tono de voz. El anciano, cuando terminó de toser, la escrutó con indiferencia.

—Así que Vesta Antigua me envía una niña el día de mi muerte —protestó, disconforme.

—¡Padre! —lo reprendió de pronto su hijo Gebo, con su fuerte tono de voz—. Sé más educado. La muchacha ha venido a ayudarnos.

Cómo gritaban al hablar. Lágrima, haciendo de tripas corazón, procuró que no la notaran molesta, pues la templanza era una de las grandes virtudes que una sacerdotisa debía poseer. Por un lado, le dieron ganas de marcharse de allí y dejarlos para que se apañaran solos. Estaba segura de que a Jera no la habrían recibido con las caras tan largas, pues Jera era nativa de Dórokha, de sangre nórdica como ellos. Sin embargo, y pensándolo con detenimiento, supuso que ese guerrero viejo, a pesar de lo que quisiera aparentar, estaba asustado, tenía angustia, tenía miedo. Miedo de la muerte. Un miedo común a todas las criaturas aunque más acentuado en los humanos. Su misión ahora sería facilitarle ese trance, hacérselo dulce y acompañarlo hasta que viese que al otro lado había luz y paz. Así que abrió su faltriquera, sin saber muy bien por qué, quizás para que pareciera que estaba haciendo algo útil. Aunque, en realidad, no tenía ni idea de cómo comenzar a resolver aquel entuerto. Mientras tanto, el viejo la escudriñaba con su mirada hermética, con pocas expectativas. También lo hacía Kennaz, casi pareciendo un juez. Ella era capaz de percibirlo a pesar de que lo tuviera detrás.

—Se ha pasado toda la mañana diciendo que le dolía el corazón —le explicó Epona, rompiendo la tensión del momento en un intento torpe por resultar más locuaz que los hombres de su casa.

—Está bien —asintió Lágrima, pensativa. Luego, y no poco nerviosa, se dirigió al anciano—. Necesito que os descubráis el pecho.

Lostgún, que respiraba con cada vez más dificultad, la miró con escepticismo, aunque después accedió y se abrió la camisa, resoplando. Era obvio que el viejo no tenía ninguna fe puesta en Lágrima Cunasauce. Mientras tanto, la discípula pudo ver sobre el pecho del hombre un antiquísimo tatuaje con la forma de la cabeza de un carnero.

—Os aplicaré un ungüento medicinal —resolvió, no demasiado convencida de su elección. A pesar de todo, necesitaba impresionarlos de alguna manera, ganarse su credibilidad aunque fuera mediante el intenso aroma de alguno de sus ungüentos balsámicos.

—¿Y de qué me servirá? —refunfuñó de nuevo el viejo—. Yo sólo quiero morirme de una vez.

Lágrima se detuvo al escuchar sus palabras, tan duras, tan contundentes. Una vez más se le había quedado cara de idiota porque

Lostgún, aunque no supiera nada de medicina, llevaba razón. Ningún remedio lo ayudaría ya. Al menos lo tenía claro: tenía ganas de marcharse y casi pedía a gritos que alguien le ayudara a lograrlo. Entonces Lágrima dejó a un lado su faltriquera y se aventuró a hablar con él de un modo franco, sin tabúes. Era algo que no se le daba mal porque siempre imbuía cierta dulzura a sus palabras, incluso a las más duras. “Ponte en el lugar de los enfermos”, recordaba los consejos de Vesta.

—¿Así que queréis marcharos ya? ¿Estáis seguro?

Gebo y Epona se quedaron boquiabiertos ante aquellas preguntas y les pareció que la osadía de aquella doncella no conocía límites. Kennaz, aunque estaba fuera del campo de visión de Lágrima, seguramente la analizaba con su gesto hosco y huraño. Y no era para menos, pues nadie hablaba así de la muerte, con tanta naturalidad. Sin embargo el viejo Lostgún, por primera vez desde que Lágrima había llegado, abandonó aquella mueca déspota que tanto imponía a la discípula. La joven y el viejo ahora ya comenzaban a entenderse.

—Así es, niña —afirmó—. Me quiero ir. Haz lo que quieras conmigo, pero libérame ya de esta agonía. Me duele todo el cuerpo, me duele cada vez que respiro o que me muevo. No puedo más.

—Pero, ¿acaso no existe nada que pueda curarlo? —se alarmó Epona mientras Gebo observaba a Lágrima de un modo sospechoso y desconfiado—. ¡Por la diosa! ¡Qué barbarie! Si Vesta estuviera aquí...

—¡Cállate, Epona! —gruñó Lostgún—. ¡Si Vesta estuviera aquí haría lo mismo que está haciendo su aprendizaje! Para eso la ha adiestrado desde el día que nació.

Lágrima, que nunca se había sentido tan observada, agradeció las palabras de apoyo del viejo guerrero, aunque le incomodó mucho el modo en que Gebo y Epona estudiaban cada uno de sus movimientos, con gesto disconforme.

—Lágrima, hija —prosiguió Lostgún—, mi familia no me deja morir. Si viviera solo, hace ya algunas eras que me habría marchado.

—Deberías agradecerme lo mucho que te hemos cuidado, padre —se quejó Gebo mirando al viejo con desdén.

—Ya lo hago, hijo. Pero quiero terminar. Me he vuelto un viejo inútil que ya no se vale por sí mismo. A ninguno os gustaría llegar a esto, te lo

puedo asegurar. Habría preferido morir joven con una espada atravesada en el vientre antes que quedarme aquí, quieto, como un maldito mueble viejo.

La joven discípula se sintió muy violenta en medio de aquella disputa familiar. Entonces, e ignorando sus voces por un instante, tomó conciencia de sus raíces. Las raíces que le salían de los pies cuando llegaba la magia. Pidió consejo a las lechuzas, que en aquel momento debían de estar posadas aún sobre el tejado de la choza, y entonces supo lo que tenía que hacer.

Decidida, colocó sus manos sobre el pecho de Lostgún y sintió los débiles y cada vez menos frecuentes latidos de su corazón agotado, e inmediatamente toda la familia se quedó en silencio. Lágrima, que en ocasiones podía acceder al don de la clarividencia, una técnica que todavía tenía que perfeccionar, entró en un ligero trance y comenzó a murmurar una suave canción que sobrecogió al viejo guerrero. Una canción fúnebre, hermosa... Entonces recibió imágenes en su mente: era el pasado de Lostgún. Lágrima lo vio joven y airoso, muy parecido a Kennaz, con el cabello rubio y la barba afeitada. El joven Lostgún se dirigía a la orilla del río. Allí lo esperaba una muchacha, una joven sacerdotisa: era Vesta. Su pelo tenía un color rubio ceniciento y su tez estaba tersa y suave. Pero se notaba que era ella, con aquellos ojos tan negros y, por aquel entonces, ya tan sabios. Lágrima comprendió que Lostgún y Vesta se habían amado mucho. Sin embargo, habían elegido caminos diferentes, y eso había separado sus destinos y también el rumbo de sus vidas, para siempre.

Un hondo suspiro del viejo Lostgún devolvió a Lágrima a la realidad por un instante. El hombre había derramado una lágrima de nostalgia. Aun así, la aprendiz no retiró las manos de su pecho. Había más, más secretos que el viejo guerrero había decidido revelar únicamente a aquella muchacha que había llegado para ayudarlo a trascender. El joven Lostgún eligió una vida equivocada, una mujer a la que no amaba, con la que formó su familia, y se alejó para siempre de la sacerdotisa de la aldea, a pesar de que fue ésta misma la que ofició su ritual de unión de manos y dio la bendición a sus hijos cuando nacieron. Lágrima supo que aquella carga, la carga de las decisiones mal tomadas o no tomadas a su debido tiempo, era demasiado pesada incluso para un guerrero fornido e infalible como



Lostgún. Entonces pidió en su interior a la Gran Madre para que se llevara aquel peso grande y doloroso y lo purgara en las entrañas de la tierra profunda. Lostgún respiró hondo y la discípula se sobresaltó. A pesar de todo, el gesto del anciano se había colmado de alivio. Sólo quedaba una cosa, un anhelo que no se cumpliría. En el fondo de su corazón, el viejo ansiaba que Vesta fuera la última persona a la que viera antes de morir.

–No padezcáis –le susurró Lágrima con los ojos anegados en llanto, compungida por aquella historia triste–. Ella llegará a vuestro ritual de despedida. Lo importante es que ya os habéis perdonado a vos mismo. Ya nada os ata aquí. Podéis ir, sois libre.

El viejo rodeó con sus fuertes manazas las de Lágrima, mucho más pequeñas y menos masacradas por la dureza de la vida. La miró con devoción y, finalmente, murmuró:

–Gracias, hija.

La expresión férrea y tosca del viejo se había tornado liviana y serena. Era el rostro que Lágrima había visto tantas veces cuando acompañaba a su maestra a hacer esa misma labor que aquel día le había tocado ejercer por primera vez, el rostro de aquéllos que ya se encontraban preparados para marchar en paz. Retiró sus manos del pecho de Lostgún y le cerró la camisa con toda la delicadeza que fue capaz, como si fuera un niño a punto de quedarse dormido.

Después, el viejo guerrero miró a su alrededor. Observó por última vez los muros de piedra y el techo de la que había sido su casa y la de su numerosa prole. Observó a su hijo, a su nuera, al mayor de sus nietos. Se llevó una mano a los labios y luego extendió el brazo como si quisiera derramar sobre todos aquel último beso que contenía todo su amor por ellos. Entonces un nuevo achaque le oprimió el pecho en aquel momento, así que Lágrima lo abrazó, como si lo hubiese hecho cientos de veces, como si lo amara. De hecho, lo amaba, aunque ni ella misma pudiese comprender cómo... Luego apoyó la cabeza del viejo guerrero en la cara interna de sus brazos, y Lostgún, tras dirigirle una sonrisa grata, dejó que sus párpados se cerraran y, casi sin dolor, dejó de respirar.

La discípula, sobrecogida, se quedó inmóvil, derramando lágrimas silenciosas al recordar la fuerza de aquella sonrisa que sólo a ella había pertenecido. Lo que sentía en esos instantes era un raro sentimiento de

amor. Un amor muy intenso hacia alguien a quien no conocía. Ése era el amor del que Vesta hablaba, el amor más puro, el amor a todo, el amor que no precisa de condiciones, el amor que no quiere poseer a nadie. Ése era el amor que una digna sacerdotisa debía sentir hacia todas las formas de vida que existiesen a su alrededor.

Un sollozo de Epona la devolvió al mundo terrenal, así que Lágrima, apartándose despacio del cuerpo ahora pesado y rígido del anciano guerrero, pidió ayuda a Gebo para recolocar al difunto Osonegro sobre el lecho con el mayor de los cuidados.

## El claro de los fuegos

La tarde que siguió a la muerte de Lostgún se celebró su rito fúnebre tras haber dejado a su cadáver permanecer en el hogar durante un día entero, como marcaba la tradición.

Vesta había llegado a tiempo. Para bien o para mal. Lo hizo por la mañana, cuando la aldea acababa de despertarse. Lágrima le contó todo lo que había sucedido y desde entonces la anciana apenas había abierto la boca.

–Necesitaré tu ayuda esta tarde –pronunció sin más, con la mirada pensativa y los labios fruncidos de la misma manera que cuando algo le preocupaba mucho. Lágrima no le preguntó nada. A la hora de comer, ninguna de las dos probó bocado. Después, la anciana reunió las hierbas aromáticas, el incienso y las ofrendas que todo ritual de despedida merecía y los metió en un cesto de mimbre que Lágrima cargó hasta el Claro de los Fuegos, un páramo cercano al bosque en donde tenían lugar aquel tipo de ceremonias. En él había erigidos grandes dólmenes en los que estaba escrito el apellido de las familias y los nombres de cada uno de los miembros cuyas cenizas se habían derramado allí. A veces se acercaba la gente de la aldea a colocar ofrendas o sencillamente a hablar con sus muertos.

Vesta y Lágrima llegaron las primeras, con los cabellos trenzados y vestidas con las túnicas blancas que sólo utilizaban durante las ceremonias. Se dirigieron hasta el menhir que llevaba escrito el apellido *Osonegro* y montaron el altar y la pira funeraria para la ocasión. Poco a poco se fueron reuniendo allí los aldeanos, cabizbajos y en silencio, portando cirios o antorchas en sus manos para alumbrar el camino del alma que abandonaba el mundo físico. En último lugar, llegó la familia de Lostgún al completo, entre los cuales Kennaz, Gebo y otros dos hombres adultos cargaban con el cuerpo del viejo guerrero, que se iría al otro lado con su lanza entre las manos. Jera y su madre iban tras ellos. Lágrima no había visto a su hermana de leche desde el suceso de las lechuzas blancas, justo cuando aquélla huyó despavorida. Ahora, entre ambas se palpaba cierta tensión que les impedía

siquiera cruzar las miradas. Jera se sentía avergonzada por haber actuado con tanta cobardía cuando Lágrima fue a ver a Lostgún, antes de que muriese, y a Lágrima aquel comportamiento le parecía en verdad indigno de una candidata a sacerdotisa. Irguiendo la barbilla con reproche y percatándose de que Jera ni siquiera se había puesto su túnica ritual, Lágrima decidió olvidarse de ella y centrarse en el rito que estaba a punto de comenzar.

Toda Dórokha se encontraba ya en el Claro de los Fuegos, formando un amplio círculo alrededor de la pira funeraria de Lostgún, cuando Vesta decidió que había llegado el momento y abrió la ceremonia con una oración a la Gran Madre. Lágrima nunca la había notado tan fría y aséptica. Desde luego su maestra no imbuía ni una pizca de pasión en el rito de despedida del que había sido el gran amor de su vida. Por el contrario, la anciana tenía el ceño fruncido y hablaba con una severidad impropia de ella. Su discípula, en cambio, se encargaba obedientemente de otros detalles, como mantener el incienso y la mirra encendidos y colocar las ofrendas junto al cuerpo. Mientras lo hacía, no podía evitar darse cuenta de que los familiares de Lostgún la acechaban con suma desconfianza, sobre todo Kennaz. Aquel torpe guerrero no inspiraba ninguna simpatía en Lágrima. La escrutaba todo el tiempo con su cara inexpresiva, como si juzgara cada uno de sus actos. Entonces la discípula decidió ignorarlo por completo, pues un hombre tan bruto como aquél jamás sería capaz de entender ni la mitad de las enseñanzas que en esos momentos Vesta daba sobre la vida, la muerte y la reencarnación.

Al menos una hora después, llegó el momento de la incineración. La tradición marcaba que la llama la prendiese el primogénito del difunto, así que en este caso le correspondió a Gebo Osonegro. Aquella parte del rito solía ser muy intensa. Por lo normal, desataba llantos desconsolados. Tal era el caso de Jera, que se lamentaba abrazada a Kennaz. Otra sorpresa para Lágrima. Ignoraba que Jera tuviera una relación tan cercana con aquel guerrero, aunque bien mirado, él seguía rígido e impenetrable, atento sólo a las llamas.

Después observó a Vesta. La sacerdotisa tenía los ojos posados en el suelo, tal vez en sus propios pies descalzos, mientras esperaba con paciencia que el fuego llegara a su fin tras consumir la pira funeraria.

Lágrima intuyó que su maestra no debía de estar pasándolo precisamente bien, pero la anciana había extraído fuerzas de donde no le quedaban para no deshacerse en un llanto interminable que le habría impedido officiar aquella ceremonia.

Cuando terminó el ritual, Vesta se untó los dedos con un pigmento elaborado con una porción de la ceniza resultante. Con las manos temblorosas, escribió el nombre completo de Lostgún en el hueco que le correspondía de la superficie del menhir. Según lo hacía, Lágrima comprendió que ese día una parte de la maestra también se había quemado en la pira del viejo guerrero.

La muchedumbre se fue retirando poco a poco del lugar. Incluso Jera y su madre se marcharon sin mediar palabra con la sacerdotisa. Los Osonegro se fueron más tarde, tras darle las gracias. Lágrima y su maestra, en cambio, se quedaron las últimas para recoger todo y dejar el Claro de los Fuegos en perfecto orden. Se había hecho de noche cuando al fin terminaron. Entonces Lunaria, la fidelísima loba blanca, apareció entre los abedules de improviso, dispuesta a acompañarlas.

—Gracias, Lunaria —le dijo Vesta acariciándole el hocico—. Vamos a casa, me he quedado helada en el páramo. Aquí siempre hace frío.

Lágrima seguía callada. No quería perturbar el silencio de la anciana ni tampoco el tiempo que ésta necesitaba para asimilar todo lo ocurrido, pues se imaginó que perder a Lostgún habría sido para ella un golpe muy duro. Una vez llegaron a su modesta choza, Lágrima encendió la chimenea utilizando las piedras de *igne*, respetando como siempre la petición de Vesta sobre que no empleara su magia del fuego a menos que fuera estrictamente necesario. La choza comenzó a ganar temperatura y las dos mujeres, doncella y vieja, se desvistieron. Doblaron con mucha pulcritud sus túnicas blancas y las guardaron a buen recaudo. Luego se colocaron sus atuendos de diario mientras Lunaria conciliaba el primer sueño frente a la lumbre.

—Deberíais comer —le dijo Lágrima a la sacerdotisa una vez se habían sentado.

Vesta, con el cuerpo resentido y la espalda rota de cansancio, negó con desgana, suspirando.

—Lo único que quiero es beber algo caliente, hija —pidió como si se

hubiera vuelto frágil de pronto. Lágrima se compadeció.

–Yo me encargaré. Descansad.

Bajo la ventana se acumulaban los pucheros de barro, de distintos tamaños, y colgaban algunas cucharas y cucharones de madera. También había una panera y algunos frascos llenos de miel. A Vesta, la legítima dueña de la choza, le gustaba guardar las hierbas y especias más caras y difíciles de conseguir en frascos de cristal que apilaba en unos anaqueles. Otras colgaban de la viga del techo en forma de ramilletes o en pequeños sacos de rafia junto a varios calderos de peltre con patas. Una amalgama variopinta de aromas caía desde allá arriba, como una lluvia de sensaciones entre las que se mezclaba el perfume del espliego seco con el tono fuerte de los ajos, el frescor de la menta y el dulzor de la manzanilla. La discípula preparó una tisana de pétalos de amapola y hojas de toronjil. Nada como aquello para templar los nervios y levantar el ánimo de su entristecida maestra.

–Oh, gracias –apreció cuando Lágrima le puso un pocillo humeante en las manos, aún trémulas de frío y angustia–. Huele bien, sí. Tienes talento, hija, ya lo creo.

Lágrima se sentó junto a ella. A pesar de lo dura que podía resultar a veces, Vesta era con seguridad la persona a la que más amaba en su vida. Las dos dieron un sorbo al mismo tiempo y continuaron en silencio durante un largo rato. Ahora sólo se escuchaban los ronquidos de Lunaria y el crepitar de las llamas. El ambiente se percibía tan amargo que ni siquiera los *parrs* que habitaban la choza habían ido a recibirlas. Aquellos pequeños espíritus del bosque con aspecto de setas se habían habituado a convivir con la maestra y a menudo le robaban avellanas o pasas, rompían algún frasco de miel en un intento de darse un festín o sencillamente mendigaban un poco de sabrosa comida humana. Sin embargo, aquella noche no se veía a uno solo de ellos.

–Demostraste mucha entereza y madurez al ir sola a la choza de Lostgún –declaró Vesta mirando el interior de su pocillo, todavía lleno hasta la mitad. Lágrima no esperaba aquellos elogios, así que se ruborizó–. ¿Por qué lo hiciste, Lágrima?

–Las lechuzas me avisaron de que Lostgún estaba al borde de la muerte. Y pensé que sería piadoso ayudarlo a cruzar la frontera entre los

mundos. Vos misma me habéis explicado muchas veces que los humanos han perdido esa capacidad.

Las explicaciones de Lágrima sonaron sinceras, humildes. Esa vez no había pretensiones camufladas bajo sus palabras. Esa vez no quería alardear de lo buena discípula que podía llegar a ser, pues asistir a Lostgún había sido un sincero acto de piedad. También para ella la muerte del viejo guerrero había sido una experiencia de suma importancia.

—¿Sabes por qué me fui a las montañas hace dos días, Lágrima?

Lágrima ni siquiera se había planteado que Vesta tuviera motivos más concretos que recolectar algún determinado tipo de planta o tomarse un respiro. Pero, al parecer, la anciana lo había planeado todo.

—Yo ya sabía que Lostgún iba a morir —constató—, por eso me marché. Lloré su muerte en la soledad de las montañas, rodeada por los venerables lobos y lobas. No me sentía capaz de acompañarlo en su viaje, mi presencia sólo lo habría aferrado más a la tierra porque, en el fondo, los dos seguíamos amándonos.

Vesta se enjugó una lágrima. Acostumbraba a ser una mujer muy fuerte y jamás le había confesado aquello a nadie. Pero esa noche se había abierto por completo a su discípula. Lágrima le cogió una mano para hacerle saber que se encontraba allí para condolerla, y su maestra, por primera vez en varios días, esbozó un gesto de gratitud.

—Así que decidí delegar en Jera y en ti lo que yo no fui capaz de hacer. Además, ésta era vuestra segunda oportunidad para demostrarme quién de las dos era merecedora de ordenarse sacerdotisa. Y sintiéndolo mucho por tu atolondrada hermana de leche, creo que tú, Lágrima, estás mejor preparada para ayudar a los *efímeros* a comprender lo que sucede entre los mundos.

Lágrima se emocionó. No podía creer las palabras de su maestra. Durante los últimos días había llegado a perder la esperanza de convertirse en sacerdotisa alguna vez. Tragó saliva. Todo aquello parecía un sueño.

—¿Y cuándo se lo diréis a Jera? —preguntó, sintiéndose culpable por su gloria.

—Lo harás tú misma, en cuanto la veas. Jera ha de ser consecuente con lo que sus acciones han desencadenado. En cuanto a ti, una sacerdotisa no debe de tener miedo a decir la verdad, siempre la verdad.

Era cierto. Jera últimamente se había esforzado más bien poco. A Lágrima ni siquiera le parecía que le ilusionara la idea de dedicarse al sacerdocio. Además, viendo la actitud que había demostrado con Kennaz aquella tarde, durante el rito funerario, cualquiera diría que revocaría muy pronto sus votos de castidad.

—Lágrima —prosiguió la maestra, interrumpiendo sus pensamientos—, tú posees como yo el don de la clarividencia, aunque en tu caso todavía no esté del todo desarrollado. ¿Viste algo en Lostgún antes de que expirase?

Lágrima se acordó de las imágenes que habían desfilado por su cabeza, en las que unos jóvenes y apasionados Lostgún y Vesta se besaban junto al río como si no hubiera mañana. Se sintió avergonzada, como una intrusa que los hubiese espiado. Pero, al fin y al cabo, ella no había accedido voluntariamente a aquellos recuerdos del viejo guerrero.

—Os vi juntos, maestra —se limitó a responder, temiendo ofenderla. Sin embargo, la anciana forzó una sonrisa mientras otra lágrima brotaba entre sus párpados ojerosos y flácidos.

—Lostgún se lamentó toda su vida por no haberme elegido —relató la maestra—, pero yo tampoco se lo puse fácil. Recién ordenada sacerdotisa, me sentí tan henchida de poder que lo desprecié. Para cuando me arrepentí, él ya había encontrado a una mujer que le convenía más: de familia próspera, dócil y dispuesta a hacer lo que fuera por poner a un hombre como él a su lado. No puedo decir que ella lo tratara mal. Todo lo contrario. Además, le dio siete hijos. Sin embargo, él nunca la amó de verdad.

La discípula se compadeció de su maestra. Era sabido que muchas sacerdotisas tenían marido, incluso descendencia, y Vesta podría haber sido una de ellas si hubiese resuelto sus diferencias con Lostgún. Lágrima, en cambio, se sentía muy lejos de llegar a conocer el amor de un hombre. Era feliz virgen y casta, pues aquéllos eran dones tan valiosos para ella que no tenía pensado entregárselos jamás a ningún varón.

—Guárdame el secreto, hija —le pidió Vesta—, jamás se lo he contado a nadie. Y dudo que Lostgún lo hiciese. Fuimos dos estúpidos y nuestro orgullo de juventud nos ha hecho desgraciados para el resto de nuestra maldita vida. Ya me ves: tan sabia para los misterios de la vida y la muerte y en cambio no he sido capaz nunca de pedir perdón a quien más he



amado.

–Tal vez os reencontréis en otra encarnación –la consoló Lágrima–, y entonces podréis resolver lo que en esta vida se os ha quedado a medias.

–Ojalá, Lágrima. Ojalá.

La discípula le recogió el pocillo vacío de las manos y se levantó para dejarlo junto al suyo sobre la repisa de la chimenea. Ya los lavaría al día siguiente.

–Ahora, deberíais dormir, maestra –sugirió, frotándole la espalda con mucha amabilidad. Sabía que los masajes mitigaban los reumas de la anciana. Entonces ésta se levantó, conforme con la idea.

–Eso haré. Que descanses bien, Lágrima.

Su dormitorio no era más que un rincón de la choza situado entre la chimenea y una de las paredes de piedra. Ahora que la senectud comenzaba a mermar su capacidad para moverse, Lágrima se encargaba de ahuecar la paja de su jergón todos los días y de cambiarla por otra nueva cuando lo consideraba oportuno. Una simple cortinilla ensartada en una rama de roble era lo único que proporcionaba a la anciana algo de intimidad. Vesta Antigua siempre había vivido así. Y siempre había vivido bien. Ésa era tal vez la lección más importante que sus aprendizas habían recibido de ella.

Vesta había caído ya rendida cuando Lágrima se retiró a su propio hueco. En él sólo tenía más paja y más pieles para protegerse del frío. Durante las noches que Jera se quedaba allí a dormir, ambas se acurrucaban bajo las mantas y se daban calor la una a la otra. Pero aquello no ocurría desde hacía mucho tiempo. Lágrima, abrumada por la violenta conversación que le esperaba al día siguiente con su hermana de leche, echó de menos los tiempos de la infancia, cuando todo parecía tan fácil. Después se tumbó al fin tras aquella dura y larga jornada, dispuesta a no dormirse hasta que el fuego de la chimenea hubiese terminado de extinguirse. Sin embargo, los pícaros espíritus ígneos la embaucaron con su danza hipnótica, así que en menos de lo que esperaba sus párpados se rindieron y cayó en un sueño profundo. Habría actuado con más prudencia de no ser porque Lunaria también se encontraba allí, frente a las ascuas, vigilando que ninguno de aquellos espíritus se escapara y provocase una travesura mayor de lo debido.



## Presagios en Maldivia

Maldivia se había convertido en una tierra muy próspera y había expandido sus límites asumiendo el poder sobre varias de las regiones circundantes. En el centro de la ciudadela, los terratenientes de la stirpe de los Dembora ocupaban un antiquísimo castillo construido cientos de eras atrás, cuando los primeros líderes de la familia se apropiaron de aquel territorio. Era tal vez el castillo más grande de todo el Gran Continente y la actividad y el tránsito de nativos y foráneos se percibía ferviente entre sus muros. Lo mismo ocurría en la plaza fortificada.

Esa misma mañana, Nuin Dembora, oficialmente dueño y señor de todo aquello, cruzaba la plaza escoltado por varios hombres de armas. Plebeyos, nobles y soldados se deshacían en reverencias a su paso. Nuin apenas era un muchacho cuando recibió aquellas tierras como herencia por vía paterna. Desde entonces no se podía decir que las frecuentase a menudo, aunque se había esforzado por dejar a cargo de ellas a uno de sus mejores compañeros de batalla: el alcaide Eléus Cara de Hierro, popularmente conocido por su estricta forma de gobernar.

Las botas de Nuin al caminar se clavaban sobre la paja humedecida por la llovizna, entre excrementos de animales. La plaza mayor era un constante alboroto de jaulas llenas de gallinas, mercaderes tirando de mulas, tenderos, mendigos lisiados y alguna que otra mujer de mirada sugerente, rostro hostigado y labios concienzudamente pintados de rojo carmín. La capa negra de Nuin ondeaba con cada uno de sus elegantes pasos. Se había convertido en un cacique distinguido y apuesto, lejos del perfil rufianesco de los hombres de su tío Tarbh, el rey de Mergalia. Una barba con algunos días de dejadez, de pelo recio y color ceniza, le cubría la parte inferior de la cara. Sus ojos redondos y astutos, azules como los de su difunto padre, escrutaban cada rincón de aquel panorama cotidiano. A su alrededor muchos viandantes lo miraban con fugacidad, como temiendo ser castigados por ello. Luego se decían cosas al oído. Sin duda, hablaban de él. Al vulgo le gustaba que el terrateniente visitara aquel lugar. Tal vez con esperanza de cambio, pues, en cualquier caso, la imagen de

Nuin era agradable, carismática y provocaba veneración.

Aromas a especias y perfumes amaderados, traídos desde muy lejos, eran un bálsamo para la nariz de Nuin cuando el viento los arrastraba hasta él, ayudándole a soportar el olor acre del cuero recién curtido, el hedor de las heces y el del sudor ácido de los plebeyos. Un viejo asaba carne sobre unas brasas y su mujer preparaba caldo con huesos y pellejos. Ofrecieron cortésmente una escudilla llena a Nuin, que la aceptó de buen grado. El frío y el viaje en barco lo habían dejado destemplado. Harto del pan seco de los marineros y de los arenques ahumados, se moría por un poco de comida casera, incluso aunque hubiera sido cocinada en el corazón de la plaza más abarrotada y sucia del mundo. Como pago por su hospitalidad, otorgó tres monedas de oro a los ancianos, que en principio se negaron a aceptarlas. Sin embargo, el cacique insistió y, después, le llovieron nuevas reverencias y bendiciones.

Sí, Nuin sabía cómo ganarse a su pueblo. Él era como el padre que llega de vez en cuando para mimar a sus hijos, en tanto que Eléus, el alcaide, se parecía más a una nodriza gruñona encargada de castigar las malas conductas. Y vaya si las castigaba bien.

Cuando Nuin terminó su desayuno, un muchachito le acercó corriendo una copa llena de agua limpia y fresca. Al apurarla, el terrateniente le dio una única moneda de oro. Suficiente para el hijo de un aguador. Ya comido y bebido se dio cuenta de que en el cadalso, en medio de la plaza, había un cuerpo colgando de la horca. Pendía como un adorno viejo al que ya nadie hacía caso. Eléus tenía por costumbre dejar allí a los condenados, al menos durante el día siguiente a su ejecución, para que sirvieran de ejemplo moral al resto de ciudadanos. Nuin, contemplando el cuerpo sin vida, se rio de las ocurrencias de su fiel amigo al que, por cierto, ya tenía ganas de ver.

La fachada frontal del castillo se hallaba poco después de cruzar la puerta Norte de la plaza mayor. Los portones estaban abiertos de par en par, pues era ridículo cerrarlos cuando decenas de centinelas los custodiaban. El escudo de Maldivia, bordado en negro sobre un tapiz de terciopelo dorado, coronaba el adarve, y de los torreones más altos pendían algunos banderines decorados en iguales tonos. Los soldados, al ver aparecer a Nuin Demhora, se arrodillaron ante él y no volvieron a

levantarse hasta que el señor feudal se lo indicó. Sin mediar palabra con ninguno de ellos, Nuin penetró en el castillo, que le pertenecía tanto como su hogar. Un puñado de pajes y doncellas aparecieron de inmediato para atenderlo. Le quitaron la capa, sucia y empapada, y le ofrecieron todo tipo de manjares y servicios. Pero Nuin los rechazó, al menos por esa vez. Tendría tiempo de darse un baño caliente, de recibir un masaje o de subir a su cámara privada. Sin embargo, lo que deseaba en primer lugar era reencontrarse con Eléus y contarle los motivos que lo habían llevado hasta allí.

—Me tenías preocupado, Nuin —dijo una voz desde uno de los corredores—. Ya te hacía naufragando. Con estas tormentas es muy peligroso navegar.

Hablaba un hombre de mediana edad con las cejas oscuras, fruncidas como por costumbre, y los ojos grises y severos.

—Para mí no hay nada peligroso, Eléus —respondió el recién llegado con ufanía.

Eléus Cara de Hierro caminó hacia Nuin, cojeando, y una vez estuvieron uno en frente del otro se dieron un masculino saludo acompañado de sonoras palmadas en la espalda.

—¿Qué te pasa, Eléus? Caminas peor que nunca.

—Deben de ser los reumas o la humedad de este sitio. Yo qué sé. Pero no nos quedemos aquí. Ven a mi salón y cuéntame qué es eso tan importante que me tienes que contar.

Los dos hombres, seguidos por los caballeros de Nuin, se desplazaron por la planta baja del castillo hasta llegar al gran salón. Cara de Hierro, aunque tenía aproximadamente la edad de Nuin, se veía envejecido de un modo prematuro. Incluso su gesto agrio intensificaba esa sensación en quienes lo miraban. Nuin lo había colocado allí como alcaide cuando éste quedó lesionado en la batalla contra Umbra, hacía dieciocho eras. A pesar de que el cuerpo de Eléus ya no volvería a ser jamás útil al ejército, y de ahí que se hubiera desmejorado tanto y que hubiera engordado al faltar al entrenamiento diario, su autoridad y su capacidad de liderazgo en cambio eran perfectos para someter un territorio de las dimensiones de Maldivia.

—Vamos, siéntate, Nuin, amigo mío. Me tienes en ascuas.

Nuin Demhora tomó asiento ante la gigantesca mesa cuadrada, en la

parte más cercana a la chimenea. Las llamas devoraban leña de pino y abeto, que desprendía el reconfortante perfume de la resina. El suelo del gran salón estaba cubierto por carísimas alfombras tejidas por las gentes del Oeste. Ya sólo pisar sobre ellas en lugar de hacerlo sobre la paja enmohecida de otras estancias del castillo era un lujo. Nuin y sus acompañantes se descalzaron y una sierva acudió de prisa a lavarles los pies con agua caliente y sales aromáticas.

—Veo que cuidas muy bien mis cosas, Eléus —opinó Nuin alcanzando una jarra de cerveza de brezo que otra esclava le acercaba. Eléus, con su habitual gesto de fastidio, también se sirvió un poco de bebida y luego se sentó en frente de sus invitados.

—No es fácil —se quejó—. Mantener a raya a los habitantes de este feudo sin ser nativo ni descendiente de los Dembora es muy complicado. Sólo tras eras y eras de disciplina y castigo comienzo a hacerme de entender con estas gentes.

—La verdad es que hasta se te ha pegado su acento —añadió Nuin con tono jocoso. El cacique se echó a reír, también sus caballeros, aunque no el adusto alcaide, frustrado y cansado—. ¡No te lo tomes tan a pecho, Eléus! Sólo era una broma.

—Ya, bueno. Qué más da. Ahora dime, ¿por qué tenías tantas ganas de venir?

La mirada astuta de Nuin se iluminó con una sonrisa distendida.

—Me caso, Eléus.

El semblante ceñudo de Eléus permaneció indiferente.

—No querrás pedirme que asista a tu enlace, ¿verdad? —gruñó—. Odio los barcos y, además, no quiero ni pensar qué me encontraría aquí a la vuelta. Los maldivienses necesitan mano dura. Y ya sabes que mi mujer está muy avanzada. Por nada del mundo me perdería el momento en que mi primogénito asome la cabeza a este mundo.

—Relájate un poco, Eléus. Me encantaría que asistieras a mi enlace. Pero, bueno: me comprometo a hacerte una visita con mi esposa más adelante, cuando tengas al crío en las rodillas. Así decidiremos dónde queremos quedarnos a vivir. Cuando uno posee tantas tierras, eso se convierte en una elección difícil.

Cara de Hierro lo miró con despotismo, arqueando una ceja. Luego

apoyó su jarra de cerveza sobre la tabla y se untó mantequilla sobre un poco de pan blanco. Todavía estaba caliente.

–Serás el peor marido del mundo si traes a la afortunada a esta ciudadela del demonio –sentenció–. Lo mejor que puedes hacer es quedarte en la tranquila región de Sarbhork, cerca de tu familia. Ésa sí es tu tierra natal. Tus súbditos parecen corderitos en comparación con las alimañas de Maldivia. ¡Qué indómitos son, los muy...!

–Bueno, bueno. No es necesario enfadarse, Eléus. Todavía no me has dado la enhorabuena.

Eléus lo miró perplejo mientras masticaba un trozo de tocino. Evidentemente, la diplomacia no era su mejor virtud. Entre tanto, la sierva terminaba de secar los pies a Nuin. Después recogió las toallas, los afeites y la bacina. Pero antes de que se marchara, el cacique la recompensó con dos monedas de plata.

–¡Qué los dioses os bendigan, mi señor! –respondió ella. Nuin la miró con aire paternalista y la muchacha se marchó ante el rostro absorto de Eléus, que esperó a que la esclava cerrase la puerta antes de hablar.

–Los consientes demasiado, Nuin. ¿Y dices que quieres quedarte a vivir en Maldivia? No durarías ni dos días aquí. Se te subirían todos a la chepa a la segunda monedita que despilfarraras con ellos.

–Nuin, *el Generoso* –interrumpió éste con voz solemne–, así es como me llaman algunos plebeyos.

–Eres igual que tu abuelo.

–Ahora deja de quejarte y dime qué tal le va a mi hermano. Tengo muchas ganas de verle.

–¿Tu hermano? –se sorprendió Eléus. Luego liberó una carcajada indecorosa. Un resto de pan masticado escapó de su boca y Nuin arrugó la nariz con un gesto de repugnancia, aunque el alcaide no se percató. Después prosiguió–: Tu hermano está hecho un sinvergüenza, una flecha perdida, un rebelde sin causa. Creo que lleva tres días en los calabozos.

–¿Mabon está en los calabozos? –se sorprendió Nuin–. ¿Qué ha hecho esta vez?

Nuin no podía creerlo. Sabía algo acerca del espíritu libre de Mabon, de su falta de disciplina. Mas nunca había esperado que acabara en los calabozos. Al menos hasta donde él sabía, Mabon era un discípulo

brillante, fervoroso, y destacaba por su inteligencia y lealtad a la diosa... A aquella diosa legendaria del pasado, de la que ya nadie hablaba, la que ahora tan sólo era venerada como la primitiva diosa madre.

–Será mejor que hables tú mismo con ese canalla –le aconsejó Eléus–. El maestro religioso no se hace con él y últimamente pasa más tiempo en los calabozos que fuera de ellos.

–Pobre muchacho... –se compadecía Nuin de su hermano menor.

–¡Oh, no lo creas! –añadió–. Al principio le afectaba mucho. Después descubrió que allí podía leer y meditar en calma y paz, así que comenzó a llevarse libros escondidos dentro de la túnica. Lo peor fue cuando los carceleros lo descubrieron y se los quitaron.

–Vamos, Eléus, yo a su edad también me metía en líos. Sólo son chiquilladas.

Pero Eléus, por lo severo de su mirada, no estaba de acuerdo en absoluto.

–Tal vez sería mejor que te lo llevaras de nuevo a Sarbhork. Ni los azotes consiguen hacerlo entrar en razón. Y si no lo he ahorcado ya es por ser quien es.

Nuin rompió a reír. Eléus Cara de Hierro era uno de los hombres más brutos que se había encontrado en su vida. Después puso en la mesa su jarra de cerveza vacía y se levantó. Una criada había dejado sus botas más limpias que la vajilla de un monarca y, mientras se apresuraba a calzar a Nuin, éste rebuscó algunas monedillas en su bolsillo. Eléus, temiéndose lo que su amigo iba a volver a hacer, murmuró una grosería.

–Por lo pronto, voy a bajar a los calabozos –anunció el cacique–. Quiero saber qué piensa mi hermano de todo esto.

Antes de marcharse, una nueva moneda de plata relucía en la mano seca y encallecida de aquella otra criada. Después de que la mujer le diera las gracias con los ojos llorosos, Nuin se marchó.

–Haz lo que quieras –murmuró el alcaide, exasperado.

–¡Sal de ahí, Mabon! –llamó Nuin apoyado en las rejas oxidadas del calabozo en donde estaba cautivo su hermano menor. Sus ojos todavía no se habían habituado a la oscuridad de aquellos rincones mugrientos y malolientes. Mientras lo hacían, escuchaba el chasquido de los pies de las



ratas al corretear sobre los charcos que formaban las goteras en el suelo. Eso, el crepitante fuego de las antorchas y el eco de su propia voz era lo único que se oía en aquélla, la parte más sobrecogedora del castillo. Sin embargo, no había rastro de su hermano. Su celda era profunda y carecía de ventanas, el techo estaba plagado de moho y era extremadamente bajo, por lo que ningún hombre de estatura mediana podría caminar erguido allí dentro.

—¡Mabon! ¿Estás bien? —insistió Nuin. Debía de existir algún error, tal vez su hermano no estaba en aquel calabozo. Se giró para ir a llamar al carcelero cuando, de pronto, escuchó a alguien que se aproximaba desde la penumbra de su celda. El rostro de Mabon Dembora, pálido y ojeroso, apareció entonces bajo la tenue iluminación. El joven podría haber sido tan apuesto como su hermano de no ser por su delgadez, su aspecto enfermizo y su tristeza. El cabello lo tenía negro como el carbón, le había crecido hasta la cintura, pero estaba enmarañado y se le había llenado de piojos de tanto frecuentar las mazmorras. Sus ojos, redondos y azules como los de su hermano, estaban pintados de un matiz lánguido. En realidad, todo él emanaba una energía marchita.

—¡Por los dioses, Mabon! ¡Estás demacrado!

La mirada de Mabon perdió en ese instante aquel hálito melancólico. En su lugar pareció abrirse paso un sentimiento arrogante, pues no le gustaba que se compadeciesen de él.

—Acabas de interrumpirme: estaba rezando —espetó sin más. Nuin se asombró por su frialdad y, después, prosiguió:

—Mabon, Eléus me ha contado que el maestro religioso tiene muchos conflictos contigo. ¿Puedes explicarme qué ocurre?

Las comisuras de los labios del joven se izaron en una sonrisa sarcástica. Luego, suspiró con resignación.

—¿Eso te ha dicho Eléus? ¿También te ha contado lo de los latigazos?

—¿Latigazos? —exclamó Nuin. Su corazón se detuvo durante un instante, y Mabon, girándose ante él, se levantó el pelo con los brazos y se abrió la túnica para que Nuin pudiera ver las cicatrices en su joven espalda blanca. Cicatrices horrendas, profundas, retorcidas en su carne marmórea.

—Algo muy grave has tenido que hacer, Mabon, para que el maestro religioso te castigue de esa manera —sentenció el cacique intentando ejercer

sobre su hermano algo de autoridad. Sin embargo, el joven se exasperó ante su indiferencia y toda la templanza que había mostrado en un principio se transformó en rabia.

–¡Me odia, Nuin! –bramó–. ¡Me odia! ¡Me odia porque soy el único que hace lo que la diosa quería!

–¿Cómo? ¿Qué diosa? ¿Te refieres a la Diosa Madre?

–Diosa de Égregor –lo corrigió con desdén–. Ella es la que cuida de todos nosotros, aunque no se le rinda el respeto que merece. La antigua Diosa Madre que tú y todos decís tan sólo es una vieja divinidad que ya no sirve a los *efímeros*, hermano. Un nuevo orden debe abrirse paso en Onhyria, y la diosa de Égregor vendrá de nuevo a encabezarlo.

La cara de Mabon había pasado de lo angelical a lo demoníaco mientras defendía ferviente a la diosa a la que, desde su más tierna infancia, se había encomendado. Y Nuin, que captó el turbio fanatismo en la mirada de su hermano, esperó a que se calmara un poco antes de continuar. Luego, se sacó del bolsillo de la capa una petaca de licor de las nieves y le ofreció un trago. Sin embargo, el joven lo rechazó.

–No tienes buen aspecto, Mabon. Al menos, cómete una manzana –le aconsejó el cacique en tono paternal.

–¿La has cogido de las cocinas? ¿Te la han dado ellos? –inquirió Mabon, ansioso. Nuin volvió a sorprenderse por su reacción. Su hermano menor parecía estar volviéndose loco.

–Ésta la llevaba yo. Si te sirve de consuelo, la traigo desde Sarbhork.

–Vale. Me la comeré.

La mano flaca y venosa de Mabon pasó a través de los barrotes de la celda y se adueñó de la manzana dejando a un lado los buenos modales. Al instante, comenzó a devorarla como un perro que no ha comido en semanas.

–¿Es que no te dan de comer? –le preguntó Nuin, sin dejar de sorprenderse. Mabon se tragó un trozo de manzana y se limpió la boca en el hombro de la túnica antes de responderle.

–Quieren envenenarme, eso es todo.

Pues claro. Ahora entendía el cacique aquella delgadez, aquella ausencia de vitalidad y salud reflejada en el cuerpo y la cara de su hermano pequeño. La situación estaba llegando demasiado lejos.

–Mabon, escúchame. Aquella diosa, como quieras llamarla, pasó a la historia. Fueron los dioses los que...

–¡No murió!

–¡Cállate y no me levantes la voz! –rugió de pronto Nuin, mostrando su faceta más autoritaria. Mabon, sobrecogido, obedeció al instante y continuó comiendo en actitud sumisa. Al fin y al cabo, Nuin era uno de los más feroces guerreros del imperio mérgalo. Entonces, con gesto castigador, el cacique continuó, aunque moderó su tono de voz.

–Lo que quiera que pasara, Mabon, pasó. Nuestro pueblo ya no necesita a esa deidad. Hace tres semanas que asediamos por fin el castillo de Umbra, nuestro reino se expande sin límites, pero la diosa de Égregor no ha estado para ayudarnos. ¿Te das cuenta? No necesitamos volver a rendirle culto.

–Hablas como todos los demás –masculló Mabon–, como un blasfemo. Igual que Eléus, igual que el maestro religioso. Él tampoco cree ya en la diosa. Sólo predica en su nombre, manipulando la moral del vulgo con su lengua de serpiente. Sabe bien cómo someter a los plebeyos, pero ni siquiera percibe las señales de la diosa. Por eso me tiene envidia, porque yo sí puedo oírla...

“Está trastornado”, se convenció Nuin. Una conmiseración insoportable se apoderó de él, pues su hermano menor era patético. Un lunático, un desviado, fanático y agresivo. Sin duda, la ausencia de una madre y los durísimos castigos de sus tutores lo habían convertido en aquello. Además, los calabozos no eran el mejor entorno para recuperar el poco juicio que alguna vez hubiera tenido.

–No se hable más, Mabon. ¿Cuántos días más debes permanecer aquí?

–Mañana salgo. Eso dijo el carcelero la última vez que pasó por aquí. Aunque no estoy muy seguro de cuánto tiempo ha pasado desde eso.

–Bien, Mabon. Olvida al carcelero. Mañana al amanecer yo mismo vendré por ti. ¿Entiendes?

Mabon, que acababa de comerse hasta los huesos de la manzana, asentía, ausente. En lugar de alegrarse, como habría hecho cualquiera, parecía no creer del todo las palabras de su supuesto libertador. Sin embargo, Nuin continuó con la esperanza de que sus promesas lo

animaran.

—Te llevaré de vuelta a Mergalia. Puedes alojarte en mi casa o en la de madre. Aunque no olvides el antiguo templo de la colina. Tal vez te encuentres mejor entre aquellos sacerdotes. Además, dentro de poco me caso. Y también nuestro tío, Tarbh. Creo que te vendrá bien algo de distracción. ¿Qué me dices?

A Mabon le era por completo indistinto con quién se casara su hermano. Ni siquiera le preguntó por la prometida. Tampoco echaba de menos a su madre, Brionia, a la que casi había olvidado hasta que Nuin la mencionó. No, en realidad no existían entre su tierra natal y él vínculos de ningún tipo. Sólo el templo de la colina le parecía interesante. Después de todo, puede que fuera buena idea visitarlo y husmear en los antiguos documentos que se guardaban allí.

—Está bien, Nuin. Me iré contigo. Pero, por favor: sácame de aquí cuanto antes o te juro que me ahorcaré yo mismo con mi cinturón.

El cacique resopló, escrutando la expresión dispersa de su hermano, una expresión que sólo había visto alguna vez en el rostro de su difunto tío Dagus, el antiguo tirano de Mergalia, cuando comenzó a perder el Norte tras empezar a hacer tratos con ella, con la diosa de Égregor.

—Ahora duerme, Mabon. Descansa, pues el viaje en barco es duro.

Mabon sonrió con indolencia. ¿Qué podría ser más duro que seguir encerrado allí, bajo el pesado desprecio de todos los habitantes del castillo?

—Descuida, Nuin. Voy a rezar otro rato. Gracias por venir. Y por la manzana.

Y dicho esto, Mabon se retiró de nuevo a la oscuridad de su celda mientras su hermano, abatido al haberlo encontrado en aquellas condiciones, arrastraba los pies con desgana para dirigirse a su cámara privada.

## La sucesora de Vesta

Había pasado ya una luna entera desde el funeral de Lostgún Osonegro y Dórokha había recuperado su alegría y su tranquilidad habituales, sobre todo cuando quedaba tan poco para celebrar una de las mayores fiestas de cada era: la Ceremonia del Carnero. Era un rito ancestral que honraba la fecundidad, y los muchachos y muchachas que todavía no tenían pareja se mostraban especialmente inquietos durante las vísperas de aquella celebración. Incluso el paisaje acompañaba aquel estado de ánimo, pues millones de flores se habían abierto, colmando los bosques de colores y aromas. Los insectos los polinizaban y la mayoría de los animales salvajes habían comenzado su época de cortejo. Sin embargo, y a pesar de la euforia y la explosión de la vida, Lágrima se encontraba muy lejos de aquel ambiente, y no sólo a nivel mental.

Llevaba una semana fuera de la aldea, pues toda sacerdotisa, antes de ser ordenada, solía hacer una peregrinación en soledad a los Picos Lúgubres, unas escarpadas montañas que quedaban a varios días de camino desde Dórokha. Durante aquella semana, Lágrima había caminado descalza sin apenas detenerse, ataviada solo con su ropa, su capa y un fardo pequeño en donde guardaba lo esencial, como por ejemplo su zurrón lleno de hierbas y pociones.

Le dolían los pies y los tenía hinchados. Los dos primeros días le salieron yagas, sin embargo, según caminaba más y más se le había ido curtiendo la piel de los talones y cada vez se le hacía más fácil continuar sin notar las molestias del sendero. A pesar del dolor, en ningún momento se había planteado dar media vuelta, pues el dolor era sólo una de las pruebas físicas que debía afrontar. También lo era el hambre, que soportaba con buena tolerancia acostumbrada, como estaba, a los ayunos. Por otro lado, el silencio era otro de sus votos durante aquel viaje iniciático. Tras pasar los primeros días lejos de la aldea, sin mantener ninguna conversación con nadie, se sentía mucho más cerca de la Gran Madre. La clarividencia la visitaba con mayor facilidad y, además, se encontraba en un maravilloso estado de calma y de paz. Era capaz de notar

cómo la magia de la tierra la ayudaba a soportar las desavenencias del cuerpo físico y del entorno, como la lluvia, el frío y el viento.

El último día de peregrinación Lágrima llegó al atardecer a lo más alto de los Picos Lúgubres. Entonces pensó que aquel nombre no hacía justicia con aquel lugar: desde allí podía verse absolutamente toda la isla de La Dorada, incluso el mar, que quedaba a tantos días de camino desde Dórokha. No fueron pocos los momentos en que anheló quedarse para siempre viviendo entre aquellos parajes, lejos de la vida mundana de su pequeña aldea. Era una idea que le despertaba cierta amargura. Se sentía como un árbol más, o como una flor más, o como una parte más de la brisa. A veces tenía la extraña sensación de que estaba dejando de ser humana, pues las raíces de sus pies le salían con más fuerza que nunca desde que había llegado a los Picos Lúgubres, donde quedaban los últimos resquicios de nieve del pasado invierno gélido. Luego, y no con poca nostalgia, recordaba también la promesa que había hecho a Vesta de regresar para asumir su cargo entre las gentes de a pie, quienes necesitaban de verdad una guía entre los mundos, una sacerdotisa capaz de enseñarles a oír a los Grandes Espíritus. Añoraba Dórokha y a sus habitantes, a pesar de todo, a pesar de que un niño la hubiese llamado *brija* o de que algunos vecinos la mirasen con inquietud. Añoraba a su maestra, su choza, a Lunaria, a Jera, a Celes, a Warin... Aunque cada vez estaba más convencida de que pertenecía a otro mundo.

Suspiró. Esa noche su viaje terminaba y al día siguiente tendría que emprender el camino de vuelta. Sólo le quedaba una prueba más. Justo en el peñasco en donde se encontraba, manaba una fuente entre las rocas, cuya agua pura y limpia descendía después, montaña abajo, para alimentar algún arroyo de los alrededores. Todas las sacerdotisas recién ordenadas debían darse un baño ritual en aquella fuente, la Fuente de la Cierva, mientras pedían a los espíritus de aquellas montañas que les ayudaran a purificar su cuerpo y su alma antes de recibir la bendición de sus mentoras. Lágrima, acercándose al agua de la fuente que caía a borbotones, dejó su fardo en el suelo y luego se desnudó. Al principio sintió pudor y miró a todas partes. Después se sintió estúpida, pues ¿quién podría verla allá arriba?

Su cuerpo estaba terso y fortalecido por las largas caminatas que solía

dar a diario por los bosques. Además, durante aquella última semana notaba sus piernas más prietas aún tras el ascenso hasta los Picos Lúgubres. Ya casi era de noche y una luna llena a punto de comenzar su declive iluminaba las aguas de la Fuente de la Cierva, lamiéndolas con sus dedos de luz plateada. Entonces Lágrima, conteniendo la respiración, se metió sin pensarlo bajo el chorro de agua. No pudo omitir un alarido por la impresión que le causó el cambio de temperatura. Aquella agua estaba helada como la nieve y a la joven se le erizó la piel y se le pusieron los labios morados. Incluso se mareó un poco. Luego, comenzando a acostumbrarse a la nueva sensación térmica, decidió disfrutar, pues en Dórokha nadie más que Vesta y ella habían conseguido bañarse allí.

Con una sonrisa amplia, abrió los brazos y sintió la fuerza del agua cayendo sobre su cabeza. Incluso la bebió llenándose las manos con ella. Aquel lugar tenía un poderoso magnetismo. No supo cuánto tiempo había pasado bajo la fuente. Sólo cuando el cielo se oscureció en su plenitud decidió salir a secarse. Tenía un frío espantoso, pero se sentía muy feliz y satisfecha, tanto que rompió a reír. Ella sola disfrutó de sus propias carcajadas.

Luego, y todavía desnuda, prendió una hoguera con piedras de *igne* y se colocó al lado para entrar de nuevo en calor, pues de lo contrario enfermaría. Y cuando su cabello y su piel estuvieron secos, entonces retozó por la hierba. Un trozo de pan duro y un puñado de almendras fue su cena. Y después, dando las gracias una vez más, se quedó profundamente dormida.

Transcurrió una semana de abundantes aguaceros y tormentas alternando con ratos de sol radiante, algo muy habitual durante el invierno tenue, y Lágrima deshizo su camino sin incidentes, con tranquilidad. De vez en cuando, alguna lechuza blanca se le cruzaba volando. La nueva sacerdotisa nunca se había sentido tan llena de vitalidad. El séptimo día de regreso ya entraba al amanecer en las cercanías del bosque de Dórokha y, muy poco después, cuando el sol ya lucía un poco más alto en el cielo, divisó la choza de Vesta, por cuya chimenea subía una columna de humo blanquinoso. El aroma de Dórokha era inconfundible para Lágrima, que abrió las alas de la nariz para aspirarlo con júbilo. A pesar de haberse sentido tan dichosa en su viaje solitario, aquél era el inconfundible aroma

de su hogar, de su infancia y de su vida.

Pero apenas se encontraba a unos pasos de la choza de su maestra cuando, de repente, una robusta figura masculina salió a su encuentro, o más bien fue ella quien se la encontró.

—¿Kennaz? —se sorprendió. Luego, intentó mostrarse amable con él—. ¿Qué haces aquí? Estás esperando a Jera, ¿verdad?

De todas las personas que habitaban Dórokha, Kennaz no era precisamente con quien Lágrima más deseaba encontrarse nada más llegar de un viaje de quince días. El joven se había dejado la cabellera suelta, a lo salvaje. Su camisa marrón se veía demasiado limpia para pertenecer a un guerrero y cazador como él. Esa mañana, además, no llevaba puesta su piel de oso negro, a pesar de que era uno de los distintivos de su linaje.

—Sí, espero a Jera —se limitó a responder él—. ¿Sabes dónde está?

La elocuencia de Kennaz distaba mucho de ser la mejor de sus virtudes. El carácter de aquel joven era frío y duro, y sus formas, incluso su manera de caminar, algo burdas en ocasiones. Entonces Lágrima, comenzando a impacientarse con aquella parca conversación sin sentido, se descargó de su fardo, haciendo visible su agotamiento por si él se daba por aludido y se marchaba.

—Yo acabo de llegar —se excusó la joven—, llevo dos semanas fuera de Dórokha. No tengo ni idea de qué debe de estar haciendo Jera ahora mismo.

El tono de Lágrima se iba tornando mordaz a medida que pronunciaba cada palabra. Pero, ¿cómo? Eso a ella nunca le pasaba cuando hablaba con alguien. Kennaz, sin embargo, sin mudar su gesto siempre impenetrable y calculador, asintió con la cabeza.

—Gracias —contestó sin más.

Al escuchar voces, Vesta Antigua se asomó por la puerta de la choza y se llevó una grata sorpresa al reconocer a su discípula.

—¡Oh, Lágrima! —exclamó, lanzándose a abrazarla—. ¡No te esperaba tan pronto! ¿Qué tal ha ido tu viaje?

La anciana se separó de ella y le cogió las manos, mirándola de arriba abajo con admiración. Veía a Lágrima menos aniñada tras aquella peregrinación, más madura y preparada para asumir su nuevo cometido.

—Fue sensacional, maestra. He conocido parajes extraordinarios,



llenos de belleza. He disfrutado el silencio, la soledad. Y he subido a los Picos Lúgubres y me he bañado en la Fuente de la Cierva, como me indicasteis. ¡Oh, maestra! Ha sido la mejor experiencia de mi vida.

Lágrima le explicaba a la anciana todas estas anécdotas atropellándose con sus propias palabras, que contenían un poso de añoranza. Eran tantas las aventuras que tenía que contarle... De pronto se dio cuenta de que Kennaz todavía seguía allí, mirándola con sus ojos glaciales, y por un momento deseó que Jera llegara cuanto antes para que se lo llevara a otra parte.

–Kennaz, muchacho –lo invitó la maestra, igual de perpleja que su discípula, aunque mucho más cortés–. ¿Quieres quedarte a desayunar?

Kennaz, cuando notó que había dejado de pasar desapercibido, se puso nervioso.

–Gracias, Vesta. Yo ya me iba...

Y sin decir más, dio media vuelta en dirección a la aldea, desplazándose con grandes zancadas y sin girar el rostro ni una vez hasta que se alejó de ellas. Lágrima lo observaba marchar sin poder disuadir cierta mueca de desdén. Pero cuando fue consciente de que Vesta se había percatado de ello, se avergonzó: aquello no era propio de una sacerdotisa.

–Déjalo –le sugirió Vesta, comprensiva–. Ya sabes en qué fechas estamos. Los jóvenes de la aldea están revolucionados. Y tú, demasiado cansada.

–Sí –masculló Lágrima–, lo supongo.

–Vamos, Lágrima –la invitó Vesta, sonriéndole–. Entra en casa: debes de estar agotada.

Olvidándose de Kennaz y de Jera, Lágrima siguió a Vesta hasta el interior de la choza, algo cabizbaja. Y es que Kennaz había sido tan inoportuno... ¿Por qué diablos estaba allí cuando ella llegó? Lunaria se levantó de donde dormía para ir a saludarla, frotando su hocico húmedo contra los muslos de Lágrima, que tomó asiento por petición de su maestra. La anciana, muy amablemente, le sirvió una taza de raíz de achicoria bien caliente, endulzada con una pizca de miel de castaño.

–Será mejor que no comas demasiado de una sola vez –le aconsejó–, tu estómago ya no está acostumbrado. Podría sentarte muy mal. Hasta vomitarías.

–No tengo demasiada hambre, maestra.

–Es normal –añadió la anciana, acariciándole la melena marrón oscura con los dedos–. Pero no te obceques por los votos. Procura hacer caso a tu cuerpo y todo irá bien.

Lágrima dio un sorbo a la amarga decocción que había en su taza. Aunque ella creía que sí, en realidad aún estaba muy lejos de entender aquella otra enseñanza de Vesta. Para Lágrima tan sólo existían unos dogmas de moral que tenía que acatar de forma ortodoxa. Daba igual qué le dijera su cuerpo en cuanto al hambre o la castidad, pues se había propuesto ser la mejor sacerdotisa que jamás hubiera tenido Dórokha, firme y severa con su espiritualidad, cercana a la perfección del cuerpo y del alma. Cuando se terminó la bebida, Vesta recogió su taza. Sin embargo, había algo en su semblante que tenía a Lágrima intrigada desde que había llegado a la choza de la anciana.

–Lágrima, tenemos que hablar.

Sí. Algo no iba bien. El cansancio se disipó de inmediato en la mente y en el cuerpo de la joven, que se sentía muy intrigada y, a decir verdad, intuía alguna mala noticia.

–¿Qué sucede, maestra?

Vesta Antigua arrinconó las tazas sucias en su humilde cocinilla y, después, se acercó para acomodarse junto al fuego, sentándose frente a Lágrima, mustia.

–Me reuní con el consejo de la aldea –comenzó–, justo tres días después de que partieses a los Picos Lúgubres. Agorak el Patriarca y los demás me llamaron porque querían conocer los motivos de que te haya nombrado a ti mi sucesora, en lugar de a Jera.

Lágrima no lo podía entender, pues creía que los motivos eran evidentes: mientras ella trabajaba de sol a sol recolectando en el bosque, preparando pociones, curando enfermos y aprendiendo a officiar rituales, Jera se había abandonado a la vida ociosa de la aldea, descuidando sus labores de discípula e incluso faltando a los votos. Pero todo esto no lo dijo. No quería ser ella el juez de Jera. No hacía falta delante de Vesta, pues tampoco a la anciana le había pasado por alto el cambio en el comportamiento de su otra discípula.

–Agorak me citó en su casa –prosiguió la sacerdotisa–. Con él estaba

su mujer. Después llegaron Gebo Osonegro y Gamogrís el Viejo. Ya sabes, las familias más influyentes de Dórokha. En fin: todos ellos querían saber, en nombre de los aldeanos, por qué motivo fuiste elegida tú.

—¿Y no se lo explicasteis? —preguntó Lágrima, algo molesta por las dudas de aquella gente. ¿Acaso no se había encargado ella misma de demostrar que era merecedora del cargo?

—Pues claro. Por supuesto que les expliqué y les hablé de todas las virtudes que veo en ti para ser una sacerdotisa. Incluso les conté acerca de los descuidos de Jera, de su falta de constancia y esfuerzo, pero...

Hizo una pausa. Para ella tampoco era fácil ir despedazando poco a poco los sueños de Lágrima. Sin embargo, la discípula necesitaba que continuara, necesitaba escuchar ese *pero*.

—Pero, ¿qué? —insistió—. ¿Qué les hace dudar de mí?

Vesta emuló un gesto triste con las cejas blancas mientras negaba con la cabeza. Estaba tratando de encontrar un modo de decírselo sin hacerle más daño del necesario, sin decepcionarla más de lo que ya estaba.

—Serás sacerdotisa, Lágrima, si eso es lo que te preocupa. Pero Jera tendrá que seguir formándose. Cuando ella esté lista para asumir el cargo de sacerdotisa de Dórokha, entonces tú peregrinarás. Buscaremos un lugar sagrado, un lugar donde puedas sentirte mejor comprendida. Tal vez los Picos Lúgubres sean una buena opción. Es un enclave sacro y...

—¿Abandonar Dórokha? —repuso Lágrima—. ¿Y por qué tengo que irme de mi aldea? Yo he vivido aquí toda mi vida, Dórokha es mi hogar, es lo único que conozco, y vuestra choza, lo único que tengo. Decídmelo, Vesta, ¿qué razones os dieron? ¿Por qué no me quieren a mí, después de todo lo que me he esforzado por ellos para ser la mejor sacerdotisa de Dórokha cuando vos faltarais?

La discípula se enjugó una lágrima de rabia. Era lo más injusto que le había ocurrido jamás. Tan injusto como los motivos por los que aquella gente desconfiaba de ella. Motivos que Vesta, muy a su pesar, debía transmitirle.

—Lágrima, tú no eres como ellos —declaró, sin rodeos. Aquello fue otra bofetada para su alumna, que cada vez tenía más ganas de echarse a llorar. Pero no lo hizo. Aguantó con un nudo en la garganta porque quería escuchar hasta la última de las razones de los aldeanos—. Donde tú ves una

*ácuara* hermosa, ellos ven un monstruo de las aguas. Y donde ellos ven la muerte, siniestra y cruel, tú ves sólo un camino entre los mundos, un viaje hacia la paz. Ellos están muy lejos de tu sabiduría y de tu virtud. Por eso no te entienden. Por eso y porque tú no eres de su sangre, Lágrima, ni de su raza. En realidad, nadie sabe muy bien de dónde viniste, sólo que te encontré en el bosque, huérfana, y que te crié aquí con la ayuda incondicional de Celes Helecho.

—Tampoco vos sois de aquí, Vesta —protestó Lágrima, midiendo su tono de voz para no pagar su ira con su maestra.

—Lo sé. En cambio, mi maestra sí lo era. Y cuando ella me ordenó sacerdotisa, no había ninguna otra candidata. La gente se acostumbró a mí y me empezó a respetar, a pesar de mis orígenes. Tú, sin embargo, has tenido la mala suerte de estar compitiendo con Jera, y los aldeanos, como mucho me temía, prefieren tener por sacerdotisa a una de las suyas. Por más que los he intentado convencer, no han entrado en razón. Lo único que logré fue llegar a ese acuerdo que te he dicho. Pero Jera aún no lo sabe. No se lo digas todavía, por favor: yo me encargaré.

Un reguero de lágrimas bañaba en esos momentos las mejillas de la discípula, que tenía el corazón roto en pedazos. Jamás había imaginado que la gente de Dórokha, a la que se esforzaba en cuidar y asistir siempre que era necesario, sería tan ingrata con ella.

—Me tienen miedo, ¿verdad? —preguntó, ahogando un sollozo. Vesta se quedó callada, observándola, mientras Lágrima suplicaba una respuesta. Puesto que su maestra no le contestaba, insistió, más dolida todavía—. Me tienen miedo, ¿verdad?

La anciana, llevándose una mano a la frente, abrió la boca para decir algo. No sabía qué. Pero Lágrima la interrumpió.

—A los Osonegro no les gustó que yo estuviese junto al viejo Lostgún, en su lecho de muerte. Son muy supersticiosos. Y los Gamogrís aún van diciendo por ahí que soy una bruja y esa clase de tonterías. En realidad, esperaba que el Patriarca y su mujer tuviesen una mejor opinión sobre mí, pero ya veo que, a la hora de la verdad, sólo juzgan mi cabello oscuro, mis rasgos foráneos. Es injusto, Vesta. Es muy injusto.

—Yo también lo creo, Lágrima. Y así se lo hice saber. Discutimos durante toda la tarde hasta bien entrada la noche. Era imposible hacerles

comprender acerca de tus cualidades, pero, finalmente, el consejo tomó esa decisión. Y nosotras, dos humildes religiosas al fin y al cabo, no somos quiénes para rebatir la opinión de un pueblo entero. Esa no es nuestra batalla. De hecho, las sacerdotisas no hemos venido al mundo a pelear, sino a transmitir paz y buenas enseñanzas.

—Entonces, que escuchen las enseñanzas de Jera. Yo me voy —anunció Lágrima, repentinamente. Se levantó de un brinco y fue a por su capa—. ¡Me voy ya, Vesta! Si les doy miedo, prefiero marcharme.

—Pero... ¡Lágrima!

Vesta corrió detrás de su discípula, intentando retenerla. Conocía el ímpetu de la juventud y sospechaba que Lágrima estaba a punto de cometer alguna temeridad.

—¿A dónde vas a ir, Lágrima? Si no tienes a dónde...

—¡Me voy a los Picos Lúgubres! —declaró—. Soy capaz de sobrevivir allí. Además: nadie me molestará.

Lágrima estaba decidida. Si había vivido durante más de una semana en la parte más salvaje de aquella región sin sufrir ningún contratiempo, entonces podría hacerlo toda su vida. Así lo quería la aldea: peregrinaría a los Picos Lúgubres y se quedaría allí para siempre. Sí. La habían echado de Dórokha.

—¡Lágrima, hija! Deja eso...

Pero la discípula había abierto su fardo, lo había colocado en el suelo y lo estaba llenando con sus escasas pertenencias y con aquellas otras cosas que creyó poder necesitar.

—¡Por favor, Lágrima! —siguió rogándole Vesta, sin saber ya qué argumentos darle para que no hiciera tal locura—. ¡Jera todavía te necesita!

Lágrima detuvo su mano cuando escuchó el nombre de Jera. Justo en ese momento sujetaba un peine de madera de cerezo, más viejo que Vesta, con el que su maestra la peinaba cuando era una niña.

—Tenéis razón —dijo entonces. Su tono sonó triste, más triste de lo que nunca se había escuchado, y las lágrimas se secaban sobre la piel de sus pómulos, dejándole el rastro de un ligero escozor salino—. Jera no tiene la culpa. Ella ni siquiera lo sabe. No os preocupéis, Vesta: yo la ayudaré hasta que esté preparada. Cuando llegue el momento, le cederé mi puesto. Ya no padezcáis más. Dórokha tendrá lo que quiere.

Se resignó. A su lado, Vesta también lloraba. Compartía el dolor y la decepción de Lágrima, mas admiraba su generosidad. Era Lágrima quien se merecía ser la sacerdotisa de Dórokha, eso era indiscutible para cualquier maestro como ella. Pero si la aldea no lo quería, al menos ayudaría a Jera a estar a la altura del oficio sacerdotal.

—Lágrima... —titubeó, secándose los ojos con un puño—. Tienes un gran corazón.

A Lágrima no le complacían sus palabras.

—¿Y qué esperabais que hiciera? —le preguntó—. Yo amo a Jera, aunque Dórokha nos haya convertido en rivales. Ella haría lo mismo por mí, estoy segura. Mi rabia y mi rencor no son para Jera.

A Lágrima le molestaba aquel maldito peine en la mano, así que, en lugar de meterlo en el fardo, lo dejó sobre un anaquel. Ya se lo llevaría en otra ocasión. Una ocasión que, sospechaba, llegaría pronto.

—Ahora deberías descansar —le aconsejó Vesta—. Nos espera una semana de preparativos para la ceremonia.

—¿La Ceremonia del Carnero? —inquirió Lágrima, con desdén. Vesta no la reprendió por ello.

—Exacto. Será la primera ceremonia que oficies como sacerdotisa, Lágrima. Y es necesario que dejes a un lado tu frustración y que te esfuerces para que salga todo bien. La Ceremonia del Carnero es la más vieja de la tradición de Dórokha y para los aldeanos es muy importante.

—Por supuesto —asintió Lágrima, adoptando una actitud indolente—. No dudéis que lo haré.

Y sin protestar más, la joven se retiró al pequeño hueco que le servía como lecho donde dormir, entre mantas y pieles acolchadas con paja. Después de todo, el descanso también formaba parte de la disciplina sacerdotal siempre y cuando no se convirtiera en el vicio de la apatía y la pereza. Además, la maestra le había enseñado que los sueños también servían para viajar entre los mundos y, al fin y al cabo, a Lágrima se le estaban empezando a despertar los dones para la clarividencia. Apenas se arropó, cayó rendida y el ritmo de su respiración se volvió pausado y profundo.

## Hermanas

La tarde transcurrió en completa calma. Lunaria y Lágrima dormían apaciblemente y Vesta cabeceaba frente al fuego del hogar cuando, de pronto, Jera Helecho abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lágrima! ¡Amiga! —gritó eufórica, corriendo a despertarla—. ¡Cómo me alegro de verte!

Lágrima se despertó desorientada hasta que unos segundos después recobró la lucidez y reconoció a su hermana de leche echándosele encima, vestida con un vestido muy bien acabado de color celeste que ensalzaba su voluminoso pecho. Jera la abrazó con énfasis, sin caber en sí de alegría, y la besó varias veces en la mejilla. Era obvio que no se imaginaba nada en absoluto sobre las decisiones del consejo.

—Kennaz me dijo que te había visto llegar —continuó—. Estoy deseando que me cuentes todas tus aventuras.

Jera se reía, era escandalosa por naturaleza y estaba muy agitada, sobre todo por la venidera fiesta del Carnero, la primera a la que asistiría. Además, la llegada de Lágrima la había alterado como cuando era niña y recibía un regalo por cada una de sus memorias, cada vez que se cumplía una era desde el día que nació.

—Por lo menos deja que se desperece, Jera —la tranquilizó Vesta, que también se había despertado por el jaleo que armaba su discípula—. Lágrima está muy cansada y necesita reposar.

—¡Oh, lo siento! —se disculpó la joven. Pero a Lágrima no le había molestado. De hecho, Jera se había convertido en una de las pocas personas de su vida por las que bien merecía la pena despertarse de una siesta. Sin embargo, apenas pasó un minuto cuando Lágrima recordó a qué se debía la sensación de amargura con que se había quedado dormida: de nuevo se abalanzó sobre su mente la fatídica noticia que Vesta le había dado cuando llegó por la mañana y, una vez más, comenzó a enfurecerle la idea de que Dórokha no quisiera tenerla por sacerdotisa.

—No te preocupes, Jera —le dijo, luchando por disimular su estado de ánimo—. Yo también tenía muchas ganas de verte de nuevo.

Era un sentimiento sincero. Lágrima a veces se callaba para no herir a los demás, pero cuando hablaba, jamás fingía. Por mucho rencor que ahora les guardase a las gentes de la aldea, Jera no tenía nada que ver con su desgracia. Así que, como aquélla le insistió tanto, Lágrima le habló de su viaje prodigioso a los Picos Lúgubres. A pesar del mal trago que había sufrido, aquella tarde transcurrió de una manera muy distendida. Jera, Lágrima y Vesta charlaron como en los viejos tiempos, y las dos jóvenes, puesto que por el momento no tendrían que competir más, notaron que la fisura que las había mantenido separadas durante las últimas lunas se había sellado de nuevo gracias al intenso amor fraternal que sentían la una por la otra. Oscureció y cenaron, se contaron historias, se rieron e incluso cantaron.

No mucho más tarde, Jera enjuagaba algunos cacharros sucios en un barreño lleno de agua turbia, sin perder su expresión risueña y vivaracha. A su lado, Lágrima recogía sobre una vieja mesa los restos de la cena en aquel humilde espacio semicircular que constituía prácticamente la totalidad de la casa. En el fondo de la estancia, junto al fuego del hogar, Vesta, con los cabellos blancos desordenados sobre sus hombros, acariciaba a Lunaria, que descansaba plácida junto a las llamas.

—Sí, Lunaria —murmuró la mujer—, las dos nos hacemos viejas...

—¡Dejad de decir eso, maestra! —replicó Jera—. Ahora mismo os prepararé la poción para los reumas y sentiréis rejuvenecer veinte eras.

—¡Oh, Jera! —se reía la maestra—. Eres muy amable, sí. Pero me temo que ni siquiera mi magia puede lograr tal fin. La juventud eterna, la vida eterna... Son grandes tesoros que muchos *efímeros* han perseguido desde los albores de nuestra historia. Pero nadie, nadie los ha alcanzado. Es mejor así. ¿Me acercarías esa manta de allí, Lágrima?

Lágrima se había quedado ensimismada, con la mirada apoyada sobre la lustrosa figura de Jera. Al escuchar a su maestra se acercó en seguida a arroparla, aunque su mente seguía dispersa, sumida en su derrota personal, en sus tormentos, en sus miedos y en sus demonios. “¿Por qué les doy miedo? —se seguía preguntando—. ¿Por qué?”. Estaba claro: a su lado, Jera emanaba luz, alegría, felicidad... Mientras que ella era tímida, discreta, silenciosa y también extraña y solitaria en ocasiones, una amante de la vida retirada. Le echó la manta sobre los hombros a Vesta y la peinó con los



dedos mientras la anciana le dirigía raudas miradas compasivas, pues entendía bien cómo se sentía. Apreció además que, desde la muerte de Lostgún, la maestra se veía más achacosa que nunca.

—Las canas son el símbolo de la sabiduría —dijo Lágrima, casi recitando—. Y las arrugas, el testimonio de nuestro paso por la vida. Las cicatrices, nuestras batallas ganadas.

—Eso es muy bonito, Lágrima —la interrumpió Jera, poniendo en manos de la anciana una taza humeante—, pero cuando a ti y a mí nos llegue la vejez, veremos entonces quién se queja más de las dos.

Vesta se reía con Jera mientras Lágrima observaba a su compañera con admiración. Tal vez ella misma trataba de convencerse de que no sentía envidia de su lozanía, aunque una parte suya muy mundana anhelaba ser también así de carismática, igual de hermosa. Lágrima se percibía pequeña, más bien insignificante, en comparación con aquellas mujeres nórdicas de Dórokha. Incluso su rostro exótico era muy distinto al de las demás. Cuando iba a la aldea, todo el mundo la observaba con una curiosidad que a ella se le hacía incómoda. Pues claro, porque ella no era nativa. En realidad, ni ella misma sabía de dónde procedía. Por eso querían que se marchase. Por eso... y porque les daba miedo. No podía sacarse esa afirmación de la cabeza.

Una broma de Jera llamó su atención y, a pesar de su abatimiento, se esforzó por reírse. No quería que Jera sospechase nada. Todavía no. Entonces un trueno retumbó afuera y, acto seguido, estalló un aguacero. Parecía que iba a caerse el cielo a pedazos.

—¡Por la Diosa! —exclamó Vesta—. Para mí que ese relámpago ha partido algún árbol en dos. No pretenderás irte ahora, ¿verdad?

Jera, mirando por la ventana, negó con la cabeza, pues los relámpagos la aterraban.

—¿Puedo quedarme a dormir, maestra?

—¿Tú me lo preguntas, hija? Anda, ni que fuera la primera vez.

Y al oír eso, los labios de Lágrima se curvaron en una sonrisa esquiva. Observando a su amiga con un discreto gesto triunfal, sintió una ilusión infantil por un instante. En el fondo había deseado todo el tiempo que Jera se quedase allí con ella, pues de algún modo necesitaba tenerla cerca aquella noche, aunque no pudiese contarle la verdad. Además, hacía

tiempo que no dormían juntas. Cuando eran niñas eso sucedía muy a menudo: en tanto que Vesta se acomodaba en su modesto hueco, cerca de la chimenea para aprovechar los restos de calor que manaban de las ascuas, Lágrima y Jera se arrinconaban bajo la ventana, muy juntas, para no quedarse heladas durante la noche. Y una vez acomodadas sobre el suelo de paja y abrigadas con una enorme y pesada manta de piel, hablaban hasta muy tarde, reían y bromeaban, aunque no sin recibir de cuando en cuando alguna reprimenda de su maestra que, malhumorada, les ordenaba callar y dormir.

–Yo me retiro ya –expresó la anciana–. Procurad no armar mucho jaleo, ¿eh?

–No os preocupéis, maestra –respondió Jera sin sonar muy convincente–. Lágrima y yo no os molestaremos.

Lágrima, que estaba colocando la tetera al fuego en ese momento, asintió con la cabeza.

–Bien, hijas –les dijo la anciana, no con poco escepticismo–. Hasta mañana al amanecer.

Vesta se levantó de donde estaba sentada, sosteniéndose la parte baja de la espalda con las dos manos, como si con ello pudiera evitar que la sacudieran los incómodos calambres que la adolecían al anochecer, cuando su cuerpo se quedaba frío. Había comenzado a descalzarse y ansiaba meterse en la cama cuando, inesperadamente, alguien aporreó la puerta de su choza. La maestra y las dos jóvenes se miraron entre sí, desconcertadas, sin saber muy bien cómo reaccionar. ¿Quién andaría por los alrededores a esas horas y con esa tormenta sobre la cabeza? Quien quiera que fuese, volvió a golpear la puerta. Esta vez Jera corrió a abrir.

## Turasgh el Extranjero

—¡Se ahoga! —gritó una voz de mujer que procedía del exterior—. ¡Se ahoga otra vez!

—¿Otra vez? —exclamó Vesta asombrada al comprobar de quiénes se trataba.

La mujer, bien entrada en la madurez, entró en la choza muy deprisa, calada hasta los huesos y casi arrastrando a un hombre que tosía como si tuviera el pecho lleno de agua. Por suerte para él, su esposa era alta y ancha de espaldas, lo bastante robusta como para cargarlo ella sola si él terminaba por perder el sentido.

—¡Colócalo ahí, Dunhe! —le indicó la anciana mientras acudía a sus botellas de elixires—. ¡Ayudadla, muchachas! ¡Rápido!

Jera acababa de cerrar la puerta de la choza mientras Lágrima se acercaba a sostener al hombre por un brazo. Quería tumbarlo sobre un lecho de pieles que acababa de improvisar. Pero cuando le puso las manos encima, la mirada celeste de Dunhe Ortiga la atravesó como una cuchilla. Su expresión reprobatoria, en cambio, no hizo vacilar a Lágrima, que sujetó al enfermo sin dudarle ni un instante. Por suerte, Jera se unió a ellas y rompió aquella tensión mientras la esposa del enfermo se sentía obligada a mirar hacia otro lado. Entonces Lágrima se sintió aliviada, aunque no menos ofendida. Tal vez días atrás no le habría molestado tanto. Mas ahora, con todo lo que le había contado Vesta sobre lo que los aldeanos pensaban de ella, sintió unas fervientes ganas de increpar a aquella mujer.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó Vesta mientras regresaba con un pocillo rebosante de un líquido oscuro—. ¿Cómo ha empezado?

Dunhe admitió que no podía hacer nada más por su esposo y, muy a su pesar, lo dejó en manos de la sacerdotisa y de sus discípulas mientras ella se echaba a un lado y se retiraba la capucha chorreante. El pelo, recogido en un moño desgreñado, le resplandecía como el oro ante la anaranjada luz de la lumbre.

—Últimamente le costaba mucho respirar —relató mientras recuperaba el aliento—. Pero ha sido hoy, cuando comenzó la lluvia. Fue entonces

cuando empezó a inhalar, cada vez con más esfuerzo, como si el aire no entrase en su pecho.

Vesta la observaba de soslayo mientras rumiaba unas palabras ininteligibles, palabras que sólo Lágrima y Jera comprendían. Cuando la anciana terminó, acercó el pocillo a los labios inertes del enfermo y lo vertió en su boca, despacio, trago a trago. Entre tanto, las jóvenes le habían abierto la camisa y habían untado su pecho velludo con ungüentos balsámicos que despedían un aroma fresco y revitalizante. Al contacto con la piel, esos ungüentos causaban una agradable sensación de calor.

—Vamos, Jera —indicó la maestra—, vete a calentar un poco de agua. Le pondremos algunos paños. Está helado. Necesita que devolvamos el calor a sus pulmones.

Mientras Jera corría para acatar sin reservas la orden de la sacerdotisa, Lágrima continuaba expandiendo el ungüento sobre la piel del hombre. De repente, éste dio una gran bocanada de aire a la que siguió una tos asfixiante y gutural, y Dunhe entrecerró los ojos como si le hubiese dolido a ella.

—¡Oh, Turasgh! —se lamentó, colocándose en postura de rezo—. ¡Aguanta un poco más! ¡Vesta Antigua te ayudará!

Pero Turasgh no parecía siquiera escucharla. Tenía los ojos en blanco y seguía tosiendo. Parecía que en cualquier momento se le fuera a romper la garganta. Jera corría llevando en la mano unos paños que sumergió en el agua caliente que acababa de preparar. Los escurrió bien y los puso sobre las costillas de Turasgh. El vapor liberó el aroma de las hierbas por toda la estancia y, poco a poco, la tos convulsiva del enfermo se fue sosegando hasta que se quedó dormido. El color regresó a su piel cetrina, aportándole de nuevo su natural tono siena. Sus párpados parecían relajados y su boca, entreabierta en medio de su frondosa barba oscura, había dejado de luchar. El aire ya fluía a través de su pecho.

—La sanación ha hecho su efecto —confirmó Vesta, suspirando. Su anciana frente, dorada tantas veces por el sol anodino del invierno tenue, estaba llena de gotas de sudor.

—Y ahora, ¿qué le va a pasar? —dudaba Dunhe—. Si se empapa de nuevo bajo esta lluvia torrencial, enfermará otra vez.

—Tranquila, Dunhe. Me hago cargo. Turasgh dormirá hoy en nuestra

choza. Mañana lo examinaré otra vez y sólo entonces decidiré si puede regresar a casa.

—Pero se encuentra muy mal —objetaba la fornida mujer, a quien la idea de dejar allí a su esposo la incomodaba mucho—. No sé si aquí...

—¿Prefieres quedarte tú también? —le ofreció Vesta, impaciente. Dunhe se quedó callada, pues la sacerdotisa tenía toda la razón. ¿En qué lugar de la aldea estaría más seguro un enfermo sino en la casa de la curandera más sabia y antigua que se hubiera conocido en Dórokha? Sólo había un problema: y es que Lágrima tampoco era del agrado de Dunhe Ortiga. Nunca lo había sido. Pero, claro, aquello no podía decirlo.

—Mis discípulas han sido adiestradas para ocuparse de este tipo de asuntos —añadió Vesta, que había intuido lo que pensaba—. Nadie como ellas para velarlo esta noche. Además, Lágrima será ordenada sacerdotisa la semana que viene, lo que le otorgará la misma autoridad que a mí.

Jera miró a la mujer con cierto aire reprobatorio y Lágrima, por su parte, irguió la cabeza para no dejarse intimidar. Estaba harta. Entonces Dunhe resopló, exasperada.

—Desde aquel día maldito... —masculló—. Turasgh no ha vuelto a gozar de la buena salud de antes. Pero, en fin, supongo que ni siquiera vuestros remedios pueden curarlo para siempre. Aun así, os doy las gracias, Vesta. De no ser por vos, mi marido habría muerto hace tiempo.

Una inhalación honda de Turasgh interrumpió la conversación. Todas las mujeres lo observaron muy atentas, por si tosía o se atragantaba. Sin embargo, el buen hombre continuó durmiendo mientras Dunhe, todavía dubitativa, se abrigaba despacio con su capa, sin dejar de mirarlo a través de una triste mueca de angustia. Era evidente que lo amaba.

—Volveré mañana —resolvió—, en cuanto amanezca. Y os pagaré.

—Ya sabes que eso no tiene importancia —contestó la maestra haciendo un gesto de negación con la mano—. Si no deseas quedarte, por lo menos deja que Lunaria te acompañe hasta la aldea.

Lunaria, que dormitaba ante el fuego, movió las orejas en la dirección donde estaba Vesta, pero fingió seguir durmiendo mientras que los pequeños *parrs*, saliendo de la despensa con el vientre hinchado, se acomodaban entre los pliegues de su piel para conciliar el sueño.

—No os preocupéis —rehusó Dunhe—, hace una noche de espanto y ya

habéis hecho suficiente por nosotros.

Entonces Vesta aceptó su negativa y después la aldeana abandonó la choza, aventurándose una vez más hacia la tormenta, aunque no sin antes dirigir una última y tierna mirada a su marido y otra, un tanto más fría y vengativa, hacia Lágrima, que la resistió como una montaña bajo una tempestad. En ese momento, la joven sintió que las entrañas le hervían de rabia. Era una sensación que desde hacía unas horas no la dejaba ni pensar, un sentimiento muy bajo, supuso. Pero, por fortuna, la puerta de la choza se interpuso entre ellas cuando Jera la cerraba, así que Lágrima se relajó.

—No le hagas ni caso —murmuró Jera al acercarse a ella—, es una arrogante. Todo el mundo lo sabe.

Lágrima se resignó, agradeciendo sus palabras de apoyo, pues Jera era su única amiga de verdad. Mas no por ello se sintió mejor. Las noticias de Vesta aquella tarde habían dejado un vacío en ella. Un vacío que, según iban pasando las horas, se le había hecho cada vez más grande y doloroso. Al menos así lo percibía mientras contemplaba absorta el cabello desaliñado de Turasgh, desparramado sobre la almohada: aunque las canas iban ganando terreno con el paso del tiempo, todavía se apreciaba su color marrón, marrón oscuro, como la tierra fértil. Turasgh, *el Extranjero*, como solían llamarlo desde que se mudó allá cuando tan sólo era un joven dedicado a la mercadería, era el único en toda la aldea con el cabello de aquel color. Bueno, él y, misteriosamente, Lágrima.

—Deberíais iros a descansar, maestra —sugirió ésta a la anciana con tono diligente—. Este contratiempo os ha debido de dejar muy agotada.

Pero Vesta en esos momentos reorganizaba en silencio todos los ingredientes que había utilizado para elaborar el elixir. Una de las botellas más pequeñas se resbaló de sus manos, temblorosas por el cansancio y la vejez, y se derramó. Mientras la sacerdotisa se lamentaba, Lágrima corrió a limpiar el estropicio.

—Ya está, maestra —anunció retirando la paja manchada del suelo—. Sólo es un poco de raíz de valeriana. Tenemos muchísima más.

—Oh, sí... Pero huele tan mal... —respondió la anciana—. Gracias, hija. De verdad, no sé qué haría sin vosotras.

Y dicho esto, Vesta se retiró al lecho, desplazándose con un ligero tambaleo. Antes de echar la cortinilla que le daba una pizca de intimidad,

se giró por última vez.

—¿Podréis cuidar de Turasgh esta noche? No creo que vuelva a toser, aunque...

—Nosotras lo haremos, maestra —afirmó Jera con una sonrisa radiante, como si aquello fuera pan comido—. Ahora, dormid tranquila. Hablaremos en voz baja.

Vesta hizo un guiño afirmativo y al fin se acostó. Luego, Lágrima terminó de recolocar las tinturas en su lugar, asegurándose de tener bien localizada la poción de Turasgh.

—Pobrecillo —se compadeció Jera—, no levanta cabeza. Parece que lleva aquejado de ese mal en el pecho desde que desapareció en el bosque, hace dieciocho eras.

—Que suman exactamente mi edad —aportó Lágrima en un susurro tímido. Entonces Jera abrió los ojos, asombrada. ¿Desde cuándo Lágrima había hecho sus propias conjeturas respecto a Turasgh? En realidad, desde esa misma noche.

—En serio crees que...

Lágrima perseveraba, asintiendo con la cabeza, contemplando una vez más a Turasgh, que yacía sumido en un sueño reparador o al menos eso parecía. El Extranjero, un hombre de mundo, a decir verdad, guardaba un vago exotismo en su rostro, perceptible sólo cuando se lo observaba con atención: la curva ligera de su nariz, su quijada ancha y angulosa... Eran rasgos poco comunes en Dórokha y, además, similares a los de Lágrima.

—Es imposible que sea tu padre, Lágrima —respondió de pronto Jera, como si hubiera encontrado la solución a aquel enigma—. En la aldea se sabe bien que Dunhe es yerma. No puede quedarse embarazada. Me lo dijo mi madre.

—Pues por eso me mira con tanto rencor, ¿no te das cuenta?

Lágrima llegó hasta un viejo arcón rústico y retiró con cuidado los cestos de mimbre que había apoyados encima, llenos de hortalizas y avellanas. Después cogió de dentro una manta y se apresuró a abrigar al hombre, cuidando de no despertarlo. A medida que se extinguía el fulgor de los restos de la lumbre, el interior de la choza se iba quedando frío como el aire del Norte, y afuera todavía llovía sin amainar. Cuando la joven se giró a colocar de nuevo los cestos sobre el arcón, entonces Jera pareció

reaccionar.

–¿Estás insinuando que eres una hija ilegítima de Turasgh? –inquirió boquiabierta.

–Exacto –insistía Lágrima. Ante la expresión de incredulidad de su amiga se vio obligada a dar más argumentos–. Turasgh se perdió en lo más profundo del bosque. Se cree que llegó hasta el pantano y que casi se ahoga en el agua helada. Por eso enfermó y, de hecho, sigue enfermo. Estoy segura de que se debe al frío que debió de pasar, varias noches caminando desorientado y sin rumbo por aquellos parajes húmedos. Cuando volvió a la aldea se encontraba aterido y al borde de la muerte. La maestra fue quien lo salvó.

De pronto un sonido sibilante cruzó la choza, llegando a las jóvenes desde el rincón en donde Vesta trataba de dormir. Sin duda era la anciana, quien les pedía que hablaran más bajo. Las dos discípulas se miraron con complicidad y comenzaron a conversar en susurros.

–¿Y qué prueba eso, Lágrima?

–¿No te das cuenta? Diez lunas después del regreso de Turasgh yo aparecí en la aldea. ¿No crees que son demasiadas casualidades?

Jera se sentó sobre un barril de roble. En su interior, Vesta dejaba madurar un delicioso orujo de miel que empleaba para algunas de sus medicinas y que aderezaba en las noches más frías para servirlo caliente. Pero la joven no estaba pensando en el orujo, sino que se hallaba perdida en muchos pensamientos que jamás habían atravesado su mente hasta aquel momento.

–Tienes razón, Lágrima. Eres la niña huérfana de la aldea, la que nadie sabe exactamente de dónde ni cómo llegó. Mi madre tan sólo se acuerda de que la maestra te llevó en brazos a nuestra casa y, sin dar una sola explicación, le suplicó que te amamantara como a mí. Porque, de lo contrario, te habrías muerto, claro.

Sí, hermanas de leche. Así las llamaban a las dos. Quizás ésa era la causa, entre otras, de que Lágrima y Jera fueran inseparables a pesar de sus desencuentros eventuales.

–Y, ¿por qué no le preguntas a él?

–¿Qué? –dudó Lágrima. En realidad comenzó a cuestionarse si todo aquello tenía sentido o si sólo era una idea descabellada, una manera de



demostrar a Dórokha que no era ninguna huérfana desarraigada, sino que tenía un padre y, en algún lugar, una madre. Tal vez hasta fuese otra aldeana.

—Lágrima, ¿por qué no le preguntas al Extranjero? Nadie podrá decírtelo mejor.

Un crujido en la chimenea las alertó. Lunaria, en cambio, continuaba dormida. Se trataría seguro de alguna cáscara o restos de una piña que estallaban con los últimos resquicios de calor. También la luz de la choza mermaba, así que Lágrima se apresuró a encender una vela.

—No puedo preguntarle eso, Jera. El pobre enloquecería. Pobre Turasgh, no quiero darle más disgustos, está delicado.

—Tienes razón —coincidió Jera.

—Sin embargo, él ha hecho sus propias demostraciones. Fíjate: casi todo lo que tengo, que no es mucho, me ha sido entregado de las formas más curiosas. Por ejemplo, siempre que Dunhe Ortiga nos envía un cesto con lo mejor de su huerto como pago es Turasgh quien lo trae hasta aquí. Y en su interior suele haber objetos, obsequios que no creo que sea ella quien los pone y que no siempre son para Vesta. La última vez encontré entre las hojas de las berzas una fibula de madera. Es la misma con la que me abrocho la capa. Y cada era que pasa desde que llegué a Dórokha, justo ese mismo día, alguien deja algún presente en la entrada de la cabaña. Cuando era una niña, eran pastelillos de huevo y miel. Vesta nunca me dice quién es el responsable. Sólo me los entrega y me pide que no lo cuente. Pero estoy segura de que se hace la despistada.

Jera nunca se lo había imaginado, pues era la primera vez que Lágrima le contaba aquello y, desde luego, sus cavilaciones empezaban a cobrar sentido.

—Así que te trae regalos... —musitó, frotándose la barbilla, intrigada.

—No se lo digas a nadie, Jera.

La joven rubia le sonrió, pícara.

—Tranquila. No puedo traicionarte. Conoces demasiados secretos míos.

Se rieron a la vez intentando hacer el menor de los ruidos. Después Jera cogió su fardo y revolvió en el interior con las manos, empeñada en encontrar algo, y cuando al fin dio con lo que buscaba, lo sacó a la vista

de Lágrima. Era una túnica de color púrpura, delicadamente tejida y elaborada con el mayor de los esmeros. En ese momento, Lágrima se tapó la boca para omitir una exclamación.

—¿Te gusta? —le preguntó Jera, esperando su reacción.

—¡Qué bonita es! —opinó Lágrima. Jera sacudió la prenda con suavidad y la giró para que su amiga la pudiera ver mejor.

—Mi madre y yo la estamos haciendo para ti —resolvió—. Es para que la lleves en la Ceremonia del Carnero, tu primera ceremonia como sacerdotisa, Lágrima.

Lágrima no sabía qué contestar. A pesar de todo el rencor que sentía en aquel instante hacia los habitantes de Dórokha, Jera y su madre, en cambio, seguían siendo generosas y benévolas con ella. Sin embargo, aquella túnica era un regalo demasiado caro y lujoso, ¿cómo podría agradecersele, si ella no tenía nada?

—No puedo aceptarla, Jera.

—No seas tonta —la interrumpió su compañera—. Estamos a punto de acabarla. Pero necesitamos que te la pruebes una vez antes de darle los últimos retoques.

—Debe de estar costándoos muchísimo... —insistía Lágrima, tentada por aquella túnica tan bonita, mientras acariciaba con la yema de los dedos los detalles de cada bordado—. Oh, Jera... Yo...

—Anda, quítate esa saya vieja que llevas y pruébatela.

Lágrima accedió porque le atraía la idea de vestirse por una vez con una prenda hermosa y nueva. Entonces se deshizo en seguida de sus calzas y de su camisa. Pero cuando ya estaba casi desnuda, se acordó de que Turasgh continuaba tendido allí y se cubrió los pechos con un trapo viejo, que fue lo primero que encontró.

—Sigue dormido —le dijo Jera, haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Además, ¿no dices que es tu padre? ¿Qué más da que te vea desnuda?

Lágrima, no demasiado convencida, cogió aquella túnica que nadie antes había estrenado y se la puso muy deprisa ante las muecas burlonas de Jera. Después, aquélla le indicó que diera media vuelta y le ajustó la cintura.

—Muy bien... —rumiaba—. Hay que fruncir un poco por aquí...

Lágrima hasta se sintió bella por un instante, aunque como buena sacerdotisa, se esforzó por no darle importancia a aquel hecho, pues la belleza era algo banal.

–Estarás radiante, ya verás...

Pero Lágrima no era feliz con esa túnica nueva de sacerdotisa. Todo aquello le parecía una farsa, pues no era ella a quien Dórokha quería ver con esa indumentaria. ¿A quién trataba de engañar? Mientras Jera le hacía un par de arreglos a la tela sobrante, la envidió. Era la primera vez que lo hacía así, de un modo visceral. Cuando Jera levantó la cabeza para sonreírle, se sintió muy culpable.

–Yo lamento de verdad que Vesta tomara esa decisión –musitó.

–¿Cómo que lo lamentas? Lágrima, tú superaste la prueba. Yo no. No la habría superado jamás. Ni habría llegado a los Picos Lúgubres. Hasta he faltado a algunos votos. Es justo que seas tú quien asuma su lugar. Toda la vida te has preparado para ello.

–Tú también, Jera.

–No te preocupes por mí –añadió, ayudando a Lágrima a desvestirse de nuevo–. En realidad, siempre he sabido que serías tú la elegida, la nueva sacerdotisa de Dórokha.

–¿Por qué?

–Pues porque no hay más que verte: llegada del bosque y criada por la sacerdotisa de Dórokha en su misma choza, Lágrima Cunasauc es firme, prudente, obediente, casta... Eres imposible de pervertir por los vicios mundanos. Y además, conoces el oficio, sabes todo lo que hay que saber.

–Y tú también, Jera.

Jera se tomó las palabras de Lágrima como un cumplido, pero eso hacía tiempo que había dejado de molestarle, pues se conocía bien a sí misma y era consciente de sus limitaciones. Después cogió la túnica púrpura y la dobló, devolviéndola al interior de su fardo, mientras Lágrima se ajustaba la vieja saya en torno a la cintura, más tranquila ahora que volvía a estar vestida. Luego, las dos acudieron a su rincón particular, aquél que tantas veces había servido de cama a ambas a pesar de que, desde hacía varias lunas, sólo Lágrima lo ocupaba, echando de menos a su hermana de leche durante las noches frías. Una vez acurrucadas se taparon hasta la

barbilla con la manta de piel. Desde allí podrían velar a Turasgh sin pasar frío.

—Yo soy una alumna aventajada —comenzó Jera—, no te lo voy a negar. Sé curar, conozco las plantas y elaboro remedios. Lo suficiente para cuidar de una aldea de campesinos y pastores. Pero tú, Lágrima... Tú naciste con el don. Como Vesta. Una mujer como tú sí merece convertirse en sacerdotisa.

Lágrima se sintió todavía peor al comprobar que Jera no la envidiaba a ella. Estaba frustrada, la acosaba la culpa y hervía de rencor. Le habría gustado contarle en ese mismo instante a Jera lo que el consejo de Dórokha había decidido y decirle que se fuese preparando para robarle el cargo. ¿Cuánto tiempo tardaría en conseguirlo? ¿Una era, tal vez? ¿O era demasiado inútil como para peregrinar sola a los Picos Lúgubres? Incluso sus pensamientos estaban comenzando a volverse oscuros y turbios, y no se sentía orgullosa de ello.

—¿Por qué te ríes ahora, Jera? —se sorprendió de pronto. Al parecer, Jera no tenía ni la más remota intuición sobre lo que le ocurría.

—Yo cogeré ortigas y cardos por ti mientras tú oficias los enlaces del amor durante las tardes soleadas —pronunció con una voz exageradamente pedante.

Se rieron juntas otra vez. Por lo menos, la risa era un bálsamo que dispersaba los tormentos de Lágrima.

—No lo quiera la Diosa —le respondió—. Una buena sacerdotisa también recoge ortigas y cardos. Ahí reside la humildad del oficio, pues sin humildad todo corazón se corrompe.

Lágrima era capaz de citar de memoria todas y cada una de las enseñanzas de Vesta. Al fin y al cabo, las había escuchado desde su más tierna niñez.

—Ahora, en serio —continuó Jera—. He de confesar que, a día de hoy, a mí no me agradaría del todo ser sacerdotisa: los votos, la disciplina... No son para mí. No soporto pasar hambre, ni estar callada. Me gusta trabajar aquí, contigo y con Vesta, pero sospecho que me espera un destino mucho más mundano.

Las mejillas de Jera se encendieron, haciendo comprender a Lágrima que había otros votos que pretendía romper, mucho más

comprometedores.

–¿Quién es el afortunado? –le preguntó Lágrima con mucha curiosidad–. Hace tiempo que no hablamos de esas cosas. Vamos, Jera, cuéntamelo.

Tal vez un poco de trivialidad en su vida la ayudaría a alejarse de aquellos sentimientos destructivos que habían empezado a parasitar su corazón. Además, Lágrima sabía que Jera se veía con otros jóvenes y que estaba ansiosa por experimentar todo cuanto la madurez había regalado a su feminidad. Entonces Jera suspiró, a la manera en que suspiran los que están enamorados. A decir verdad, parecía que no podría soltar una sola palabra hasta que no terminase de suspirar.

–Es Kennaz –confesó al fin.

–¿Kennaz Osonegro? –se sorprendió Lágrima, tratando de ocultar su decepción. Kennaz, aquel huraño bruto que no tenía saber estar, cuya familia había ayudado a destrozarse el futuro de Lágrima... Mejor no se lo diría a Jera, aunque, por suerte, aquélla estaba tan ensimismada que no se percató de su reacción.

–Está loco por mí –aseguró, muy convencida. Le daba un poco de vergüenza contarle–. A veces lo he visto pasar por delante de mi casa y mirar hacia la puerta. Pero no se decide.

–Vaya... Pensaba que ya erais íntimos.

–No todavía –anunció, lánguida–. Kennaz es muy tímido, ¿sabes? No me ha dicho nada. Aunque estoy segura de que en la noche del Carnero no podrá seguir resistiéndose. Ya me encargaré yo.

Lágrima tuvo una sensación rara en el estómago. No creía que aquel joven fuera el mejor para Jera, pues no era amable, ni parecía demasiado inteligente, ni siquiera era atractivo. Aunque, eso sí, nadie lo superaba en fuerza y envergadura. Sin duda, y con la vorágine hormonal nublándole el entendimiento, ese hecho era el motivo que había enamorado a Jera.

–¿Y tú, Lágrima? ¿No tienes ningún secreto más, a parte del tema de tu padre?

“Si yo te contara...”, pensó Lágrima para sus adentros. No supo qué decir. Ante todo, Vesta le había pedido silencio.

–Algunas sacerdotisas hacen votos de castidad incluso después de ordenarse –se limitó a decir.

—¿Quieres decir que tú vas a ser una de éstas? —se sorprendió Jera—. ¿Quieres ser una sacerdotisa virgen?

—Pues sí —respondió Lágrima, muy segura de sí misma—. La sexualidad es un tesoro que sólo debe ser compartido con alguien que lo merezca en el momento en que sea adecuado, si es que llega ese momento. Es un regalo de los dioses, no un pasatiempo banal.

Terminó la frase con una aspereza desconocida, como si estuviese reprendiendo a Jera. No lo pudo evitar. Jera, sin embargo, no se ofendió. La miró arqueando una ceja y conteniendo la risa, evitando decir algo demasiado irreverente para su amiga.

—Bueno, si eso es lo que tú deseas, no renuncias a ello —la animó, perpleja.

—Gracias por entenderlo, Jera.

—Yo no he dicho que lo entienda. Sólo lo respeto.

Se quedaron calladas. A medida que pasaban los minutos, Lágrima se mostraba cada vez más agria. Y Jera, que supuso que estaba nerviosa por la ceremonia de la siguiente semana, trató de no darle importancia.

—Vamos a dejarlo ya, Lágrima.

—Sí, será lo mejor —respondió ésta—. Duerme un poco. Yo vigilaré a... mi padre.

Jera asintió y luego apoyó la cabeza en el hombro de su compañera, quedándose dormida casi en el acto. Pero Lágrima no se sentía bien. Se odió a sí misma por haber sido tan dura con Jera. No podía dejar de envidiarla. A veces, durante instantes fugaces, la despreciaba. Era como si alguien ajeno en su interior estuviese removiendo sus peores sentimientos.

Afuera la tormenta incesante seguía sacudiendo el bosque con sus más temibles relámpagos y las gotas de lluvia producían un rumor intenso que sosegó un poco la ira de Lágrima. A veces sólo ella comprendía la magnificencia de los Grandes Espíritus, por ello no los temía. Algo poco usual en las gentes de Dórokha, quienes sí la temían a ella.

## La Ceremonia Del Carnero

Silencio. Era la Ceremonia del Carnero. Recién caída la noche, nueve jóvenes de Dórokha a punto de convertirse en hombres habían salido al bosque en busca del macho cabrío. La tradición marcaba que tendrían que enfrentarse a él en una lucha uno contra uno, y el primero que consiguiera cazarlo, si es que no moría a cornadas, regresaría a la aldea con el cadáver del animal, que se asaría sobre el fuego ceremonial y sería comido por todos los asistentes. Ese joven sería considerado durante una era completa como el mejor guerrero de todos, y guardaría el vellón y las astas del carnero durante toda su vida, como una reliquia de honor. Mientras tanto, todos los demás esperaban allí, con el corazón en un puño, hablando en susurros.

Lágrima Cunasauc se hallaba sentada sobre un trono de juncos en actitud señorial, con los brazos reposados sobre las piernas. Los ojos almendrados de la doncella parecían haberse tornado de piedra, de tan dura como se apreciaba su mirada aquella noche. Seguía enfadada, frustrada, triste... Y no deseaba estar allí viendo cómo aquellos aldeanos que la habían despreciado fingían celebrar que era su nueva sacerdotisa.

Llevaba la túnica púrpura, a la que Jera y Celes habían dado realmente un acabado perfecto, y su maestra le había trenzado el cabello, como se hacía para los rituales importantes, pues en cada nudo de cada trenza había imbuido un sortilegio protector. La pequeña Warin le había confeccionado una tiara de flores blancas, pero la niña en esos momentos dormía en su choza, con sus hermanos, pues la fiesta del Carnero no era una fiesta a la que pudiesen acudir niños. Allí las mujeres y los hombres estaban prendidos por el furor estival del renacer, sobre todo los más jóvenes, muchos de los cuales celebraban la ceremonia por primera vez en sus vidas. Un ferviente apetito transformaba el semblante de todos los presentes aquella noche, bajo la penumbra. Lágrima, al mirarlos, habría jurado que esa misma mañana, bajo la luz del sol, eran personas distintas, tal vez más sensatas o más lúcidas. Y es que era la oscuridad y no el sol la que alumbraba los más ardientes deseos de cada uno, desentrañados desde

sus instintos más primarios. El halo infalible de la fecundidad, capaz de embriagar a todas las criaturas *efímeras*, invadía hasta el aire que se respiraba. Las mujeres derrochaban sensualidad a cada paso que daban. La llevaban grabada en las caderas, aferrada a las nalgas, caía por la cara interna de sus piernas, marcando su cadencia al caminar. Y los hombres las seguían y las pretendían con sus miradas, regodeándose en el juego del cortejo, anhelando beber hasta reventar y después llenar el cáliz, sin parar, sin parar... hasta quedar derrotados al amanecer. Por los poros de su piel rezumaba el aroma del deseo, untando su sudor con el sabor dulce del almizcle. Un escenario salvaje y demasiado rudimentario para Lágrima, que habría preferido encontrarse sola y muy lejos de allí.

Vesta Antigua, también peinada con trenzas, se sentaba al lado de Lágrima junto a otro gran trono vacío, recubierto por el vellón de un carnero sagrado cazado hacía cientos de eras y con la cornamenta de éste mismo sobresaliendo del respaldo. Ese gran trono había sido preparado para recibir al valiente que llegase en primer lugar, a quien Lágrima tendría que premiar con una corona de ramas de encina y, mal que le pesara, con alguna palabra o gesto de enhorabuena.

Caminando de un lado a otro sin detenerse, Agorak el Patriarca esperaba impaciente, blandiendo su lanza de guerrero, con otro vellón de carnero sobre los hombros. El propio Agorak había conseguido ese vellón en su juventud, al resultar vencedor de esa misma ceremonia, hacía ya mucho tiempo. A pesar de la edad y de que su barba dorada llevase eras encaneciéndose, aún se mantenía lozano. Aún podría librar otra batalla contra algún pueblo invasor. Llevaba el torso desnudo y en su rostro y su pecho estaban pintados los símbolos de protección con la ceniza sagrada que se había guardado durante el anterior ritual, cuando se asó el último carnero trece lunas antes.

Vesta, antes de dar inicio a la cacería, era la encargada de untar las cenizas en los pechos desnudos de los jóvenes, murmurando oraciones protectoras mientras lo hacía, aunque esa vez la había ayudado Lágrima, pues sólo una era después sería ella quien asumiera esa labor hasta... Hasta que Jera le robara el cargo. No podía quitárselo de la cabeza.

Lágrima, que ya había sido nombrada sucesora de la sacerdotisa delante de todos los aldeanos antes de dar lugar a la prueba, se mostraba



solemne y adusta, casi no gesticulaba. Aborrecía ese ritual, pues no compartía que la muerte de aquel pobre carnero fuese motivo de celebración, aunque esa vez, y por si fuera poco, encima le tocaría presidirlo. Se sentía tensa y nerviosa al ser, de alguna manera, el centro de atención. Eso era algo para lo que no estaría preparada nunca, aunque vestida con aquella túnica púrpura y peinada de aquel modo le resultó imposible escapar a las miradas. De hecho, antes de que los jóvenes salieran al bosque con sus lanzas en la mano, se percató de que al menos dos de ellos la observaban. Sí. Se habían fijado en ella. Una mujer sabía cuándo la estaba mirando un hombre. Entonces Lágrima se había sentido halagada pero también culpable, pues sabía que no era digno de una sacerdotisa enaltecer su propio ego con algo tan mundano como la belleza externa. Y es que no podía evitarlo. “¡Por la Diosa! —se lamentaba—. Voy a tener que trabajar a fondo mi vanidad o jamás seré una sacerdotisa aceptable”.

Turasgh el Extranjero, cuyos pulmones habían mejorado gracias a los cuidados de Vesta, contemplaba a Lágrima con orgullo. A su lado Dunhe Ortiga también escrutaba a la nueva sacerdotisa, aunque lo hacía con reproche y con el ceño fruncido en señal de desaprobación.

Sin embargo, sobre quien se cernían en verdad todas las miradas, tanto masculinas como femeninas, era sobre Jera. También para ella su madre había cosido una túnica muy especial, de color azul mar, que realzaba sobremanera el hermoso tono crema de su tez. Su pelo rubio, abundante y suelto sobre su espalda, le daba un aspecto leonino. Desprendía una envolvente fragancia de benjuí, un producto caro y difícil de conseguir que tal vez las mujeres de su familia guardaban en su humilde choza como oro en paño. Además, se había ceñido la ropa a los pechos, aquellos pechos abundantes y tersos, la envidia de todas las muchachas de Dórokha.

Lágrima se había quedado sin habla al verla tan fogosa. No le cabía la menor duda de que aquella noche Jera se había preparado para todo lo que pudiera ocurrir. Aunque la adoraba, a Lágrima le resultaba extraño su comportamiento cuando se mezclaba con las otras muchachas, pues sólo hablaban de los jóvenes, ruborizadas, alborotadas, y bajaban mucho la voz cuando querían evitar las miradas de los adultos. Aun así, Lágrima se

esforzó por entenderla, ya que era la primera vez que ambas asistían a la Ceremonia del Carnero. Supuso que, para una doncella de la aldea, emparejarse esa noche con alguno de los mejores jóvenes del poblado era muy importante. Al fin y al cabo, Jera ya había expresado con claridad su escaso interés por el puesto de sacerdotisa: había aprendido como Lágrima el arte de sanar, pero no comprendía los ritos de la Gran Madre y, por tanto, tampoco disfrutaba de ellos. Como el resto de las jóvenes. Sólo veía en ellos una tradición que se celebraba una y otra vez, como el día y la noche que se suceden el uno al otro en un vaivén interminable. Así que, una vez más, Lágrima se sintió como una nota discordante.

—Están tardando mucho... —susurró a Vesta, aburrida y entumecida al llevar varias horas allí sentada. Vesta, con la mirada perdida, negó con la cabeza. Sobre su frente lucía una corona de semillas muy bien ensartada y sujetaba con la mano izquierda su antiquísimo cayado de hechicera, tallado en madera de avellano y coronado con una punta de amatista.

—Va todo bien —expresó con una voz aséptica y distante. Lágrima sabía que a Vesta se le ponía aquella voz cuando viajaba entre los mundos y recibía visiones. A ella le había pasado algunas veces, aunque no lograba controlar aquel don como querría. “Ellos te dejan ver lo que necesitas, no lo que quieres”, le había contado la anciana en varias ocasiones. Entonces, taciturna y somnolienta, Lágrima no pudo luchar más contra el sopor de aquella espera interminable y se dejó vencer por el sueño.

Sus párpados se cerraron y vio al carnero macho en posición de ataque. Ante él había un joven muy fornido con el cabello retirado en una larga trenza dorada. Bajo la tenue luz de la luna no logró identificarlo. Comenzó la batalla. El carnero se lanzó a embestirlo y el guerrero lo recibió con su lanza. Se separaron bruscamente. Hubo varias embestidas más, violentas y terribles, y muchos forcejeos. Pero al final corrió la sangre y el carnero emitió un lamento durante un último e inútil esfuerzo por defender su vida. Cuando dejó de convulsionarse y se quedó inerte sobre la hierba, el joven guerrero le hizo una reverencia y se quedó arrodillado ante él durante varios minutos, como si quisiera agradecerle algo. A Lágrima le sorprendió aquella actitud tan respetuosa en el cazador, quien quiera que fuese, a quien tenía por un insensible. Después, el joven cogió un cuerno que llevaba colgando del cinturón y lo sopló para que todos lo

oyesen. Y en ese momento Lágrima se despertó, sobresaltada.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó, mareada—. ¿Qué ha pasado?

Vesta y Agorak la miraron algo contrariados, pero justo cuando iban a contestarle el cuerno volvió a sonar. En efecto, Lágrima había visto los sucesos antes que los demás a través de sus sueños. Una vez más el sonido del cuerno retumbó por todo el bosque. Cada uno de los cuernos repartidos entre los jóvenes tenía un tono distinto, para que ninguno pudiese hacer trampas. En cuanto el primero de ellos era escuchado, todos debían regresar a la aldea.

Un gran revuelo se produjo entre los asistentes, sobre todo entre las doncellas, que aguardaban ansiosas por saber quién habría resultado ganador y, sobre todo, a cuál de ellas entregaría el carnero como ofrenda. La tradición marcaba que la elegida comería esa noche del mismo plato con el ganador. Pero había algo que escapaba al protocolo de la ceremonia y que iba más allá de la formalidad, una costumbre que antaño se había practicado y que, inevitablemente, continuaba grabada a fuego en la memoria ancestral de aquellas gentes, fluyendo por su sangre de generación en generación. Pues en realidad se producía una extraña magia cuando el campeón hacía la ofrenda a la escogida entre muchas. Una magia hipnótica, envolvente, que sublevaba las voluntades de los dos protagonistas de la noche. Una magia que solía arrastrarlos a la intimidad de los bosques y que los empujaba a consumir el rito de la fecundidad. Y Lágrima, que también conocía esa tradición no oficial, respiró tranquila sabiendo que ningún ganador la elegiría a ella: eso era tan poco probable como que un demonio apareciese allí mismo y arruinara la fiesta. “Sí, un demonio —pensaba, vengativa—. Y así todos sabríais de verdad lo que es tener miedo a alguien”. Vesta de pronto se giró a mirarla porque tenía una mala sensación. Era consciente de que Lágrima todavía estaba frustrada por la decisión del consejo. La anciana quiso decirle algo, pero justo en ese momento el sonido de varios *bodhranes* tañidos de forma acompañada creció hasta envolver el lugar en una atmósfera mágica y chamánica.

Agorak, el Patriarca, ayudado por varios hombres, corrió a avivar el fuego de la hoguera hasta hacerlo crecer por encima de sus cabezas. Las muchachas habían decorado los abedules de los alrededores con

guirnaldas de flores que habían pasado toda la mañana elaborando, y los adornos brillaban con la luz de las llamas embelleciendo el lugar de la ceremonia.

El alboroto, el calor del fuego, los golpes de percusión... Las emociones de todos estaban a flor de piel y los corazones palpitaban con frenesí. Incluido el de Lágrima que, sin saber por qué y ajena como se sentía a aquella celebración, se puso nerviosa. Muy a su pesar, resultaba imposible dentro de aquella atmósfera ancestral e intensa impedir que los instintos más primitivos se removieran en el interior de uno. Le apetecía levantarse de aquel trono de sacerdotisa y unirse a las jóvenes que danzaban y gritaban alrededor de la hoguera, entregadas a su naturaleza humana, como habían hecho desde siempre sus antepasados. Pero una vez más la ahogó aquella culpa persecutoria, por considerar siquiera la idea.

De pronto la silueta de un joven guerrero cargando sobre sus hombros al carnero macho muerto se desprendió de la oscuridad de los bosques. El jaleo cesó. Las manos que con tanto fervor habían tañido los parches de piel de los *bodbranes* se detuvieron en seco y las doncellas se apartaron en seguida, consumidas por la incertidumbre, para dejar paso al campeón. Tan sólo el fuego de la hoguera sagrada, mucho más divino y elevado que cualquier ser humano, tenía el permiso de todos para continuar fulgurando en su máxima plenitud. Los espíritus ígneos bailaban allí, torneándose y girando sobre sí mismos, pero nadie los miraba. Todos los ojos estaban puestos en aquel ganador alto y de imponente musculatura, con el pecho manchado de ceniza y sudor, con varios rasguños y heridas abiertas, y con la rubia trenza teñida del rojo de la sangre de su presa, que le chorreaba por la espalda y todavía estaba caliente. Su mirada hermética y glacial buscaba a su preferida.

—¡Kennaz! —gritó el Patriarca—. ¡Kennaz Osonegro ha vencido al carnero!

Pero la algarabía y los aplausos no se produjeron aún. Faltaba la otra parte importante de la ceremonia: la elección de una joven y la ofrenda. A Lágrima le temblaba la barbilla conmocionada por la intensidad de aquel momento. No esperaba en absoluto experimentar aquellas reacciones en sí misma. Era tan impropio de ella...

Kennaz se hallaba visiblemente fatigado, aunque no había duda de

que deseaba disfrutar su momento de gloria, tan merecido. Entonces, haciendo un último esfuerzo con el animal a cuestas, se dirigió a donde estaban las doncellas. Era la primera vez en toda la noche que Lágrima las veía tan atentas y calladas. Evidentemente, todas se habían aderezado lo mejor posible para impresionar a los jóvenes, pero Jera se veía con diferencia más atractiva que ninguna. Sus pechos y la voluptuosa forma de su túnica, cayendo sobre sus muslos, podrían conseguir que cualquiera deseara tenerla entre sus brazos. Además, esa noche hasta su cara había cambiado: se mostraba más provocativa y tentadora que nunca, con las mejillas sonrojadas, la boca entreabierta con sensualidad y los ojos ardientes.

Kenaz continuó caminando ante la expectación de la multitud. Ya casi había llegado ante Jera, pero no se detuvo al pasar por su lado, ni siquiera le dedicó una mirada. Cabizbajo y decidido, pasó de largo, dejó atrás al grupo de las chismosas jóvenes y se dirigió al trono de juncos, en donde Lágrima luchaba por controlar sus temblores. Y allí, ante la nueva sacerdotisa, la joven huérfana de la aldea, la distante y extraña Lágrima Cunasaucé, a sus pies fue donde Kennaz arrojó la ofrenda, descansando al fin, y luego se arrodilló, esperando su gratitud.

Lágrima deseó con todas sus fuerzas que la tierra se abriese bajo el trono de juncos y se la tragase para desaparecer. Se sintió abochornada y no supo cómo reaccionar. Ella no contaba con ello, con que el campeón la eligiese, y mucho menos Kennaz... Su error había sido acomodarse en el estatus de sacerdotisa creyendo que eso la alejaría de mezclarse con el resto. Y ahora se encontraba con un cadáver a sus pies que había sido asesinado para ella, con un joven bruto y cruel con el que no quería tener nada que ver, y con su mejor amiga, su hermana de leche, hundida en la miseria.

El llanto desconsolado de Jera rompió de improviso el clímax de la ceremonia y después fue perdiendo intensidad según la joven se marchaba de allí, corriendo sin rumbo hacia la negrura del bosque. Lágrima, desbordada por la situación, se levantó del trono. Su expresión giró hacia una inminente ira que pronto descargaría sobre el culpable. Y entonces la nueva sacerdotisa se convirtió en el peor de los jueces. Kennaz alzó la cabeza, desconcertado, y se encontró con los ojos marrones de Lágrima

maldiciéndolo.

—Las sacerdotisas no comemos carroña —anunció, áspera y dura como el acero—. ¿Es que nadie te lo ha contado, Kennaz Osonegro?

Varios de los presentes ahogaron exclamaciones y Kennaz se quedó helado. Lágrima le había partido el corazón en pedazos, lo había desgarrado peor de lo que lo habrían hecho las astas de cualquier carnero macho. Y no sólo eso: también había destrozado su honor. Entonces la joven, consciente de que al fin había arruinado la ceremonia, salió corriendo de allí, como si huyese de una bestia. Con suerte todavía podría encontrar a Jera.

## Los demonios de Lágrima

Lágrima había dejado atrás el trono, el carnero, la hoguera y al campeón. Los *bodhranes* no habían reanudado la marcha festiva, como ocurría en condiciones normales. Ya no lo harían. Sin duda, todo era culpa suya. Jera estaba destrozada, también Kennaz, y había avergonzado a su maestra en público. Eran tantas las faltas que había cometido en un solo instante que una idea peregrina cruzó su mente: escapar. Escapar a la profundidad de los bosques, más allá del pantano, hasta donde los habitantes de Dórokha no fueran capaces jamás de llegar. Apartarse al fin de aquel mundo al que no pertenecía y encontrar sus orígenes, costase lo que costase, incluso si le costaba la vida. Estaba segura de que el bosque la ayudaría, de que era allí donde tenía que guarecerse.

Sí, eso haría. Lo había decidido. Pero primero tenía que encontrar a Jera, pedirle perdón y asegurarse de que no cometiese ninguna locura, tan visceral como era... De pronto sintió su energía. Sabía cómo encontrarla aunque no la oyese llorar. Siguió corriendo. La túnica le apretaba y se le enganchaba en las raíces del suelo y en las zarzas. Además, comenzó a sentir un miedo irracional. “Estúpida, los lobos nos respetan –se decía a sí misma–. Nada puede pasarte”. Y por fin, embebida en la angustia y la incertidumbre que iban creciendo en su interior, consumiéndola con sus peores temores, sintió que Jera estaba justo allí. Se detuvo. Se oía un llanto ahogado y apenas audible. Fue detrás de unos enebros frondosos donde la halló agazapada, con el rostro enrojecido y los ojos hinchados de tanto llorar.

–¡Perdóname, Jera! –sollozó, lanzándose a abrazarla. Su amiga le abrió los brazos y ambas continuaron llorando juntas, lamentándose por lo sucedido. Hasta pasado un buen rato no fueron capaces de articular palabra alguna. Jera, que tenía las mejillas irritadas por las lágrimas, se limpió la nariz con la manga de su elegante túnica azul mar.

–Tú no tienes la culpa –gimió entre dientes–, sólo yo. Por mi soberbia y mi presunción. No tenías que haber renunciado a Kennaz por mí, amiga.

–¿Pero es que no te das cuenta, Jera? Yo no quiero a Kennaz. No

quiero nada suyo, ni de ningún otro. Rogué por lo más sagrado pasar desapercibida en vuestra fiesta. Y ahora... ¡Por la Diosa! ¡Lo he arruinado todo! ¡Pobre Kennaz! ¡Lo he ridiculizado!

Ahora era Lágrima quien más lloraba. Se creía despreciable mientras Jera la abrazaba para consolarla. El efecto de la euforia festiva había desaparecido por completo de su ánimo y, ahora, lejos de la multitud, Jera volvía a ser la joven servicial de siempre.

—Arreglémoslo, Lágrima —musitó. Lágrima levantó la cabeza, con los párpados apretados para no llorar más.

—¿Cómo? —suplicó. Jera suspiraba. No había pensado en cómo subsanar aquel entuerto. Ni siquiera estaba segura de si aquello era posible a esas alturas de la noche, tal y como había sucedido todo.

—Iremos las dos. Y pediremos perdón en público. No descartes que nos llueva algún castigo, Lágrima. Pero es lo mejor.

A Lágrima se le encogió el estómago sólo de pensar en ello.

—¿Qué clase de castigo crees que...? —preguntó mientras el miedo se apoderaba de ella. Jera no supo responderle.

—No lo sé. Mas créeme: nos castigarán, a las dos.

—¡Pero tú no has hecho nada malo! ¡Sólo yo!

Era cierto. Realmente Jera no había faltado al respeto que la ceremonia merecía. En verdad su llanto y su marcha se habían interpretado como algo típico de una joven despechada, una escena muchas veces vista en anteriores ceremonias del Carnero. Pasada una semana nadie le habría dado más importancia de no ser por lo que había desencadenado. Lágrima en cambio sí daría que hablar, tal vez durante eras y eras se contaría aquella ocasión en que una sacerdotisa recién nombrada renunció a honrar al joven ganador y al rito en sí, resultando de lo más grosera e ingrata delante de todos. De nuevo se vino abajo.

—Vayamos entonces —asumió al fin—, si tardamos más se preocuparán por nosotras. Y será peor.

Las dos jóvenes se levantaron. Jera lo hizo con algo de dificultad, pues decía haberse dañado el pie cuando echó a correr. Era el mismo pie que se había lesionado durante la noche de la prueba, hacía ya más de una luna. Entonces, cogidas del brazo y comenzando a acusar el frío de la madrugada, miraron a su alrededor hasta que lograron orientarse. Al



divisar en la lejanía la luz de la hoguera ceremonial supieron que debían dirigirse allí. Pero apenas se habían desplazado un par de pasos cuando Lágrima sintió una presencia amenazadora y se giró de inmediato. Por lo visto, no había nada allí.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Jera. Pero su amiga no se había percatado. De nuevo Lágrima había presentado antes que nadie lo que estaba a punto de acontecer. Entonces, y antes de que Jera pudiera reaccionar, Lágrima le dio un tirón del brazo y la obligó a correr, palpitándole muy fuerte el corazón.

—¿Qué pasa, Lágrima? ¿Qué es esa cosa?

Era imposible identificar a aquello que las perseguía. Sólo escuchaban el crujir de sus pasos y sus rugidos sordos mientras continuaban corriendo en una carrera frenética. Lágrima tiraba de Jera, agarrándola con fuerza de la mano mientras que ésta, que iba más despacio y le costaba más moverse entre los arbustos, jadeaba de pánico y cansancio. Los rugidos se escuchaban cada vez más cerca y, a juzgar por cómo sonaban, no pertenecían a ningún animal de aquellos bosques.

De pronto un grito desgarrador surgió de la garganta de Jera, que soltó la mano de Lágrima. Aquella bestia inmunda se había lanzado sobre ella y le había mordido el brazo.

—¡Jera! —exclamó Lágrima, avanzando hacia ellos sin saber muy bien cómo defender a su amiga. La criatura se apartó de Jera, que yacía inconsciente sobre el suelo, y se posicionó en frente de Lágrima con intención de hacerle lo mismo. La joven se quedó inmóvil de miedo al ver a aquella bestia: su silueta era humanoide, aunque su cuerpo y sus extremidades parecían estar hechas de madera ponzoñosa y negruzca. Sintió en ese instante que le recorría un escalofrío de repugnancia. El rostro de la criatura era cadavérico y tenía los ojos como dos bolas prendidas de fuego rojo y reluciente. Respiraba fuerte, emitiendo sonidos guturales mientras castañeteaba los dientes, sucios y acabados en puntas.

Aquel demonio, lo que quiera que fuese, se arrojó sobre ella con la velocidad de una fiera salvaje, pero Lágrima lo esquivó sin saber ni cómo, rodando por el suelo. El cuerpo de la bestia chorreaba un líquido espeso, como si sus propios fluidos estuvieran compuestos de cieno, y desprendía el hedor característico de la carne a medio descomponer. Lágrima lo sorteó

dos veces más hasta que se dio cuenta de que tendría que reaccionar si deseaba salir con vida de allí. Además, tenía que poner a salvo a Jera, a menos que fuera ya demasiado tarde.

La criatura estaba famélica y se movía con ferocidad cuando, de repente, Lágrima tuvo una iluminación: se acordó de algo que Vesta le había prohibido. Se acordó del conjuro que la anciana le había enseñado para prender el fuego del hogar. “Es peligroso abusar de la magia del fuego”, le había indicado, “Los espíritus ígneos son muy hermosos y útiles, pero también destructivos, y nunca son de verdad leales a nadie. Úsalos sólo si te encuentras en serios apuros”. El momento había llegado. Sería la segunda vez en su vida que pondría en práctica el conjuro del fuego.

A toda prisa, y mientras se movía de un lado a otro evitando el mordisco letal de aquella fiera, pronunció la invocación y rogó encarecidamente a aquellos espíritus que le concedieran el favor de protegerla. Acto seguido, las palmas de sus manos comenzaron a arder de una manera insoportable para su piel, abriéndole yagas y úlceras. Cuando creía que no podría soportar más el dolor, se liberaron desde ellas sendos látigos flamígeros que arrojó sobre la bestia, haciéndola rabiarse de agonía, calcinándola poco a poco, hasta que dejó de gruñir. Sobrecogida por la potencia de aquella magia y por los aullidos grotescos de la criatura, se cayó de espaldas sobre la tierra, y mientras observaba con terror cómo se terminaba de consumir el repulsivo cuerpo de aquel demonio, apoyó las manos sobre la hierba humedecida por el relente nocturno para aliviar la quemazón que notaba en ellas. Las llamas se fueron apagando y el ser se quedó hecho un bulto oscuro y sin forma.

Cuando la bestia dejó de moverse al fin, en primer lugar Lágrima corrió a comprobar si Jera respiraba. Angustiada apoyó su oído contra el pecho de su amiga. Lo hacía. El corazón todavía latía, pero despacio y con dificultad. Jera se encontraba fría y rígida.

—¡Ayuda! —suplicó Lágrima gritando en la oscuridad del bosque—. ¡Ayuda!

El sonido de muchos pasos llegando deprisa hacia allí la consoló. Agorak el Patriarca y Vesta iban a la cabeza del grupo y, tras ellos dos, Kennaz y el resto de jóvenes que había participado en la cacería del carnero, todos empuñando sus lanzas. Cuando se percataron de la

presencia del demonio corrieron a rodearlo, apuntándole con sus armas. Entonces la anciana se adelantó y escrutó al monstruo con cierta expresión de asombro, aunque todos sabían que no era el primero de aquéllos que veía en su vida. Ni tampoco el primero que se veía en Dórokha. El Patriarca se llevó una mano a la frente con gesto de abatimiento.

—Hacía mucho tiempo que esto no sucedía, ¿verdad? —le preguntó en tono grave. Vesta no le respondió. Con una rama que encontró en el suelo tocó el cuerpo sin vida de la criatura y éste se deshizo por completo, como si estuviese hecho de polvo.

—¿Utilizaste la magia del fuego, Lágrima? —la interrogó la anciana con tono autoritario. La joven tenía miedo de que la reprendiera por eso, pues la maestra parecía furiosa—. ¡Contéstame, Lágrima!

Lágrima tiritaba abrazada a Jera, que seguía allí tirada, como una muñeca rota. Habría deseado un poco de calor y consuelo. Estaba avergonzada por todo lo sucedido y de alguna manera se responsabilizó de lo que le había ocurrido a su mejor amiga. Así pues, miró a la anciana y asintió.

—Eso es lo que deseaba saber —se limitó a contestar su maestra. Lágrima rompió a llorar procurando que no se la oyera. Mientras tanto, notaba cómo Kennaz la miraba de soslayo. No era capaz de volver a dirigirse a él jamás, después de lo sucedido. Luego Vesta se acercó a Jera y la gravedad de las circunstancias se reflejó en su rostro arrugado.

—¡Muchachos, rápido! —ordenó—. ¡Llevala a mi choza! ¡Deprisa! ¡Antes de que se muera!

Aquella última palabra fue un jarro de agua fría para Lágrima. Nunca habría imaginado que Jera podía morir. Había confiado de una manera casi ingenua en que Vesta Antigua llegaría y lo solucionaría todo, así que se quedó inmóvil mientras Kennaz, casi sin esfuerzo, cargó el cuerpo de Jera como había hecho con el carnero no hacía más de una hora. Entonces, presa de una profunda sensación de impotencia, contempló cómo el guerrero aceleraba sus pasos lo justo como para que la vieja sacerdotisa pudiera seguirlo. De pronto, la cálida y enorme mano de otro de los guerreros se apoyó en su hombro. Al volver la cara lo reconoció: era uno de los jóvenes que se había fijado en ella antes, durante la ceremonia.

—Tú también debes ir, Lágrima —le dijo.

—Sí —se sumó el Patriarca—, te acompañaremos. El bosque hoy es peligroso.

Lágrima echó a andar con ellos. Nadie hablaba. A la inexperta sacerdotisa le flaqueaban las piernas y se le cerraban los ojos involuntariamente, haciendo que se tambaleara. Se propuso aguantar firme, pues deseaba velar el lecho de Jera toda la noche. Sin embargo, las emociones vividas, la huida por el bosque y la ejecución de aquel poderoso conjuro de fuego habían devorado hasta la última de sus fuerzas. No podía más. Y tampoco podía con el peso de la culpa. Se desplomó y balbució alguna palabra ininteligible. Lo último que recordó fueron los brazos de aquel joven levantándola del suelo.

## El mercado de esclavos

El ingente imperio mérgalo, dominado por el rey Tarbh de Anshuz, se había expandido como la gangrena por el Continente del Sur. La reciente victoria sobre los umbros, los archienemigos de Mergalia desde tiempos inmemoriales, había enaltecido la moral de los ciudadanos y la imagen de su monarca en todos los rincones del reino. Bueno, en todos excepto en la región de Sarbhork. Esta región, situada al Norte de Mergalia y gobernada por Nuin Demhora, su legítimo terrateniente y señor, sobrino del rey, continuaba dando a Tarbh los mismos problemas que había dado a su antecesor, su hermanastro Dagus.

Las gentes de Sarbhork acataban fervientemente los mandatos y la política de Nuin. Todos sus vasallos se sentían fieles a éste. En aquellas tierras prósperas los más allegados a la familia Demhora, sus pajes, sirvientes y soldados, habían cambiado el emblema de las astas de ciervo por el caballo de batalla negro. Y esto, obviamente, solía colmar la paciencia del rey Tarbh, que no lograba nada de esas gentes si no era por intermediación de su sobrino, el cacique de Sarbhork, como se le llamaba por allí.

Tanto era así que por en medio de la ciudadela de Mergalia era fácil ver cruzarse a caballeros vestidos de rojo y plata, como los Anshuz, con otros que lo hacían en oro y negro, los colores de la familia Demhora. Los guerreros de Tarbh conservaban aquel toque bárbaro de siempre mientras que los de Nuin eran, con diferencia, más caballerosos y cultos. Incluso cuando se escuchaba una conversación callejera entre plebeyos, se adivinaba que los de Sarbhork poseían un acento mejor articulado y una dicción más cuidada. Y los mérgalos de pura cepa no podían dejar de atisbar en esas distinciones un brote independentista que los enfurecía.

Siendo así, durante una mañana cualquiera con el cielo algo menos despejado de lo que se puede desear para una jornada de mercado, viandantes de unas y otras comarcas de Mergalia, con sus semejanzas y sus diferencias, transitaban las calles del feudo, abarrotadas de mercaderes y mercancías, a los pies de la fortaleza del rey Tarbh. En las últimas eras la

ciudadela había avanzado mucho en cuestiones económicas y en ella se vendían o trocaban artículos innovadores llegados de tierras muy lejanas y exóticas. Pero, por desgracia, el negocio que había revolucionado la vida de los ciudadanos de mejor posición era el de los esclavistas. Grandes carretas con esclavos hacinados desfilaban todas las semanas por aquellos lugares, exhibiéndolos como ganado. Sin embargo, éstos no eran humanos. Se trataba de duendes oscuros, la escoria social, los mestizos, la abominación resultante de la unión de un *féero* y un humano, aunque sin la magia de los primeros ni la dignidad de los segundos.

Los mercaderes de esclavos solían reunirse junto a la parte Oeste de la muralla y allí exponían sin ningún tipo de vergüenza sus nuevas adquisiciones: mujeres en edad fértil, doncellas seleccionadas por su belleza, niños sin lesiones y hombres fuertes, capaces de soportar los más duros trabajos físicos.

Un vendedor rechoncho y con la cara marcada por cicatrices de alguna enfermedad infecciosa ya superada había abierto esa mañana la venta. Lo llamaban Vyperus Lengua Larga y exhibía su mercancía en crueles jaulas de madera en las que los duendes oscuros apenas podían girarse entre sus compañeros de cautiverio. Vestidos con la abochornante túnica blanca y raída que ilustraba su bajo estatus, los recién llegados tenían lágrimas en los ojos o una furiosa expresión de impotencia, mientras que los veteranos miraban con perplejidad a través de sus cárceles ambulantes.

De pronto, un hombre vestido con un atuendo pardo y la cara enmascarada se acercó. Se trataba de un sacerdote del templo de la colina que llevaba, como correspondía a su oficio, la tradicional máscara blanca que algún tiempo atrás se había adoptado como costumbre entre los de su colectivo. El sacerdote llevaba a un muchacho a rastras, atado por las manos con una cuerda. Era su esclavo. Vyperus lo miró con repugnancia y después se dirigió al sacerdote, bastante más cortés.

—¿Deseáis un esclavo adecuado para vuestras labores sacerdotales?  
—comenzó, haciendo alarde de su don de gentes. Su forma de hablar delató que era extranjero.

—No estoy seguro —respondió el sacerdote con parquedad—, más bien necesito deshacerme de este inútil. Y me preguntaba si hoy en el mercado podría hacer buen negocio con él.

El rostro sudoroso del mercader expresó su disconformidad. Sin embargo, sujetaría con prudencia su lengua hasta salirse con la suya. Escrutó al joven esclavo con desagrado: era un duende oscuro, aunque de tez blanca. Algo poco usual por aquella zona, pues sus duendes oscuros procedían de Umbra y, por tanto, solían tener la piel tostada como el café. A pesar de aquella particularidad, no le veía más ventajas. Era un varón muy joven, de unas diecisiete eras de edad, con el cabello del color intenso de la miel de roble y las orejas largas de sus ancestros feéricos. Sus ojos, castaños y pequeños, denotaban audacia y confianza en sí mismo, pero precisamente por eso Vyperus supo en seguida que no deseaba más adolescentes rebeldes entre sus esclavos.

–En lugar de deshaceros de vuestro esclavo –comenzó, adulator–, tal vez necesitéis haceros con otro más. Así compartirán el peso del trabajo. Aunque, pensándolo mejor... ¡Ya sé! Llevaos una hembra. Una jovencita para vuestro indómito mozo. Su carácter mejorará, ya lo creo...

Un atisbo de lascivia cruzó los ruines ojos del mercader, que se giró a elegir alguna entre las muchachas más jóvenes, que estaban muertas de miedo. No obstante, el sacerdote lo detuvo poniéndole una mano en el hombro. “Vaya –pensó Lengua Larga–, un testarudo. Empezamos bien”.

–No, no quiero otro esclavo. Ni esclava. No, señor. Si tienen descendencia será mi perdición. El rey no nos paga tanto como para mantener a una familia de alimañas como la que podría engendrar este ejemplar. ¡Estate quieto de una vez!

El sacerdote dio un violento tirón a la cuerda y el joven esclavo tropezó sobre un charco de fango, salpicando al mercader, que contuvo con educación varios improperios. Su obstinado cliente no parecía dispuesto a negociar y comenzaban a llegar otros interesados, así que tenía que quitárselo de encima cuanto antes.

–Sacerdote –insistió–, no tengo por costumbre comprar esclavos domésticos a gente de a pie. Y mucho menos de readmitir a uno que ha salido problemático. Me temo que no puedo aceptar el trato. ¿Por qué no volvéis en un par de horas? Dentro de poco llegarán más mercaderes como yo. Tal vez podáis volver a intentarlo.

El sacerdote resopló con indignación y dio una patada al suelo mientras su joven esclavo miraba las jaulas. Era muy curioso, pues lo cierto

es que no había temor alguno en su gesto.

–¡Pues quédatelo! –gruñó el clérigo. Vyperus se quedó boquiabierto.

–¿Habláis en serio?

–¡Oh, sí! Ya me da igual. No creo que saque mucho por este rufián, así que me doy por pagado si sólo tienes la bondad de agregarlo a tu mercancía.

El mercader volvió a mirar al joven. Dudó. No le gustaban los muchachos como aquél. Los conocía bien. Su edad los dotaba de fuerza y osadía, y sólo se los apaciguaba echando mano del látigo. Pero su reputación se vería afectada si seguía contradiciendo a un sacerdote del reino. Al fin y al cabo, si aceptaba aquel trato no perdería dinero y siempre podría darlo a otros mercaderes después, otros que, a diferencia de él, solían traficar con hombres destinados a terminar como remeros o mineros, dos de los oficios más duros que se conocían.

–Bien, sacerdote. Si tanto insistís... Me quedo al chico. Me alegra así poder libraros de él. ¿Cómo se llama?

–*Tú* –se limitó a decir el clérigo mirando con desprecio al muchacho.

–No os entiendo, ¿qué nombre tiene?

–Ya te lo he dicho –prosiguió el sacerdote con un deje de impaciencia–. *Tú*. “*Tú*, haz esto. *Tú*, haz lo otro”. Siempre ha respondido a esa llamada. ¿Para qué ponerle un nombre? Sí, una vez me dijeron su nombre legítimo, pero era una rareza foránea.

El muchacho no protestaba pese al asombro de Lengua Larga. Le había parecido en un principio más insumiso de lo que esperaba. Ahora simplemente se daba cuenta de que el sacerdote no se había ganado su respeto. Eso era todo. A mucha gente que compraba esclavos le sucedía.

–Bueno, le pondré un nombre para revenderlo. A los propietarios les gusta que lo tengan. ¿Sabéis qué? Hubo una vez una dama que rechazó una esclava doméstica porque se llamaba igual que su suegra. ¿Verdad que es increíble?

El mercader se rio de su propio chiste mientras el sacerdote le ponía en las manos la cuerda con que tenía atado al joven. El muchacho ahora parecía tan dócil como un perrillo faldero y Vyperus se regocijó para sus adentros. Parecía que el día no había comenzado tan mal.

Feliz y resuelto, introdujo al joven en una enorme jaula donde se



hallaban tres duendes oscuros adultos. Todos ellos, al parecer, habían sido guerreros antes de convertirse en esclavos. Ahora estaban desarmados, heridos, humillados y sumidos en la más profunda desesperación, sobre todo uno que estaba agazapado en el suelo. Rondaba la cincuentena y la musculatura de su cuerpo evidenciaba el entrenamiento físico de toda una vida. Incluso en medio de sus calamidades era apuesto todavía, y sus ojos exóticos de color verde oliva estaban perdidos lejos de allí en el tiempo, en tiempos mejores. Su mirada realzaba el fuerte tono bronceado de su piel, y sobre su rostro, cubierto por una barba negra y ensortijada, vetada de canas, había evidentes rastros de violencia, entre ellos la marca de los esclavos: una cicatriz con forma de herradura en el pómulo derecho, marcada a fuego y hierro. De repente, el muchacho del sacerdote se sentó en el suelo, junto a él.

—¿Sois Ailim, el rey de Umbra? —susurró para que nadie pudiera oírlos. El esclavo levantó la cara, impresionado, y se fijó en el joven con desconfianza. Luego volvió a su estado de desidia. No tenía ya nada que perder.

—¿Cómo sabes mi nombre, muchacho? —respondió con la voz enronquecida. Hacía mucho tiempo que nadie lo llamaba *rey*. Tres meses después de perder su reino y todo lo que tenía, tan sólo era un despojo social. Y todavía daba gracias por no haber caído en las garras de un traficante peor.

—Mi madre me lo ha dicho.

—Y, ¿quién es tu madre, si puede saberse?

—¡Callaos, alimañas del infierno! —bramó Vyperus Lengua Larga al ver que murmuraban—. ¡Tengo el látigo a mano! ¡Si seguís hablando lo utilizaré!

El muchacho obedeció y también Ailim que, todavía contrariado, estudió con detenimiento la cara de aquel joven duende. Nunca se había cruzado con él, pero le recordaba tanto a alguien...

—Soy Jórak —se presentó el joven, guiñándole un ojo—. Jórak de los Pantanos. Aunque todos por aquí me conocen como Jórak el Mestizo.

Mientras tanto, el sacerdote todavía no se había marchado. Habían llegado más compradores y curiosos y el mercader comenzaba a estar ocupado. Muy a su pesar, el sacerdote volvió a molestarlo y, esbozando la mejor de sus sonrisas en su rostro grotesco y torcido, Vyperus se acercó a

él con un fingido tono servicial.

—¿Qué puedo hacer ahora por vos?

—Mira esto —le dijo el sacerdote extrayendo de su bolsillo un puñado de monedas de diferentes valores—. El otro día me dieron esta moneda en la lechería. Tiene un caballo de batalla grabado. ¿Acaso en Sarbhork utilizan sus propias monedas?

Lengua Larga resopló de impaciencia. No le importaba lo más mínimo que hubieran podido dar a aquel viejo sacerdote enmascarado una moneda falsa. Pero claro, era un sacerdote del rey. Debía parecer cortés, así que tomó la moneda con sus zompos dedos y la miró entrecerrando los ojos.

—Yo diría que son las astas de un ciervo, viejo.

—¿Las astas de un ciervo? —se sorprendió el sacerdote—. Pues sí que he perdido vista. Y, ¿qué me dices de esta otra? Vyperus comenzaba a ponerse nervioso, sus vastas mejillas picadas de cicatrices se iban tornando rojas. De pronto llegó otro carro, bastante más pequeño que el suyo y que albergaba, a lo sumo, a seis esclavos. Se trataba de otro mercader.

—Disculpadme, sacerdote. Tengo cosas que hacer. ¡Eh! —llamó la atención al vendedor que acababa de llegar—. ¡Adelanta tu carro un poco, o los compradores no podrán pasar!

El conductor del carro asomó la cabeza ante aquella alusión tan poco amable. Era una mujer ya entrada en edad, aunque parecía disfrutar de muy buena salud, tal y como dirigía a los caballos y a su carro. Tenía el cabello plateado, recogido bajo un manto de lana.

—¡Oh, no! —se exasperó Lengua Larga volviéndose hacia el sacerdote—. Encima es una mujer. ¡Eh, no puedes dejar ahí tu carro!

—¿Me dices a mí? —respondió ella, dándose por aludida y nada dispuesta a dejarse intimidar.

—¡Sí! —continuó el mercader haciendo alarde de sus más burdos modales—. ¡No puedes dejar ahí tu carro!

—¿Cómo? —replicó ella sin perder la calma. Desde luego, y aunque fuera otra traficante de esclavos, no era de la misma calaña que aquel increpante.

Mientras los dos mercaderes discutían sin llegar a ningún acuerdo, el

sacerdote continuaba delante de la jaula en la que habían metido al muchacho del que deseaba deshacerse. Embebido en contar y comprobar las monedas que había en la palma de su mano, cubierta por un guante de cuero, se apoyaba cerca del cerrojo de la jaula de esclavos en tanto que, con la mano que le quedaba libre, entregaba disimuladamente al joven Jórak la llave que lo abriría. El mercader ni siquiera se había dado cuenta de en qué momento se la habían arrebatado.

—¡Está bien! —resolvió la vendedora del cabello plateado—. ¡Moveré mi carro! ¡Pero deja ya de gritar!

—¡Eso! ¡Y date prisa! ¡Tengo clientes esperándome!

Un hombre alto y robusto, de espalda ancha como la de un buey, ojeaba la jaula de las esclavas. Una barba oscura y peluda contrastaba con su pálida piel. El posible comprador iba bien vestido, con una capa nueva y bien acabada de color marrón, así que Vyperus fue corriendo a atenderlo para no perder la oportunidad.

—¿Necesitáis un ama de cría para ayudar a vuestra esposa? —comenzó educadamente—. Tengo una esclava que acaba de dar a luz. Claro, tendríais que llevárosla a ella y a la criatura. Sólo subirá un poco el precio, pero os saldría más caro tener que adquirir otro esclavo en el futuro. Y no vais a separar a una madre de su hijo, ¿verdad?

Aquel nuevo cliente era bastante más joven de lo que Vyperus se había imaginado, aunque su complexión y su barba le habían hecho pensar que se trataba de todo un señor. “Mejor así —pensó Lengua Larga—, tendrá hijos pequeños y éstos necesitan mucha atención”.

—¡Oh, creo que me llevaré varias! Tenemos un caserón grande lleno de niños revoltosos. Hay mucho trabajo, sobre todo en las cocinas.

—¡Maravilloso! —expresó el mercader frotándose las manos. Aquél era un pez gordo. Sí, la mañana estaba resultando de lo más próspera, quitando el incidente de la vendedora que, de la forma más aparatosa posible, trasladaba su carro al otro lado de la plaza, pasando por delante del puesto del mercader con dificultad. Éste se apartó de su camino, visiblemente molesto, pues el sacerdote y el pez gordo quedaron durante un instante detrás del carro, junto a las jaulas, y no podía verlos.

—¿No puedes hacerlo más rápido? —protestó de nuevo. Los caballos de la vendedora, dos percherones de color cerveza, se movían con lentitud,

reculando una y otra vez para sacar las ruedas del carro de entre los charcos fangosos del suelo mientras Vyperus resoplaba—. ¡Déjame a mí, mujer!

La vendedora lo miró, decidida a permitirse. No parecía ofendida. En sus ojos de color azul grisáceo brilló un destello astuto. Luego, con una sonrisa le mostró las riendas y el mercader se subió al carro, quitándose las con aires de suficiencia.

—Permíteme, mujer. Estoy acostumbrado a mover un carro mucho más grande que éste todos los días, y con mercancía viva, además.

—Gracias —respondió ella—, eres muy amable. En realidad es la primera vez que vengo a Mergalia, aunque conozco el oficio bien.

—¿Es que no tienes un marido que haga esto en tu lugar?

—Soy viuda desde hace eras.

—Vaya... Mis condolencias, señora.

El mercader continuó trasladando el carro de la vendedora, satisfecho al demostrar su maestría en el manejo del mismo, cuando de pronto se escuchó un impacto, como si algo se hubiese caído al suelo.

—¡Se ha caído uno de los fardos! —se alarmó ella—. ¡Voy a ver lo que ha pasado!

—Ve tranquila —resolvió Vyperus comenzando a encauzar el carro—, yo terminaré con esto.

La vendedora se bajó en seguida de allí para saber qué había sucedido con su carga mientras Vyperus terminaba su tarea. A pesar de su edad, esa mujer caminaba con mucha agilidad. “A veces soy tan bueno que peco de estúpido —pensó Lengua Larga—, ya me lo decía mi abuela”.

El esperpéntico mercader logró al final arrinconar aquel carro en una esquina de la plaza.

—¡Ya está, mujer! —exclamó mientras ataba las riendas de los caballos a un tocón de piedra—. Y procura alimentar un poco mejor a tus caballos, están demasiado...

Silencio. La vendedora del cabello plateado había desaparecido. Y también el sacerdote enmascarado y el pez gordo de la barba peluda y, para la desgracia de Vyperus, todos sus esclavos. Las jaulas estaban vacías. Se palpó el cinturón ceñido bajo su barrigón abultado, descubriendo que las llaves ya no estaban allí y que su enorme carro se alejaba rápidamente por el paso para caballos, atravesando sin contratiempos las grandes puertas

de la muralla de la fortaleza, sobre las cuales colgaban, desde tiempos ancestrales, las cabezas de todos los grandes reyes, líderes y jefes derrotados por los mérgalos en su proceso de expansión.

—¡Guardias! —gritó el mercader montando en cólera. Los ciudadanos lo miraban atónitos sin comprender muy bien qué acababa de ocurrir. De pronto, una pareja de soldados mérgalos, vestidos de rojo y plata y cubiertos con capas de piel de animal, se acercaron a él.

—¡Detened a aquellos ladrones! —suplicaba Vyperus.

—¿Ladrones? —se extrañó uno de los soldados con su tosco acento—. Sólo hemos visto un carro de esclavos.

—¡Ése es mi carro! ¡Se lo han llevado con toda mi mercancía!

Los soldados se miraron entre sí, como si les costara procesar lo que el mercader acababa de decirles. De pronto reaccionaron, dando un respingo, y echaron a correr para avisar a los demás.

Entretanto, la vendedora del cabello plateado dirigía aquel enorme carro, tirado por cuatro caballos, con la ayuda del pez gordo en una carrera frenética en dirección a los bosques.

## Jórak el Mestizo

—¡Nos siguen! —gritó Jórak, el joven duende oscuro, asomándose por encima del techado—. ¡Corre más, Dyala!

Dyala Agua de Plata, aquella sacerdotisa clarividente que en otro tiempo había pertenecido al consejo de los Sabios de las Cumbres, agitaba las riendas, muy atenta al camino.

—¡Llevamos mucha carga! —respondió, preocupada—. ¡Lanzadles algo desde ahí!

Jórak el Mestizo asintió con una expresión pícaro, pues le encantaba increpar a la guardia. El sacerdote enmascarado, junto a él, se alzó sobre el techado. Llevaba una antorcha en una mano y la utilizó para prender fuego a un proyectil: se trataba de una bola de paja y resina. Cuando un primer soldado se acercó demasiado a ellos, se la lanzó con éxito. Luego Jórak, imitándolo, hizo lo mismo y profirió una carcajada triunfal mientras se burlaba de ellos. El pez gordo, que no era otro que Sail Cernícalo, aquel joven sacerdote que en su momento sobrevivió a los mérgalos en la masacre de las Cumbres, lanzaba piedras desde su posición, acertando a dar de lleno a los yelmos de aquellos soldados, que se caían de sus caballos mientras la cabeza les daba vueltas. Y en el interior del carro, el rey Ailim de Umbra y otros duendes oscuros que acababan de ser rescatados se defendían de la guardia mérgala como mejor podían, lanzándoles ramas, útiles de hierro, toneles vacíos y llenos, sacos de grano incinerados y todo cuanto pudieron encontrar. Los soldados los perseguían, desesperados, coléricos, recibiendo el impacto de aquellos objetos que, dadas las circunstancias, se habían convertido en las únicas armas de los fugitivos.

—¡Eh, soldados! —los provocaba Jórak—. ¡Menuda cara de idiotas!

De repente Dyala penetró en una zona pedregosa y el carro dio un ligero brinco. Jórak, que alardeaba de su buen equilibrio viajando de pie sobre el techo del carro, se tropezó, emitiendo un grito, pero la fuerte y bronceína mano de Ailim lo sujetó a tiempo de que se cayera.

—¡No te sueltes, muchacho! —le dijo.

El monarca destronado se unió a Jórak y al sacerdote enmascarado

para continuar arrojando objetos con fuego a sus persecutores, y cabe decir que su puntería era loablemente buena. Se notaba que había librado batallas. El número de soldados que les querían dar caza se fue reduciendo a lo largo de aquella estrepitosa carrera hasta que sólo quedaron dos de ellos, que espoleaban a sus caballos sin dejar de insultar a los fugitivos de todas las maneras aprendidas. Entonces, de la parte trasera del carro cayó un enorme barril rodando. Éste sí iba lleno a rebosar y, gracias a su peso, derribó a uno de los mérgalos y a su pobre caballo. Sólo quedaba uno, obstinado y fiero, tratando de romper una de las ruedas traseras con su lanza.

Entonces el rostro delicado de una duende adulta, con el cabello rubio pálido ondeando con el viento de la veloz carrera, apareció bajo la lona del carro. Aquella duende sopló un puñado de harina sobre la cara del soldado que, cegado momentáneamente, le arrojó un insulto más mientras se limpiaba los ojos con las manos, deteniendo a su rocín para no estrellarse contra un árbol. Acto seguido, Jórak el Mestizo le lanzó una herradura a la cabeza y el soldado quedó fuera de combate.

—¡Lo logramos! —gritó el joven alzando las manos en señal de júbilo.

Dyala Agua de Plata continuó guiando el carro por senderos cada vez más abruptos, durante un largo rato, hasta que consiguió adentrarse en el bosque. Allí, entre la tupida maleza, no había cabida para un carro tirado por cuatro caballos. Entonces lo detuvo.

—¡Rápido! —ordenó—. ¡Todos abajo! ¡Tenemos que huir hacia el bosque antes de que vuelvan!

Sail y Dyala liberaron a los caballos mientras Jórak, Ailim y el sacerdote enmascarado ayudaban a los esclavos a apearse del carro. Cuando todos estuvieron fuera del vehículo, bajó la última componente de aquella extraña tripulación: la duende que había cegado al último soldado. Su tez nívea apenas había acusado el paso del tiempo. Por el contrario, la edad adulta tan sólo la había vuelto más delicada y femenina. Ailim la reconoció en seguida, pero le avergonzó que lo viese vestido como un esclavo. Al fin y al cabo, ella era la duende a la que él había pedido matrimonio en una ocasión, hacía dieciocho eras.

—¡Jórak de los Pantanos! —exclamó, furibunda—. ¡Hijo mío, podrías haberte matado! ¡Y tú, Ruis, deberías ser más responsable con él en lugar

de incitarlo a cometer esas locuras!

Aruna se había posado frente ellos, desafiante, con las manos en las caderas. Ruis de Umbra, el Sabio, quitándose la máscara y retirándose la capucha de sacerdote, parecía resignado. Su barba ahora blanca contrastaba llamativamente con el color café de su piel. Era, sin duda, el más viejo del grupo, aunque sus ojos felinos conservaban aquel toque audaz del guerrero que fue en su día y su cuerpo se erguía como el de un jovencuelo pese a los achaques propios de la edad. Ante la indignación de la duende Aruna, no pudo sino reírse.

—Aruna, deja al muchacho un poco. Lo mimas demasiado. Yo participé en mi primera batalla cuando sólo contaba un par de eras más que él.

Pero Aruna seguía enfadada. Mucho. Tanto era así que el joven Jórak, aunque daba la razón a Ruis asintiendo con la cabeza, no se atrevió a replicar en presencia de su madre.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es subir al techado de un carro en plena carrera, Ruis? ¿Y si Jórak se hubiera caído? —la duende mudó su gesto y, con aire protector, se abalanzó sobre su hijo, quien ya le sacaba una cabeza—. Hijo mío, ¿estás bien?

El Mestizo, algo incómodo, no pudo sino devolverle el abrazo con una sonrisa forzada. Al verlos, Ruis resopló.

—Por favor, Aruna —farfulló—, tu hijo tiene pelos en la cara desde hace dos eras.

—Di lo que quieras, pero siempre será mi hijo. ¡Oh, Jórak! Parecías un esclavo de verdad... Me he imaginado cosas terribles al verte así...

—Madre, deja de preocuparte —le dijo el joven duende oscuro, en actitud conciliadora—. El plan era perfecto. Nada podía pasarme.

—Pues claro, Aruna —se sumó Ruis—. Te encuentro un poco agitada hoy.

—¿Agitada? —preguntó, con una mirada amenazadora. Sus mejillas se veían más sonrosadas de lo normal tras tantas tensiones. Entonces, hecha una furia, prosiguió—: Y, ¿cómo querías que estuviese? Sobre todo al ver cómo lo arrastrabas con esa cuerda que le ataba las manos. Podrías haberlo hecho con más cuidado.

—Pero, madre —intervino Jórak defendiendo al viejo—, tenía que



parecer real. Si no, el mercader habría sospechado desde el principio que ocurría algo extraño.

De pronto, Dyala los mandó callar a todos. Con un dedo en los labios y mirando a todas partes, hizo un ademán con la cabeza instando a todos a caminar.

–Silencio... –susurró–. Es muy poco cauto que nos quedemos aquí discutiendo cuando medio centenar de soldados mérgalos nos busca. Debemos irnos, pero antes os contaremos algo.

Los esclavos liberados miraban a la Sabia desconcertados por completo, dudando todavía de si podían confiar en ella o, por el contrario, era en verdad una traficante de esclavos tal y como la habían visto aparecer en el mercado. Había varios hombres de edades parecidas a las de Ailim, aunque sobre todo abundaban las mujeres: niñas, muchachas, madres con sus criaturas pegadas al pecho y un par de ancianas.

–Ahora sois libres –anunció Dyala–. Podéis huir donde consideréis mejor o seguirnos hasta los bosques de Árguembhork. Los grandes jefes feéricos han abierto las puertas de sus aldeas como refugio a todos los duendes oscuros tras la caída de Umbra. Es lo máximo que pueden hacer por la alianza ya que, mal que nos pese, a estas alturas es imposible para el pueblo feérico combatir al ejército mérgalo.

Los duendes oscuros continuaban en silencio, incluso Ailim, que no había abierto la boca aún ni parecía tener ganas de hacerlo. En realidad no parecía tener ganas de nada, aunque, por ironías de la vida, todos los recién liberados lo miraban a él, a la espera de una decisión. Al fin y al cabo, degradado o no, para ellos continuaba siendo su rey. A Aruna le admiró profundamente el respeto que las gentes de Umbra seguían profesando hacia su monarca, que ya ni siquiera iba armado sino vestido con la vergonzosa túnica blanca de la clase esclava y marcado con la herradura en el pómulo derecho. En el fondo de sus ojos existía una melancolía tan grande que parecía ir a matarlo, y la duende, sin poder evitarlo, se compadeció de él.

–Es un honor que Árguembhork nos acoja –comenzó. Todavía hablaba como un diplomático. Luego, se dirigió a los duendes oscuros–. Allí estaréis bien, amigos míos. En cuanto a mí, no tengo nada que ofrecer a cambio de tanta hospitalidad. Me temo que antes prefiero morir de

miseria remando en las galeras a aceptar este favor que tan poco merezco.

Sus súbditos lo miraron, estupefactos. También lo hizo Aruna, contrariada al escuchar su decisión. Pero, ¿en qué diablos estaba pensando? Ni siquiera sumido en la más denigrante perdición se disponía a aceptar que le salvaran la vida si no podía corresponder a ello. Así era como lo habían educado.

—¿Es que eres idiota, sobrino? —espetó Ruis de Umbra para sorpresa de todos los oyentes. Nadie habría insultado al rey de Umbra, nadie... excepto su tío, uno de los antiguos Sabios de las Cumbres. Ailim lo miró con mucho respeto mientras Ruis se adelantaba hacia él—. ¿Es que vas a dejar que esos mérgalos se salgan con la suya sin más?

Ailim estalló por dentro ante las palabras de su tío, tan áspero y poco considerado en ocasiones. Su rostro bronceado encarnó en un momento la peor ira que se hubiera visto jamás en un duende oscuro y hasta se le hincharon las venas del cuello.

—¿*Sin más?* ¿Insinúas que les he permitido adueñarse de mi reino y asesinar a mi hermano, a mi esposa y a mis hijos *sin más?* ¿Te crees que no hice todo lo posible por evitarlo, Ruis?

Ailim de Umbra, henchido de rabia, dio una patada tan fuerte a una de las ruedas del carro que partió los radios en varios trozos y la desencajó de su eje. Probablemente ninguno de los presentes había visto jamás a Ailim enfurecido de aquella manera. Había sido diplomático desde su más temprana juventud y siempre había mediado con el máximo decoro las situaciones más polémicas entre su reino y el resto de regiones. Ailim siempre se mostraba educado y comedido. Sin embargo, su propio destino lo había superado. No podía más. De él sólo quedaba un hombre desgraciado y fracasado cuya máxima aspiración era la muerte. El Sabio, a pesar de la franqueza que lo caracterizaba, no fue capaz de continuar. Entonces Aruna se acercó a Ailim, con suavidad. Era otro tipo de lenguaje el que el monarca destronado necesitaba en momentos como aquél.

—Al menos, acompaña a tus súbditos —le sugirió sin levantar apenas la voz—, aunque sea la última vez que lo hagas. Y luego, si todavía lo deseas, márchate.

Ailim se apaciguó ante su presencia. Aún recordaba los días en que Aruna vivió bajo el techo de su hogar, protegida en el castillo umbro, así

como su dulzura y su candidez. Eso tampoco había cambiado en ella, a pesar de las penurias de la vida. El rostro de la duende rebosaba paz. Su melena pálida se derramaba ahora sobre sus hombros y el monarca apreció que vestía la misma túnica de color azul oscuro que había tomado prestada en su juventud en el castillo de sus ancestros, cuando ellos la acogieron para salvarla de Dagus de Anshuz, el antiguo tirano mérgalo. La diferencia era que esa misma túnica ahora le sentaba mejor. Sin duda, la madurez y la maternidad la habían favorecido mucho. Entonces, el rey de Umbra se sintió persuadido por su tenue voz y miró a su alrededor.

Ruis, Dyala, Sail... Habían sobrevivido a terribles catástrofes en el pasado, a masacres incluso. De hecho, Ruis también perdió en una ocasión a alguien demasiado importante para él. Aruna, en concreto, la muchacha desvalida que un día llegó a su castillo sacudida por un sino injusto, había sacado adelante al hijo de su torturador. Y ese hijo, Jórak el Mestizo, permanecía allí, tenaz y lleno de coraje, sin miedo en la mirada ni sombras en el corazón. Ailim reflexionó: si todos aquéllos habían dado una segunda oportunidad a la vida, quizás también podría hacerlo él. “O quizás no”, dudó.

—Acompañaré a mis súbditos —declaró al fin con la voz grave y la mirada impenetrable—, pero sólo hasta ponerlos a salvo. Es lo mínimo que puede hacer un rey por un pueblo al que no ha sabido defender.

Nadie habló. Hubo cruces de miradas, pero nadie, ni siquiera Ruis, se atrevió a contradecir a Ailim. Así se haría pues.

—Vámonos —los apremió Dyala—, venga. Cuando antes lleguemos, antes estaremos a salvo. Allí se os dará alimento y bebida, mas ahora no podemos detenernos. Los mérgalos a los que atacamos ya deben de haber dado la voz de alarma.

Dyala Agua de Plata tenía toda la razón. Era necesario que se adentrasen cuanto antes en las profundidades del bosque. Así que todos echaron a caminar. Ruis iba a la cabeza, junto a Dyala, su mujer. Sail Cernícalo asistía a una anciana que caminaba con dificultades mientras Jórak el Mestizo se mantenía cerca de su madre. Ailim marchaba en último lugar, cabizbajo y casi arrastrando los pies. Sin embargo Aruna, que se dio cuenta, lo esperó y se puso a su lado. Le sonrió.

—Así que éste es tu muchacho —le dijo el monarca para romper el

hielo. Aruna sabía que no le apetecía hablar, pero lo habían adiestrado para resultar espléndido ante los demás incluso aunque se le estuviesen retorciendo las entrañas de dolor. Eso en él no había cambiado. Así pues, la duende asintió—. Es sagaz y decidido. Sería un buen caballero.

—No puedo quejarme, es un hijo excelente —añadió ella mirando con orgullo al joven duende oscuro. Jórak el Mestizo había heredado la fortaleza física de sus ancestros humanos, los Anshuz, y también su mirada, de color avellana, aunque ésta era serena y noble como la de su tío paterno, el Primer Eterno.

—Pensaba que estaríais en las Cumbres, Aruna, que Jórak se convertiría en sacerdote y luego en Sabio. En cambio, os encuentro encabezando una rebelión social a través de la picaresca. ¿Qué os ha movido a aparecer en las ciudades del reino mérgalo a escondidas para boicotear a la autoridad?

—Todo fue idea de Jórak —resolvió Aruna. Era feliz por la osadía de su vástago y su gran sentido de la justicia, aunque no podía disimular su eterno temor materno a que un día el muchacho fuese descubierto y castigado por la ley.

—¿Jórak? —se sorprendió Ailim—. Si es muy joven. ¿Cómo es posible?

El rey de Umbra de pronto recordó aquella antigua profecía, el motivo por el que protegió a Aruna en su momento de las garras del tirano Dagus. En ésta se contaba que el hijo resultante de aquella unión accidentada sería el motor de una revolución que terminaría con el régimen de Mergalia. Y, efectivamente, comenzaba a comprobar que aquellos vaticinios se cumplían.

—Jórak se ha criado en las Cumbres conmigo, y también con Ruis, con Dyala y con Sail. Ellos le han dado una educación rebosante de sabiduría y Ruis, además, le ha enseñado el arte de la lucha. En ningún sitio ha podido crecer mejor. Sin embargo, cuando Jórak cumplió catorce eras nos reuní a todos una noche. Nos llegaban noticias del exterior a través de mi familia de Árguembhork y de los aldeanos de los alrededores. Conocíamos la tiranía de la corona mérgala, su expansión, y sabíamos que el rey Tarbh sometía a otros pueblos cada día que pasaba. Por ese motivo, Jórak nos expresó su deseo de abandonar las Cumbres y actuar para ayudar a los que sufrían esa situación.

–¿Y se marchó? –preguntó Ailim. Un par de metros por delante de él Jórak tomaba en sus brazos a una niña cansada. En todos sus actos existía bondad y entrega. En ese momento, el joven comenzó a jugar con la niña y ésta se rio.

–Nos marchamos todos con él –respondió Aruna. Ailim se quedó todavía más contrariado.

–Pero entonces, ¿quién hay en las Cumbres ahora?

La duende negó con la cabeza.

–Ya no hay nadie allí. Jórak nos hizo entender que desde las Cumbres no podríamos hacer nada por las víctimas de la tiranía. Y tenía toda la razón: Dyala no ha vuelto a recuperar su don para la clarividencia, Ruis rompió sus votos en la última batalla que libró, ya no es considerado sacerdote. Y Sail cree que los dones que le ha brindado la Gran Madre deben ser compartidos y utilizados por los demás, más allá de las Cumbres. Allí ya no vive nadie. Es un paraíso. Pero no podemos quedarnos en él mientras tanta gente inocente sufre. Así que todos decidimos seguir a Jórak.

Ailim esbozó una sonrisa al mirar al muchacho. Era en verdad algo muy grande que alguien tan joven pudiera virar con tanta fuerza la dirección del destino de otros, sobre todo por una causa justa y noble.

–¿Así que sois vosotros los que causáis estragos en el orden del reino? –inquirió.

–Sí. Lo somos.

–Durante las últimas lunas he oído hablar mucho de vosotros por las callejuelas de Mergalia, sobre todo del Mestizo, aunque nunca imaginé que fuera tu hijo. La gente comenta cómo saboteáis a la autoridad para liberar esclavos y salvar de la horca a presos cuyo crimen no fue más que protestar en contra del régimen. Pero jamás imaginé que la mismísima Aruna de los Pantanos estaría implicada.

Aruna se rio, algo más distendida que al principio. Después entrecruzaron una mirada. Una mirada de viejos amigos que deseaban volver a saber el uno del otro. La duende dirigió sus lánguidos ojos hacia el frente y también lo hizo Ailim, para romper aquel momento de quietud.

–Así que ahora eres una rebelde...

–Mí hijo tiene la culpa –explicó ella–. Yo jamás me habría atrevido.

Pero Jórak... Él causa ese efecto en los demás. Extrae el valor que todos tenemos escondido en algún lugar de nosotros.

Aruna no se equivocaba. Eso mismo fue lo que le había pasado a Ailim cuando Jórak entró en la jaula de esclavos y se sentó a su lado. No sabía si fueron los ojos castaños de aquel duende oscuro o su voz o sus palabras llenas de firmeza. Realmente el muchacho había encendido en él una llama que hacía tiempo se apagó, cuando lo perdió todo. Le había apetecido levantarse, escapar, salvar al resto, y lo hizo. Si no, no estaría en esos momentos caminando junto a Aruna por el bosque. Sin embargo, su orgullo y su honor eran mayores, y no, no podía aceptar la ayuda de Árguembhork tras su fracaso como rey y como guerrero.

—Aruna, llevamos caminando un largo rato y no se ven las aldeas por ningún lugar. Ni tampoco el Árbol del Mundo. ¿Es posible que nos estemos perdiendo?

La duende se giró para explicarle:

—Los Grandes Espíritus protegen Árguembhork de los intrusos mediante una magia que esconde los bosques ante los ojos de los demás. Sólo los que conocemos el hechizo podemos abrir un portal en las fronteras para pasar de uno a otro lado.

—De esa manera —concluyó Ailim—, ¿estáis completamente a salvo de los mérgalos?

—Sí. Al menos por el momento. Podrían recorrer estos lugares durante cientos de eras y jamás conseguirían entrar en nuestras tierras.

En ese momento Ruis la llamó. El ex sacerdote de las Cumbres había detenido a toda la compañía. En torno a ellos desfilaban bandadas de pequeños seres feéricos voladores que relucían como gotas diamantinas llevadas por el aire. Sobre la turba y la hojarasca de los suelos, puñados de flores inminentes esperaban su momento de floración mientras que las tiernas hojas nuevas de robles y fresnos reverdecían sus ramas, tras haber quedado vacías durante el pasado invierno gélido. Aquello era Árguembhork, el bosque vivo y colmado de magia, que ahora los acogía con un abrazo de belleza y ternura.

—La puerta, Aruna —dijo Ruis.

Ailim no entendía nada. Recordaba que Aruna había perdido su magia cuando la conoció. Al menos eso le había contado su madre, la difunta

reina Erania. Sin embargo, algo en su interior le dijo que la duende volvía a poseer aquella magia feérica inherente a cualquier *féero* de sangre pura.

Aruna se adelantó y se colocó frente a los árboles. Entonces cerró los ojos. Concentrada alzó las manos y comenzó a murmurar en voz muy baja. Así era como la habían enseñado desde niña a hablar con los Grandes Espíritus. Un banco de bruma los envolvió a todos y, durante unos minutos, ninguno pudo ver nada. Entonces la niebla se disipó. El aroma húmedo y afrutado de las lloviznas de la estación fértil acarició los sentidos de los presentes. Todo había cambiado y la sucia y sórdida ciudadela mérgala parecía haber quedado muy atrás y muy lejos, como si jamás hubieran estado en ella. Acababan de viajar a Árguembhork a través de la magia feérica y la piedad de los Grandes Espíritus, que extendían ante ellos una guarida, un refugio, en donde poder abrazar la vida una vez más.

Ruis indicó a los duendes oscuros, todavía boquiabiertos, que se adelantarán. El inmenso y generoso Árbol del Mundo se alzaba a lo lejos por encima del resto de árboles y montañas. Sus ramas rebasaban el cielo y por eso todavía nadie conocía si se trataba de una encina, un avellano, un saúco... En el fondo era mejor no saberlo, pues el Árbol del Mundo era todos los árboles y albergaba todos los beneficios de éstos.

Los esclavos liberados comenzaron a caminar por el sendero que les indicó Sail. Sin embargo, mientras todos pasaban al otro lado, Ailim de Umbra perseveraba en su decisión, quieto y erguido en aquella frontera milagrosa. La niebla flotaba en torno a él, como esperando que reaccionara. Entonces el Sabio se le acercó.

—Sobrino —le dijo, apoyándole una mano en el brazo—, olvida ya el pasado. Deja los protocolos. Permite que la vida te dé una segunda oportunidad. Y quizás podamos ayudarte.

Ailim miró a su tío con abatimiento. El tormento fruto de sus desgracias aumentaba en su corazón y lo consumía con el paso de los días. Luego abrazó a Ruis, aunque de un modo formal, aséptico, sin perder la compostura.

—Gracias tío. Vuestro empeño es loable y grande. Pero no merezco más oportunidades. Mi destino es extinguirme, con mi pueblo. Ahora, marchaos.

El monarca se acercó a Aruna y le besó el dorso de la mano. A ella le

pareció entrañable que siguiera tratándola con tanta cortesía y amabilidad. Luego, Ailim se despidió brevemente de Dyala Agua de Plata y de Sail Cernícalo, que lo observaban perplejos. Por último, se acercó a Jórak el Mestizo.

–Cuida de todos, muchacho –le pidió–, y sigue siendo el héroe que eres.

–Pero, Ailim –respondió el joven–, ¿es que no vas a quedarte con nosotros? Creí que lucharíamos juntos contra esos bárbaros.

–No, muchacho. Yo ya he librado todas las batallas que me corresponden. Ahora delego en ti. Ya veo todo lo que estás organizando. En verdad eres digno de toda mi admiración, Jórak de los Pantanos.

El rey de Umbra le dio una palmada afectuosa en el hombro, pero Jórak, decepcionado, clavó en él su penetrante mirada, llena de coraje y lealtad. Ailim sintió que lo atravesaba con aquellos ojos castaños y pequeños, demasiado solemnes y profundos para un muchacho de diecisiete años de edad, y una vez más la llama del valor se encendió en su interior. El joven la encendió.

–Ha sido un placer conocerte –le dijo Jórak, acercándose más a Ailim. Entonces, bajó la voz para que sólo el monarca lo escuchase–. Mi madre me ha hablado tanto de ti... Lástima que no quieras quedarte con nosotros.

“¿Aruna le ha hablado de mí?”, pensó de pronto Ailim, poniéndose nervioso. Jórak había sabido darle en el punto justo. Las ansias de luchar por subsanar todas las injusticias que su pueblo había sufrido regresaron a él como un aguijonazo, recorriendo sus venas a un ritmo galopante. Había sido un error acercarse a Jórak. No debía haberse despedido de él. No, si no quería unirse a su causa. También Aruna lo observaba, aguardando. “Te lo dije”, pareció decirle. Pero Ailim no iría con ellos. Lo tenía decidido. De repente, interrumpió el contacto visual con el joven mestizo y se dio la vuelta. Estaba decidido a marcharse sin siquiera decir adiós, pero al pasar por al lado de Aruna no pudo seguir luchando contra su propia tozudez.

–Está bien –resolvió al final–. Lucharé junto a Jórak.

El rostro del Mestizo se iluminó y sonrió, divertido. Ruis asentía sin decir nada, levantando una ceja, blanca como su barba. Entonces el mágico portal se cerró allí, detrás del monarca de Umbra, y después todos se dirigieron a las raíces del Árbol del Mundo, en donde tenía previsto



celebrarse un gran consejo de jefes siete días después.

## El origen de Lágrima

Lágrima se despertó de una pesadilla que por fortuna no era capaz de recordar. Le había parecido ver de nuevo a aquel demonio del bosque devorando a Jera viva, que gritaba y gritaba. Pero prefería no pensar más en ello. Era de día y llovía un poco fuera de la choza de Vesta. No era consciente de cuánto tiempo había dormido. Se incorporó de un salto, mareándose al hacerlo, y comprobó que Jera yacía muy cerca de ella. Su rostro redondeado se había vuelto preocupantemente pálido y su expresión, pétrea, inerte como la de una estatua tallada sin entusiasmo. Parecía que no habitaba nadie aquel cuerpo, así que Lágrima, sólo de pensarlo, rompió a llorar.

—¿Qué sucede? —dijo alguien desde la puerta. Era Celes Helecho, la madre de Jera, alta y lustrosa como su hija. Lágrima la miró a los ojos y gimió, lamentándose, rogando que la perdonase.

—¡Ha sido mi culpa! —sollozaba—. ¡Ella está muerta por mi culpa!

Celes la abrazó, compasiva. No le guardaba ningún rencor.

—No está muerta, Lágrima —la consoló, haciendo acopio de toda su fortaleza interior—. Se salvará, ya lo verás. No ha sido culpa tuya, Lágrima, cielo...

Celes siempre había sido buena y comprensiva con Lágrima. La había amamantado y eso inevitablemente las había unido para siempre con un vínculo irrompible. La mujer, algo rolliza, abrazaba a Lágrima como si aún fuera una niña mientras Vesta, por otro lado, tomaba asiento junto al fuego sin quitarles el ojo de encima.

—¿Ya te encuentras mejor, Lágrima? —le preguntó. Su tono era más frío y acre de lo habitual. La joven recordó todo y entendió por qué su maestra continuaba enfadada. Se limitó a asentir con la cabeza, que le dolía como si fuera a estallarle.

—¿Cuánto he dormido? —logró preguntar con la voz entrecortada. Vesta retiró la tetera del fuego, con cuidado de no quemarse, y luego llenó un pocillo de barro con su contenido: una poción vigorizante. Luego se dirigió a Lágrima para llevarle aquella bebida picante y especiada.

–Tres días con sus tres noches –anunció–. Toma: bébete esto.

La poción ardía, pero Lágrima no se atrevió siquiera a replicar. Sentía la censura de las miradas de su maestra, notaba candente su decepción, y eso la entristecía mucho. Probó a dar un primer sorbo, quemándose la punta de los labios, aunque agradeció sostener aquel calor entre las manos, pues estaba más que helada.

–Celes me ha ayudado muchísimo –siguió relatando la anciana–, y también Agorak, el Patriarca, y su mujer. Incluso Dunhe Ortiga y Turasgh el Extranjero han pasado varias veces a ver cómo os encontrabais. Y en cuanto a Kennaz y los muchachos, bien puedes darles las gracias cuando los veas, pues han hecho guardia durante todas estas noches.

Lágrima percibió el reproche en las palabras de la anciana, que había hecho hincapié al mencionar a Kennaz, tal vez para recordarle la manera tan bochornosa en que lo avergonzó la noche de la ceremonia. Sí, se había equivocado, lo había hecho fatal. Aquel pueblo de gente sencilla y rústica se había volcado en cuidar de ella y de Jera día y noche, y se sentía muy arrepentida por haber renegado de él y de sus habitantes. La aplastaba una culpa doliente cada vez que pensaba en ellos, aunque todavía les guardaba rencor. No lo podía evitar. Si ellos no la hubiesen despreciado, ella no habría arruinado su fiesta. Sopló un poco a su bebida medicinal y dio otro sorbo, esta vez más largo. Entonces el sabor de la raíz de jengibre, el tomillo y la cayena estimularon su paladar.

–¿Qué le pasa a Jera? –preguntó, algo más tranquila–. ¿Habéis podido curarla, maestra?

Esperaba un *sí* inmediato y rotundo en lugar del llanto silencioso de Celes y de la mirada consternada de Vesta. Tan sólo el silencio sucedió a su pregunta mientras el corazón se le aceleraba y se le erizaba el vello de la espalda. Luego Vesta se acercó a Jera y le levantó con suavidad la manga de la túnica, aquella túnica hermosa de color azul mar que se había puesto para la noche del Carnero, ahora llena de enganchones y manchada de barro reseco. Sobre la fina piel de Jera una cicatriz de color púrpura se ramificaba en cientos de hebras que parecían ir a extenderse con el paso de los días. Lágrima jamás había visto una cicatriz de aquella tonalidad, a decir verdad, poco esperanzadora. Con la mano que tenía libre se tapó la boca para ahogar un lamento y sus ojos volvieron a humedecerse.

—Sólo los demonios provocan heridas como ésta —explicó la anciana, serena—. No sé cuánto tiempo pasará hasta que la infección invada todo su cuerpo.

Celes estaba rota y desconsolada. Lágrima intentaba captar algún gesto en su maestra que le indicara que todo se iba a solucionar, que sabía cómo hacerlo, que Jera se despertaría y le gastaría alguna de sus bromas socarronas. Pero el semblante de Vesta se mantuvo más duro que nunca. La anciana no la culpaba por lo sucedido, aunque su enfado con ella todavía era evidente.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —suplicó Lágrima sin dejar de llorar—. Decidme que sí, Vesta. Lo que sea. Yo lo haré por ella. Yo lo haré, maestra, en serio. Aunque en ello me vaya la vida.

De pronto los ojos negros de la maestra se posaron sobre Lágrima con un peso intenso, como si la estuviera estudiando a fondo. La anciana estaba percibiendo algo que nadie más podía percibir. Sin embargo, luego se arrepintió de haberse aventurado a pensar nada.

—Es culpa mía —declaró—. Debí de imaginarme que no erais maduras para todo esto.

Para Lágrima aquella frase fue como una bofetada: su maestra no la consideraba apta para el sacerdocio. En verdad se había comportado como una auténtica niñaata al echar a perder la gran Ceremonia del Carnero. Ahora ya era tarde, también para salvar a Jera. No se lo perdonaría jamás. En ese momento, la vieja loba blanca entró en la choza caminando con majestuosidad y, cuando se acercó a Vesta, la anciana le acarició el lomo.

—Lunaria, ¿te quedarías con Celes y con Jera? Necesito llevarme a Lágrima un rato.

La loba se dirigió parsimoniosa a su lugar junto a las llamas y se recostó allí mientras los *parrs* de la choza, advirtiendo su presencia, acudían a acomodarse sobre su lustroso pelaje. Entonces Celes, algo más repuesta, se levantó para aplicar un paño húmedo y fresco sobre la ardiente frente de su hija.

—Lo he decidido —anunció la sacerdotisa—. Lágrima, he de mostrarte algo.

Lágrima se terminó en seguida la poción y abandonó el pocillo en un rincón de la bancada de la cocina. Aún iba vestida con la ropa que Celes y

Jera le habían cosido con su mejor intención para el día de su nombramiento como sucesora de Vesta, pero no era momento para quitársela y entretenerse en vestirse con otra más vieja. Sin más miramientos, se levantó lo más rápido que pudo y salió detrás de Vesta. Luego, la anciana cogió una cesta llena de manzanas y se giró hacia Celes: –Volveré en seguida.

Pero Celes, angustiada, ni siquiera contestó. La soledad en la choza le serviría para rezar a la Gran Madre y rogar por la frágil vida de Jera. Mientras tanto, Vesta y Lágrima se alejaban de allí a paso veloz.

Poco después, se adentraron en los bosques más profundos, cerca del lugar en donde se habían encontrado con el demonio. Lágrima nunca había estado allí y sintió miedo de que otra criatura como aquélla las abordase, aunque su maestra y ella misma serían capaces de defenderse bien con aquel hechizo de fuego tan potente que ambas sabían realizar.

Llovía a pequeñas gotas que salpicaban todo. Lágrima, que se sentía destemplada, se abrigó con un manto de lana que había cogido de la choza antes de salir. Vesta en cambio, y a pesar de su edad, caminaba rápido, como si nunca pudiera cansarse. Los abedules y los abetos definían hermosas hileras a su alrededor, aunque Lágrima pensaba que era durante el invierno gélido cuando se veían más hermosos, todos recubiertos de nieve. Saliendo de sus reflexiones, divisó al fin el lugar al que Vesta la conducía: el pantano de Dórokha.

Los aldeanos no solían acercarse a aquellas orillas porque las *ácuaras* y los *féeros* pantanosos les daban miedo, aunque en esos momentos no se veía cerca a ninguna de esas criaturas. En su lugar, la llovizna provocaba en la superficie de las aguas unos burbujeantes chasquidos que desdibujaban la imagen gris del cielo, reflejada sobre ellas. Pero al llegar Lágrima y Vesta, varios rostros femeninos y pálidos emergieron para observarlas con curiosidad. Eran ellas: las *ácuaras*, hadas de agua hermosas y pícaras que solían divertirse a costa de los varones que osaban acercarse a coquetear con ellas, hipnotizados por su impresionante belleza. Al margen de aquellas travesuras, las *ácuaras* eran inofensivas, y aún más los tímidos *féeros* pantanosos que, a pesar de su aspecto desagradable y cetrino, rara vez se dejaban ver por los humanos. Lejos de allí, en el centro del pantano, permanecía desde tiempo inmemorial Isla Sacra, aquella isla a la

que sólo las sacerdotisas podían acudir para pedir consejo. Lágrima, al verla, entendió que el asunto del demonio y de Jera albergaba una gravedad mayor de la que se temía.

–Siéntate: tenemos que hablar –le indicó su maestra dejando la cesta sobre el suelo. Lágrima, obedeciendo, se acomodó entre las raíces de uno de los sauces blancos que brotaban en la orilla. Luego, Vesta prosiguió–: La última vez que se vio un demonio en Dórokha, tú eras una niña de ocho años de edad. Justo el día anterior, volvías llorando a la choza, diciendo que Dúmork Gamogrís te había insultado, llamándote bruja y otras cosas similares. “¡Ojalá se le queme el carro!”, decías.

Vesta se calló en ese mismo momento porque prefería que fuese Lágrima quien atara cabos. Pero la joven se quedó sin habla mientras hacía un repaso rápido por aquel episodio de su infancia. ¿En serio que había dicho eso sobre los Gamogrís? Vesta, mirando taciturna hacia el islote del pantano, prosiguió.

–Sacar las conclusiones que quieras, Lágrima. ¿Qué crees que fue lo que pasó?

–¿Queréis decir que esos demonios y yo tenemos algo que ver? –se estremeció. Aquello parecía una pesadilla.

–Exacto.

–Pero... Pero, ¿cómo puede ser eso cierto? –gimió–. Durante la Ceremonia del Carnero en ningún momento deseé que viniese ningún demonio. Y menos que atacara a Jera.

Pero sí lo había deseado, en cierto modo. Recordó que, cuando estaba sentada en el trono de juncos esperando al ganador de la prueba, por un momento deseó que un demonio arruinase la fiesta. Y así había sucedido, con la mala suerte de que Jera ahora se debatía entre la vida y la muerte por culpa de aquella maldición arrojada a la ligera.

Lágrima se echó a llorar y se abrazó a Vesta. Ni siquiera las caricias de la anciana ni sus palabras podrían consolarla en un momento tan trágico.

–Escucha, Lágrima. Todos tenemos nuestros propios demonios, ¿me oyes? Todos. Todos poseemos pensamientos oscuros que en ocasiones afloran desde nuestras propias tinieblas. Y no hay que lamentarse por ello. Pero cuando uno es poderoso y tiene dones para la magia, los demonios

son más fuertes que los del resto, hasta pueden tomar formas reales. Y si ese alguien además no es humano, el resultado puede convertirse en la criatura que venciste hace tres noches, una criatura similar a la que quemó el carro de los Gamogris.

—¿Queréis decir que tampoco soy humana? —se alarmó Lágrima, que ya no sabía qué pensar—. Entonces, ¿qué soy? Decídmelo, Vesta. Necesito saber más sobre mí.

A la joven se le encogió el estómago. Siempre se había sentido muy distinta de los aldeanos, sí. Pero de ahí a no ser humana... Necesitaba una explicación urgente. Mientras tanto, sentía las miradas de las *ácuaras* clavadas en ella, escuchaba sus cuchicheos y sus risotadas adolescentes, eternamente adolescentes...

—Ha llegado el momento de que te cuente cómo naciste —resolvió Vesta—, ya que Turasgh todavía no se ha atrevido a decirte la verdad, ¿no es así?

—Entonces, ¿Turasgh es mi padre, como yo me había imaginado?

La anciana asintió, aunque su expresión continuaba estando ausente, como si aquella respuesta careciese de alguna importancia. Lágrima siempre había pensado que el día en que al fin lo supiera se terminaría su incertidumbre. Sin embargo, y ahora que ya conocía la verdad, la extraña sensación de vacío seguía sin abandonarla. Sólo quedaban dudas y más dudas en su cabeza.

—Turasgh el Extranjero se marchó un día a un mercado, como siempre solía hacer —relató Vesta—. Era mercader y vendía las artesanías de los aldeanos en las grandes ciudadelas de los alrededores. Pero esa vez no encontró el camino. Hubo una tormenta, llovió muchísimo. Cayeron relámpagos como nunca. Su caballo se asustó y salió corriendo desbocado, tirando de su carro lleno de mercancía. Turasgh se cayó al suelo y luego, herido y magullado, trató de volver a la aldea. Se había hecho de noche y no encontraba el sendero para regresar, estaba todo oscuro y hacía mucho frío.

Lágrima se compadeció de Turasgh al imaginárselo sólo y empapado bajo la tormenta, desorientado en medio de la entraña del bosque. Un trozo de corteza cubierta de líquenes cayó desde el tronco de un sauce y se le enredó en el pelo. La retiró con su mano y comenzó a jugar con

ella mientras esperaba ansiosa a que Vesta le contase todos los detalles.

—Como puedes imaginar, ése fue el día en que el Extranjero enfermó de los pulmones para siempre. Después de eso, y para su desgracia, cayó en las aguas del pantano, que esa noche estaban más agitadas que nunca. Él cuenta que las *ácuaras* lo pusieron a salvo, compadecidas. Los días que siguieron, fueron los espíritus de los árboles quienes se ocuparon de cuidarlo, y también los pequeños *féeros* de estos bosques, incluso los *parrs* salvajes. Y pasaron muchos días durante los cuales tu padre perdió la cuenta del tiempo y se olvidó un poco de quién era y a dónde debía regresar. Se vive tan bien entre los seres feéricos que en la aldea ya se le daba por muerto, tras varias semanas esperándolo. Tendrías que haber visto a Dunhe, que ya se consideraba viuda.

—Pobre mujer —se apenó Lágrima—. Debió de sufrir mucho.

—Pues aún hay más, escucha: el Extranjero se enamoró perdidamente de una *dríade*. Como bien sabrás, ellas son los espíritus femeninos de algunos árboles. Y en concreto tu padre se fijó en la *dríade* del hermoso sauce blanco sobre el que estás sentada ahora mismo.

—¿Qué? —se asombró Lágrima, dando un brinco para levantarse. Por primera vez en toda la mañana Vesta liberó una suave sonrisa. Aquel sauce la había abrazado desde que habían llegado, transmitiéndole con tímidez una paz como nunca había sentido. En la parte inferior del tronco Lágrima encontró atado un trozo de terciopelo granate, sucio y desgastado. Era el mismo tejido que el de los trapos en que ella iba envuelta cuando la encontraron, siendo un bebé. Todavía los guardaba.

—Turasgh el Extranjero se arrancó un trozo de su capa y lo puso aquí para acordarse siempre de la *dríade* a la que había amado con tanto fervor. Yo diría que a causa de eso también olvidó su capa. El caso es que, cuando el clima mejoró, él regresó a la aldea como si nada hubiera sucedido, aunque un poco atolondrado, eso sí. Desde entonces todos piensan que se volvió algo loco. Dunhe Ortega y los demás siguen creyendo que lo asaltaron unos vándalos de vuelta a Dórokha y no sé que historias más. Pero la verdadera versión sólo me la contó a mí. Y me la contó diez lunas después de todo aquello, cuando no tuvo más remedio, la misma noche que tú llegaste a la aldea.

Lágrima, algo más tranquila, volvió a sentarse sobre el tronco del



sauce blanco y se abrazó a él con ternura mientras una procesión de hormigas se abría paso subiendo por el dorso de su mano. Olió la corteza. Aquel olor a madera viva trajo de pronto a su memoria un recuerdo que no era capaz de desvelar, pero que le hizo sentirse como en casa. El olor del sauce blanco era el olor de su madre. Sintió que unos brazos invisibles la mecían como a una niña y que una caricia, suave como una pluma, le apartaba el cabello de la cara. Allí vivía el espíritu de la madre que nunca conoció y por fin lo entendía todo: Turasgh el Extranjero la había engendrado allí mismo. Y la *driade* de aquel sauce la había gestado en sus entrañas. Sí. Ahora comprendía que su naturaleza era mitad humana mitad feérica. En aquel lugar, apartada de la gente y rodeada de seres feéricos, era donde se sentía realmente viva y ubicada, igual que cuando peregrinó en soledad a los Pico Lúgubres.

—¿Y quién me llevó a la aldea?

Vesta se frotó las manos, que se le estaban quedando entumecidas por la humedad del pantano. Miró a una de las *ácuaras* que hacía una pirueta sobre las aguas y luego prosiguió:

—Tu padre un día sintió la necesidad de regresar a este lugar. Una necesidad capaz de consumirle el alma. Una necesidad obsesiva. Claro, que no le dijo a nadie a dónde iba. Cualquiera habría pensado que había salido a por leña, pues hacía mucho frío esa mañana, tal vez era la primera helada de la temporada. El suelo estaba cubierto de escarcha y tenía un toque diamantino, y cuando se respiraba el aire congelado a uno le salía vaho por la boca. Aun consciente de que aquello no era bueno para su delicada salud, el Extranjero se empeñó en volver. Y cuando lo hizo, se encontró con su amada *driade* sosteniendo a un bebé de pelo marrón oscuro, como la tierra, como el pelo del humano que la había amado.

”Turasgh entendió que tenía que llevarte a la aldea para que fueras criada entre humanos. Y así lo hizo. No me preguntes por qué las *driades* no pudieron quedarse contigo. Tal vez habrías muerto en el bosque, debido a tu sangre humana. Lo cierto es que tu padre llegó a mi choza por la noche con la cara desencajada. Dunhe y él, por aquel entonces, todavía intentaban tener descendencia, aunque la buena noticia nunca llegaba. Por un momento, al mercader se le pasó por la cabeza la idea de llevarte con ellos y adoptarte, pero después de pensarlo, cuando ya había pasado un

rato junto al fuego de mi choza, admitió que le avergonzaba haber sido infiel a su esposa con el espíritu de un sauce y me pidió que jamás se lo contara a nadie. Por ese motivo, y porque yo consideré que tú habías sido un regalo de los árboles para la aldea, decidí acogerte con la ayuda de Celes que, como bien sabes, te amamantó junto a Jera hasta que ambas rondabais las cinco eras de edad.

Lágrima recordó aquellos momentos felices de la infancia, cuando Jera y ella llegaban de jugar y se amorraban como dos cachorrillos a los enormes pechos de Celes, que todavía lactaban. Si hacía un balance de cómo había sido su vida en Dórokha, no podía negar que había sido más bien feliz, a pesar de todo lo que había sucedido en las últimas semanas.

—Esos demonios son el fruto de tu ira, Lágrima, de tu frustración y de tu envidia. En resumen, de tus peores sentimientos. Tienes mucha fuerza y por eso eres capaz de darles vida, de hacer que se materialicen. ¿Entiendes ahora por qué te prohibí practicar la magia del fuego?

—Supongo que la magia del fuego, si eres principiante, acrecenta tu poder, pero te ciega con él. Y el poder, como vos decís, da forma a los demonios.

—Bueno, vas bien encaminada. Verás: cuando tienes mucho poder pero no conoces el modo de controlarlo, tus demonios son capaces de nutrirse con él. Así que, mientras no aprendas a manejar tus emociones, lo más cauto es que no practiques la magia del fuego, ¿entiendes? Pues ésa es la más destructiva de todas.

Lágrima asintió, mirando al suelo con desgana. Vesta llevaba razón. Pero es que era tan glorioso saber invocar al fuego...

—Vesta, ¿quién más sabe que los demonios vienen por mi culpa?

Esa cuestión angustiaba muchísimo a la nueva sacerdotisa. Se sentía un ser mezquino, despreciable, y comprendía mejor que nunca el miedo de las gentes hacia ella. Había comenzado a aceptarlo.

—Sólo yo y, en su momento, Lostgún Osonegro, el abuelo de Kennaz.

—¿Lostgún? ¿Por qué Lostgún?

—Pues porque él todavía era patriarca cuando ocurrió. Pero te aseguro que Lostgún sabía guardar bien mis secretos. Por eso no temas: nadie más lo sabe. Todo lo demás son sólo chismorreos, supersticiones.

—Chismorreos que han arruinado mi trayectoria, maestra —concluyó

Lágrima con amargura. Vesta no pudo llevarle la contraria, pues existía mucha razón en las palabras de su joven sucesora. Los Gamogrís y otros aldeanos habían ido repartiendo tantos rumores sobre ella que ahora la aldea no la quería tener como sacerdotisa.

—Ahora ya conoces tu origen —dijo la anciana, alicaída—. Anda, acompáñame: hoy por primera vez te llevaré a Isla Sacra.

—¿Isla Sacra? Pero si sólo pueden ir...

El gesto de la anciana lo dijo todo. Por muy molesta que estuviera con su sucesora, Lágrima ya era una sacerdotisa, así que podía pisar aquella isla.

La joven abrazó otra vez el tronco de aquel sauce y lo besó mientras su maestra recogía del suelo la cesta llena de manzanas. Acto seguido, Vesta y Lágrima se adentraron en la orilla del pantano, vadeándola hasta que encontraron una pequeña barcaza atada al tronco de un chopo. Hacía mucho tiempo que nadie la había utilizado. El agua estaba fría y les llegaba casi hasta las rodillas. Además, ambas iban descalzas, como acostumbraban a hacer siempre y cuando no hiciera demasiado frío. Luego la anciana desató la sogá y se la tendió a Lágrima, para que la sostuviera mientras ella buscaba por el suelo dos ramas que pudieran servirles de remos. Entonces se subieron a la barcaza cuidando que no se tambaleara y, decididamente, remaron hasta el misterioso islote.

## Isla sacra

A Lágrima todavía le impresionaba la presencia de las *ácuaras* nadando alrededor de su maltrecha embarcación, aunque ese día parecían estar muy tranquilas. Supuso que, de haberlas acompañado algún hombre, se habrían comportado con mucho más descaro. De soslayo pudo ver cómo algunas formas más oscuras buceaban por el fondo de las aguas. Debía tratarse de los *féeros* pantanosos, esquivos y tímidos. Pero las burbujas que la lluvia dibujaba sobre el agua le impedían verlos con claridad. Finalmente, la barcaza fue capaz de llegar con ellas hasta el islote. Lágrima se bajó primero, con mucho cuidado, y tomó la soga para atarla a un sauce que crecía cerca. Después ayudó a su maestra a bajarse, sosteniendo la cesta en la que llevaba las manzanas.

Una vez las dos tocaron tierra firme, Lágrima notó que aquella isla vibraba bajo sus pies. Desde allí se distinguía gran parte de Dórokha, con sus bosques y sus montañas, con sus lomas y sus páramos, aunque a malas penas distinguía las Fuentes de la Loba o la aldea.

—Vamos —le indicó la maestra empezando a caminar. Durante el trayecto, centenares de seres feéricos se cruzaron con ellas como si entretejeran una canción armónica e interminable. Los pequeños *devas* relucían sobre las flores jóvenes y los troncos de algunos árboles mientras otros seres, sutiles y luminosos, cruzaban el aire en bandadas. A la altura del suelo, abriéndose paso entre las hojarascas, se arrastraban pequeñas criaturas que bien se podían confundir con insectos si se las miraba de lejos, pero Lágrima sabía que no lo eran. Los ojos negros y chispeantes de aquellos seres denotaban en ellos la presencia de un alma antigua, ligada en profundidad a la entraña de la Gran Madre. Otros eran más etéreos, tenían cara de roedor y correteaban sobre la hierba sin llegar siquiera a tocarla con los pies. Y después estaban las numerosas colonias de *parrs*, aquellas extrañas setas con rostro que se desplazaban con lentitud. Lágrima se enterneció al verlos.

—Ahora procura estar callada —le aconsejó Vesta de pronto—. Deja que sea yo quien hable. Sólo responde si se te pregunta directamente.

Lágrima asintió, aunque tuvo miedo. ¿Qué pasaría si hablaba más de la cuenta? La magia de los seres feéricos era inmensa y desconocida para los humanos. También para ella, una humana a efectos prácticos. De repente unas criaturas de gran envergadura surgieron a su paso. Eran incluso más altas que cualquier miembro adulto de la familia Osonegro, aunque sus cuerpos se percibían incorpóreos, semitransparentes cuando recibían la luz, como los espíritus o el humo, y presentaban un color verde esmeraldino que, seguramente, les permitía camuflarse en cualquier lugar del bosque. Lágrima los observó con reparo y descubrió que tenían grandes alas de libélula en la espalda. Su aspecto en conjunto le resultó fantasmagórico.

—Nos honra recibirlos de nuevo en nuestra isla, Vesta Antigua —sonó una voz susurrante en el pecho de aquel liviano ser. A Lágrima le impresionó todavía más que hablaran su lengua.

—Gracias —respondió la anciana con entereza—, en realidad es a mí a quien me honra que una vez más me lo permitáis.

—Ya sabéis que ésta es vuestra casa —anunció la criatura, indicándoles con un gesto que podían continuar.

Entonces Vesta siguió caminando con Lágrima detrás. La joven se puso nerviosa cuando vio una decena más de aquellos seres alrededor del sendero que habían tomado, pues tenían un aspecto imponente, siniestro incluso, capaz de amedrentar a cualquier humano. Sin embargo, su parte feérica le hizo saber que eran nobles criaturas y que no atacarían a nadie, a menos que se sintieran en peligro. Cuando se alejaron de ellos, Lágrima vio asombrada que todos se convertían en libélulas.

—Son los *kosmuds* —le contó la anciana en voz baja—, los guardianes feéricos entre los mundos. Tú no debes temerlos. Ellos ya saben quién eres.

—¿Sabes quién soy? —dudó Lágrima. En esos momentos ni siquiera ella misma sabía quién era ni a cuál de los mundos pertenecía. Su maestra no le contestó. No era momento de hablar. Continuaron hasta salir del bosque y hallaron un inmenso claro en una planicie. En el centro había una roca de grandes dimensiones recostada en el suelo. Sobre aquella roca Lágrima distinguió en seguida indicios de que se habían celebrado rituales: se trataba de un altar. En torno al altar había cuatro antorchas apagadas.

Entonces, Vesta y ella se aproximaron hasta allí y la anciana dejó su cesta llena de manzanas sobre la roca. Era su ofrenda. Luego, se quedaron quietas y en silencio. Lágrima intuyó por la tensión que había en el rostro de su maestra que tampoco entonces era momento de hacer preguntas.

De repente, la tierra tembló, suave. Una presencia poderosa se intuía cercana. Trece figuras aparecieron desde los lindes del claro aproximándose despacio al altar, muy despacio, dispuestas en un círculo. Desde la lejanía Lágrima no distinguía bien si eran personas o árboles. En realidad, le parecían un poco ambas cosas.

—Las Damas Arbóreas vienen —le explicó la maestra—, han oído mis ruegos.

Vesta le había hablado de ellas, pero Lágrima no esperaba que fuera a conocerlas aquella mañana. Le temblaban las piernas y le recorrió un escalofrío. Según se acercaban, Lágrima las distinguió mejor. Eran ancianas, pero parecían árboles. Algunas iban vestidas con largas túnicas del color de la tierra y la maleza, con tiaras, colgantes y cinturones elaborados con ramas, hojas, flores y bayas. Otras eran tan antiguas que ya estaban mimetizadas en su totalidad con los árboles a los que representaban. La piel curtida de sus rostros y manos estaba agrietada como una corteza de madera, cubierta de musgo por algunos lados, y sus cabellos, blancos como la nieve, en algunos casos se mostraban enredados con las hojas que comenzaban a brotarles de la frente. Lágrima descubrió que cada una encarnaba uno de los trece árboles sagrados de las antiguas tradiciones. Algunas, como la Dama Roble o la Dama Acebo, todavía parecían mujeres. Otras, como la Dama Tejo, con su enigmática mirada que ya no miraba a nada, caminaban muy despacio y con gran dificultad porque ya apenas quedaba en ellas un solo resquicio de su pasado humano.

La espera fue larga hasta que todas estuvieron lo bastante cerca de Lágrima y de Vesta, que aguardaban en el interior del círculo mientras aquellos rostros arbóreos las escrutaban con cierta inexpresividad. Finalmente, la Dama del Roble fue la primera en hablarles. Su gesto era tal vez el más severo de todos.

—Os recibimos, Vesta Antigua —expresó—, a ti y a tu sucesora. Nos complace volver a verte tras tanto tiempo. ¿Es esta doncella la que te seguirá en el oficio?

—Así es —asintió Vesta, solemne—. Os presento a Lágrima Cunasauc.

Pero las Damas no parecían haberse inmutado. Lágrima habría jurado que no habían escuchado a Vesta. Ningún atisbo de lenguaje corporal o gestual asomó a sus impenetrables rostros ni a sus rígidas extremidades. Además, no contestaban a la anciana. Pasaron unos instantes, mucho más tiempo del que cualquier humano tardaría en emitir una respuesta, hasta que al final la Dama del Sauce habló. Lágrima no se había percatado todavía de su presencia. Parecía benévola y pacífica, y su melena cana y lacia le caía por encima de los pechos. Debió de ser hermosa en su juventud.

—Qué nombre más bonito —apreció con ternura—, así que tú eres la hija de los árboles.

—Contesta, Lágrima —murmuró Vesta. A Lágrima le sobrevino un retorcijón en el vientre de tan nerviosa como se había puesto.

—Sí, soy yo —dijo, casi tartamudeando.

Pasó otro momento de silencio, pesado y espeso, más largo que el anterior. Lágrima comenzaba a acostumbrarse a aquella falta de fluidez. Comprendió que para los árboles el tiempo transcurría de otra manera. Además, tuvo la sensación de que, durante aquellos intervalos de silencio, las Damas Arbóreas se comunicaban entre sí de una manera sutil que ella no alcanzaba a descifrar. En ese preciso instante intuyó que hablaban de ella hasta que por fin la Dama del Acebo, con una guirnalda de hojas puntiagudas y bayas rojas sobre la cabeza, tomó la palabra.

—Lágrima es adecuada para convertirse en sacerdotisa —sentenció—. Las Damas Arbóreas os damos nuestra aprobación.

Lágrima respiró, aliviada. Aunque Vesta todavía más. La discípula no sabía que debía recibir el consentimiento de las Damas. Quizás por eso su maestra había estado tan molesta, pues seguramente temía que, después del desastre de la noche del Carnero, aquellas ancianas sabias no lo permitieran. Ahora la joven se sentía muy observada, observada hasta la médula. Pero entre todas, una energía extraña y potente se cernía sobre ella con diferencia de las demás, así que se giró, encontrándose con la mirada hierática de la Dama del Tejo, aquel árbol místico y letal.

—Venerables Damas —prosiguió Vesta una vez resuelto el asunto de Lágrima—. Otro motivo me ha conducido hoy ante vuestra presencia. Un

demonio apareció hace tres noches en nuestros bosques. Lágrima lo aniquiló con la magia del fuego. Sin embargo, mi otra discípula sufrió su mordedura y desde entonces yace inconsciente, con una cicatriz que crece cada día que pasa. Mi sabiduría y mi vejez no son suficientes para salvarla. Es por eso que acudo a vosotras para suplicaros ayuda.

Lágrima supuso que, ante una petición como aquella, las Damas Arbóreas se tomarían largo tiempo para contestar. La imagen del demonio regresó a su memoria y una vez más se acordó de Jera. Era de vital importancia que aquellas trece sabias les dieran una respuesta. Cualquier cosa necesaria para salvarle la vida a su mejor amiga sería insignificante para ella. De pronto percibió que el flujo de sutil energía que se había desplegado entre las Damas mientras se comunicaban sin pronunciar palabra era constante y palpable, y dedujo que entre ellas debían discutir muchos matices antes de responder a quienes pedían su consejo.

—Existe una flor que puede curar la mordedura de los demonios —anunció la Dama del Roble, con aparente liderazgo—. Pero se encuentra lejos de Dórokha y, además, escasea. ¿Estás dispuesta, Lágrima Cunasauce, a marcharte para buscarla, aun a riesgo de perder tu propia vida?

Lágrima no sabía si era oportuno contestar. Entonces Vesta le dio un leve empujón con el hombro.

—Sí —dijo—, haré lo que sea necesario.

Siguió un breve momento de silencio. En aquel instante, a Lágrima le pareció irrisoria la anécdota de cuando Jera se cayó al río durante la noche de la prueba y tuvo que sacarla casi a cuestras del bosque. Ésta vez se enfrentaba a una hazaña difícil y arriesgada de verdad, digna de una sacerdotisa, aunque no estaba segura de encontrarse a la altura de las circunstancias.

—Entonces, debes viajar a los bosques de Árguembhork. Allí crece la sagrada flor de Grosnah. Una única flor cada diez eras. Peligrosa y mortal si no se utiliza debidamente. Tráela a Dórokha y te diremos cómo hacer.

Lágrima se quedó perpleja. Era todo mucho más difícil de lo que pensaba, pues tardaría una eternidad en llegar a Árguembhork desde allí. Tenía incluso que cruzar el océano. Y después, ¿cómo encontraría por aquellos bosques inmensos una única flor que jamás había visto? Ahora se



sentía minúscula e insignificante, incapaz de cumplir su promesa.

—El pueblo de Árguembhork te ayudará, Lágrima —añadió benévola la Dama del Espino Albar, coronada de florecillas blancas y hermosas bayas rojas. La anciana conservaba unos ojos claros y muy femeninos, enmarcados en largas pestañas. Guardaba un encanto especialmente feérico. Y Lágrima, aunque seguía confusa tras escuchar sus palabras, se sintió algo más reconfortada.

Continuó la quietud, todas callaron y el flujo de energía comenzó a debilitarse, pues la reunión tocaba a su fin. A decir verdad, Lágrima estaba agotada tras aquel encuentro tan extraño y mágico. Era un cansancio parecido al que se sentía al terminar de invocar un conjuro. Entonces Vesta hizo una reverencia y la joven la imitó.

—Os damos las gracias de todo corazón —tomó la palabra la anciana—. Vuestra sabiduría y vuestros consejos son bendiciones para nosotras. Y ahora, os ofrecemos estas manzanas, el fruto de la Diosa, como humilde pago por vuestra generosidad.

Las Damas no dijeron nada, aunque Lágrima pudo notar que la reunión terminaba y que su maestra y ella obtenían el permiso para abandonarla. Vesta la cogió con cuidado por el brazo y entonces ambas se marcharon despacio, saliendo del círculo, mientras las trece ancianas continuaban erguidas e impertérritas en él.

Momentos después, Lágrima y Vesta abandonaban Isla Sacra en aquella barcaza vieja. Había dejado de llover, aunque los cielos continuaban cubiertos por una manta frondosa de nubes grises, por lo que sería posible que en cualquier instante la llovizna volviese a derramarse sobre la tierra. Las *ácuaras* continuaban escrutando a las dos mujeres. Lágrima había escuchado de ellas que podían llegar a ser muy descaradas, aunque supuso que era la presencia de su maestra lo que las mantenía tan comedidas.

Una vez llegaron de nuevo a las orillas de Dórokha, Lágrima corrió a amarrar la barcaza al tronco de uno de los chopos que crecían allí. Mas cuando Vesta y ella se disponían a regresar, a la joven le pareció sentir un abrazo cálido y protector. Justo en ese momento caminaba junto al sauce blanco en el que dormía el espíritu de su madre, aquella *dríade* que hechizó a Turasgh el Extranjero con sus encantos feéricos. Por una vez le pareció

incluso haber visto un rostro de mujer flotando en el aire, dibujado con hebras de bruma. Pero Lágrima sabía que los espíritus de los árboles y de las rocas en ocasiones dormían durante cientos de eras, por eso decidió no despertarla.

Durante todo el camino que las devolvió a la choza de Vesta, la maestra y su sucesora apenas cruzaron palabra alguna. Se sentían meditabundas y agotadas. Para Lágrima su vida acababa de dar un giro completo, inesperado, y ahora era Jera la que ocupaba el motivo de todas sus decisiones. Sólo quedaba un problema.

—¿Cómo llegaré a Árguembhork, Vesta? Tardaré muchísimo. ¿Y si se muere mientras estoy fuera?

Lágrima se encogió sobre sí misma, abatida, y la anciana la abrazó. La joven agradeció ese gesto de cariño venido de su maestra que, durante toda la mañana, se había mostrado tan fría y tan dura. Recoger aquella flor mítica sería imposible para ella, una simple y torpe sacerdotisa de dieciocho eras de edad. Mientras se lamentaba, Vesta le acariciaba el cabello, hundiendo en él sus trémulos dedos de vieja.

—Creo que tengo una solución —le dijo. Lágrima se calmó al oírla decir aquello. Después de todo, quizás aún hubiese una esperanza.

—¿Cuál es, maestra?

Vesta suspiró.

—Mañana, Lágrima. Hoy ya hemos hablado de muchas cosas. Tu mente necesita reposo.

—Pero, maestra...

Un relámpago despedazó el cielo y Vesta y Lágrima corrieron a refugiarse en la choza. Una vez dentro, se acercaron a las llamas del hogar con cuidado de no pisarle la cola a Lunaria. Al otro lado de la estancia, Celes dormitaba junto al lecho de su hija. Lágrima volvió a mirar a Jera, tan pálida y mustia que parecía otra persona. La maestra, en cambio, tras quitarse el manto y ponerlo a secar junto al de su sucesora, comenzó a rebuscar debajo del banco de trabajo. La joven apenas se dio cuenta de lo que hacía hasta que la anciana puso en sus manos un cayado de madera de sauce, coronado con un cristal de roca.

—Mañana te lo explicaré, muchacha. Ahora toma esto y prepara tu equipaje.

—¿Para mí? —se asombró Lágrima. Era un cayado como el que usaban las hechiceras, muy parecido al de Vesta, por cierto. Estaba elaborado con procedimientos mágicos y la joven sacerdotisa fue capaz de percibirlo. La anciana le sonrió.

—Pensaba dártelo cuando terminase la Ceremonia del Carnero. Pero es ahora cuando lo necesitas de verdad. Así que utilízalo con cuidado, ¿me oyes?

—Confíad en mí —le pidió Lágrima, entusiasmada, sin dejar de mirar aquella maravillosa herramienta mágica. Observaba el cayado, su cayado, sosteniéndolo con ambas manos, como una niña con un juguete nuevo. Deslizaba las yemas de los dedos por encima de su superficie, notando cada uno de los detalles y los surcos de la madera. Luego lo rodeó con sus brazos y se lo apoyó en el pecho. Podía sentir la fuerza que se concentraba en el vértice de cristal de roca.

—¿Crees que podrás partir mañana, Lágrima? —le preguntó Vesta, preocupada. Lágrima se sentía todavía un poco débil, pero no tenía otra opción. Se sentía responsable de la herida mortal de Jera y, por tanto, estaba decidida a solucionarlo, a cualquier precio.

—Sí —afirmó—, tan pronto como amanezca.

La anciana la observó de arriba abajo, taciturna. Después sacó un trozo de pan negro del arcón que constituía su humilde despensa y también una cuña de queso curado. A continuación, alcanzó un cuchillo.

—Bien —asintió mientras masticaba un poco de todo aquello—. Entonces tengo que hacer los preparativos. Esto es cosa de magia. Y de paso iré a la aldea esta tarde. He de pedirle a Agorak que reúna a los guerreros.

—¿Por qué? —inquirió Lágrima—. Pensé que iría yo sola.

—Oh, no, muchacha. Al menos uno de ellos deberá acompañarte.

